

EL NAPOLEÓN DE NOTTING HILL

Gilbert K. Chesterton

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada

Primera edición: abril de 2002

Tipógrafos: Andrés Trapiello, Alfonso Meléndez y Pre-Textos (S.G.E.)

© de la traducción: César Palma, 2002

© de la presente edición: PRE-TEXTOS, 2002

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN ISBN:84-8191-472-X—

DEPOSITO LEGAL:M.19210-2002

ARTEGRAF, S.A.Tel.91 475 42 12-Sebastián Gómez,5 28026 MADRID

Digitalización y corrección por Antiguo.

A Hilaire Belloc

*No hubo ciudades pequeñas ni aldeas
Ajenas a Dios cuando creó las estrellas.
Así los niños, absortos mirando al cielo,
En un árbol enmarañadas dan con ellas.
Tú viste la tuya desde las lomas de Sussex,
Tu luna de Sussex, inexplorada aún.
Luna de la ciudad fue lo que yo vi,
La farola más grande de Campden Hill.
Igual que el cielo está siempre en casa,
Con su gran gorra azul que bien encaja,
El heroísmo (ten calma, ya
Mis divagaciones a un fin llegan),
Extinguirse no puede
Ni aunque el mundo pase a mejor vida,
Y mientras los siniestros motores girando sigan.
Ahuyenta tus temores, pues, amigo mío.
No quedó aquél en la urna de Nelson
Morada de una Inglaterra inmortal,
Ni en Austerlitz, donde tus jóvenes intrépidos
Se embriagaron de muerte como si fuese vino.
Y cuando los pedantes indicarnos quisieron
Los fríos y mecánicos sucesos venideros,
A oscuras nuestras almas respondieron,
"Tal vez, aunque a lo mejor es distinto".
A lo mejor por estas lejanías,
Por estos páramos desolados,
Oímos tambores en vals de guerra,
O ala muerte vemos con la Libertad bailando.
A lo mejor retumban las barricadas,
Matanza abajo, arriba humo,
O la muerte, el odio y el infierno proclaman
Que algo que amar los hombres han hallado.
Lejos de tus soleadas y altas tierras
Mi sueño tuve: las calles que yo conocía,
Mis calles rectas e iluminadas arremetían
Contra las estrelladas que hacia Dios miran.
Esta leyenda de épicos días
De niño la soñé, y aún la sueño
Bajo el gris torreón del arca de agua
Que las estrellas tocan en Campden Hill.*

G.K.C.

ÍNDICE

LIBRO I

OBSERVACIONES PRELIMINARES SOBRE EL ARTE DE LA PROFECÍA

EL HOMBRE DE VERDE

LA COLINA DEL HUMOR

LIBRO II

EL FUERO DE LAS CIUDADES

LA JUNTA DE PREBOSTES

LA COMPARECENCIA DE UN LUNÁTICO

LIBRO III

EL ESTADO MENTAL DE ADAM WAYNE

EL ORIGINAL MR TURNBULL

EL EXPERIMENTO DE MR BUCK

LIBRO IV

LA BATALLA DE LAS FAROLAS

EL CORRESPONSAL DEL *COURT JOURNAL*

EL GRAN EJÉRCITO DE SOUTH KENSINGTON

LIBRO V

EL IMPERIO DE NOTTING HILL

LA ÚLTIMA BATALLA

DOS VOCES

LIBRO I

CAPÍTULO 1

OBSERVACIONES PRELIMINARES SOBRE EL ARTE DE LA PROFECÍA

El género humano, al que muchos de mis lectores pertenecen, ha jugado desde siempre a juegos de niños y es probable que lo siga haciendo hasta el final, lo que supone un engorro para los pocos individuos maduros que hay. Uno de sus juegos predilectos es el llamado "Deja el mañana a oscuras", o también (por los aldeanos de Shropshire, no me cabe duda) "Chotéate del profeta". Los jugadores escuchan con suma atención y el mayor respeto todo cuanto los hombres con luces tienen que contar sobre lo que va a acontecer en la generación siguiente, esperan entonces a que todos aquéllos fallezcan para enterrarlos con decoro y luego siguen su camino y pasan a otra cosa. Eso es todo. Sin embargo, para un género de gustos sencillos no puede haber nada más divertido.

Pues la humanidad, niña como es, actúa siempre con porfía y a hurtadillas. Y nunca, desde que el mundo es mundo, ha hecho aquello que los sabios juzgaban inevitable. Se cuenta que lapidaron a los falsos profetas, pero habrían lapidado a los profetas genuinos con deleite mayor y más justificado. Por separado, los hombres pueden parecer más o menos racionales cuando comen, duermen o urden algo. Pero la humanidad en su conjunto es veleidosa, mística, inconstante, encantadora. Los hombres, hombres son; pero el Hombre es una mujer.

Ahora bien, en los albores del siglo xx el juego de "Chotéate del profeta" se complicó más que nunca. Ello era que había entonces tal cantidad de profetas y de profecías, que resultaba difícil mofarse de todas sus ocurrencias. El hombre que había hecho por su cuenta y riesgo algo atrevido y descabellado, quedaba al instante paralizado por la idea atroz de que aquello estuviese ya previsto. Nadie, ni el duque que se encaramaba a un poste ni el deán que se emborrachaba, podía sentirse plenamente satisfecho, pues siempre era posible estar cumpliendo una profecía. En los albores del siglo xx no había forma de saber qué terreno pisaban los listos. Abundaban tanto que un bobo resultaba harto excepcional y, cuando aparecía uno, la multitud lo seguía por las calles, lo enaltecía y le otorgaba algún alto cargo en el Estado. Y todos los listos se dedicaban a presentar informes de lo que iba a pasar en la nueva era, todos ellos muy esclarecedores, todos muy sesudos y desgarrados, todos muy dispares entre sí. Parecía, pues, que el inmemorial juego de la mofa de los antepasados ya no iba a poder jugarse más, porque los antepasados prescindían de la comida, del sueño y del ejercicio de la política, entregados como estaban a meditar noche y día sobre lo que sus descendientes podían hacer.

Pero los profetas del siglo xx tenían una manera muy suya de ponerse manos a la obra. Lo que hacían era observar esto o lo de más allá, algo que a todas luces ocurría en su tiempo, para luego decir que aquello no pararía de aumentar hasta que se manifestase un fenómeno extraordinario. Y solían añadir que en algún lugar inusitado aquello tan extraordinario ya se había producido, lo que constituía un signo de los tiempos.

Allí estaban, verbigracia, Mr H.G. Wells y otros, según los cuales la ciencia se enseñorearía del futuro, y así como el automóvil era más rápido que la carreta, así habría de aparecer otra maravilla a su vez más rápida que el automóvil; e igual hasta el infinito. De esa suerte resurgió de sus cenizas el doctor Quilp, quien dijo que con su artillugio se podía dar la vuelta al mundo lo bastante rápido para sostener una larga charla con alguien

de una aldea del viejo mundo, pronunciando una sola palabra de una frase cada vez que se volviese a pasar por allí. Y se contaba que el experimento había sido ensayado con un veterano oficial apoplético que fue lanzado a rodar por la tierra a velocidad de vértigo, de modo que aquélla quedó ceñida (desde la perspectiva de los habitantes de alguna estrella lejana) por una cinta ininterrumpida de bigotes blancos, tez encarnada y chaqueta a cuadros: más o menos como un anillo de Saturno.

Estaban también los de la escuela antagónica. Entre ellos, Mr Edward Carpenter, según el cual en muy breve plazo de tiempo retornaríamos a la naturaleza y viviríamos de un modo sencillo y apacible, cual animales. Discípulo de Carpenter era el teólogo James Pickie (del Pocahontas College), quien afirmaba que los hombres mejoraban inmensamente al rumiar o ingerir el alimento de un modo pausado y continuo, a la manera de las vacas. Y contaba que él mismo, con los resultados más alentadores, había puesto a cuatro patas a unos cuantos ciudadanos en un campo cuajado de chuletas. Por si eso fuese poco, a Tolstoi y a los Humanitarios les dio por decir que el mundo se estaba volviendo más misericordioso, y que por eso mismo ya nadie desearía nunca aniquilar a un congénere. Y Mr Mick no sólo se convirtió en vegetariano, sino que a la postre declaró condenado el propio vegetarianismo ("el derramamiento", como explicaba con elegancia, "de la verde sangre de los animales mudos"), y predijo que los hombres, en una era mejor, no vivirían sino de sal. Hasta que apareció aquel panfleto de Oregón (donde se ensayó la cosa) intitulado "¿Por qué ha de sufrir la sal?", con lo cual el asunto se complicó todavía más.

Por otra parte, los había que predecían que los lazos de parentesco se iban a volver más estrechos e implacables. Entre ellos se contaba Mr Cecil Rhodes, para quien en el futuro no existiría más que el imperio Británico y se abriría un abismo entre los que pertenecen a aquél y los que no, entre los chinos de Hong Kong y los chinos de fuera de Hong Kong, entre los españoles del Peñón de Gibraltar y los españoles que no viven allí, un abismo semejante al que existe entre el hombre y los animales más inferiores. Siguiendo esa línea de pensamiento, su impetuoso amigo el doctor Zoppi ("el Pablo del Anglosajonismo") llegaría aún más lejos, al sostener que, en consonancia con la idea antedicha, el canibalismo debería aplicarse para definir la ingestión de un miembro del imperio, no la de ningún miembro de los pueblos sometidos, quienes, decía, tendrían que ser eliminados con el fin de ahorrarles un inútil sufrimiento. El horror que le producía la idea de comerse a un hombre de la Guyana Británica mostraba hasta qué punto entendían mal su estoicismo quienes lo consideraban un hombre falto de sentimientos. Sea como fuere, pasaba por un trance difícil, pues se contaba que había ensayado el experimento y que, pues vivía en Londres, para sobrevivir no disponía de otro recurso que de organilleros italianos. Y así terminó sus días de un modo atroz, porque no había hecho más que empezar cuando Sir Paul Swiller dictó su gran conferencia en la Royal Society, donde demostraba que los salvajes no sólo hacían muy bien en comerse a sus enemigos, sino que además estaban asistidos de razón, moral e higiénicamente hablando, toda vez que era incuestionable que las virtudes del enemigo pasaban, una vez devoradas, al devorador. El caso es que la idea de que la naturaleza de un organillero italiano anidase y creciese irremediabilmente en su interior terminó por sobrepasar el aguante del bondadoso y anciano profesor.

Figuraba también Mr Benjamín Kidd, que decía que el desarrollo de nuestro género tendría como seña de identidad la guarda del futuro y su conocimiento. En su idea abundó William Borker, autor de ese pasaje que todo colegial sabe de memoria, aquel que dice que los hombres llorarán en el futuro ante las tumbas de sus descendientes y que a los turistas se les mostrará el escenario de la histórica batalla que iba a tener lugar siglos

después.

Y también Mr Stead descollaba, el hombre que pensaba que Inglaterra estaría unida a América en el siglo xx; no menos que su joven lugarteniente, Graham Podge, que incluía los Estados de Francia, Alemania y Rusia en la Unión Americana, con el Estado ruso abreviado a Ra.

Y también estaba Mr Sidney Webb, que decía que en el futuro se asistiría a un continuo aumento del orden y la pulcritud en la vida de la gente, y su pobre amigo Fipps, que enloqueció y se puso a recorrer el país entero armado con un hacha y se dedicaba a partir las ramas de todo árbol que no contaba con el mismo número en cada lado.

Todos estos sabios, haciendo gala de las formas de ingenio más variopintas, profetizaban aquello que no iba a tardar en ocurrir, para lo cual se valían de la misma fórmula, esto es, la de invocar algo que a su entender "se consolidaba", como reza la frase hecha, llevando ese algo tan lejos como se lo consentía su imaginación. Tal, declaraban, era la manera más legítima y sencilla de prever el futuro. "Así como", decía el doctor Pellkins en un admirable pasaje, "así como cuando vemos en una pocilga a un marrano más grande que los otros, comprendemos, por una ineluctable ley de lo Inescrutable, que algún día será más grande que un elefante; así como cuando vemos que en un jardín crecen hierbajos y dientes de león cada vez más espigados, comprendemos que irremediamente, no obstante todos nuestros esfuerzos, aquéllos se elevarán por encima de las chimeneas e impedirán la visión de la casa, así también comprendemos y con humildad reconocemos que cuando en la política humana hay una fuerza capaz, durante el espacio de tiempo que sea, de sobresalir en su actividad, esa fuerza continuará su ascenso hasta llegar al cielo".

Se supo entonces que los profetas habían puesto a la gente (que mientras tanto seguía con el viejo juego de "Chotéate del profeta") en un aprieto sin precedentes. Parecía francamente difícil hacer algo sin que se cumpliese alguna de sus profecías.

Con todo, en la mirada de los peones, de los labriegos, de los marineros, de los niños y especialmente de las mujeres, había algo extraño que mantenía a los sabios en un estado febril o dubitativo. No podían escudriñar la estática fruición contenida en sus ojos. Todavía se guardaban algo bajo la manga: seguían jugando a "Chotéate del profeta".

Hasta que los sabios se desbandaron y empezaron a gritar aquí y allá: "¿Qué nos deparará el futuro? ¿Qué será de Londres de aquí a un siglo? ¿Queda algo en lo que no hayamos pensado? ¿Casas vueltas del revés... más higiénicas, acaso? ¿Hombres que caminan con las manos... con pies más flexibles, eso sí? ¿La luna... automóviles... gente sin cabeza...?". Y así siguieron con su deambular y sus interrogantes, hasta que murieron y fueron enterrados con decoro.

Después la gente siguió con lo suyo e hizo lo que le vino en gana. Pero ya no quiero ocultar más la triste verdad. La gente se había burlado de los profetas del siglo xx. En el momento en que el telón de esta historia se abre, ochenta años después de la fecha de hoy, Londres era casi exactamente igual a como es en la actualidad.

CAPÍTULO 2

EL HOMBRE DE VERDE

Apenas hacen falta palabras para explicar por qué Londres, dentro de cien años, será una ciudad muy parecida a la de hoy, o mejor dicho, dado que debo expresarme en un pretérito profético, por qué Londres, en el momento en que mi historia se inicia, guardaba un inmenso parecido con la ciudad de los añorados días en los que yo aún vivía.

La razón se puede explicar con una sola frase. La gente había perdido por completo la fe en las revoluciones. Todas las revoluciones, como la francesa o la que introdujo el cristianismo, son doctrinales, en la medida en que el sentido común nos dice que no se puede trastocar todo lo existente, usanzas y pactos incluidos, a menos que uno crea en algo trascendente, en algo positivo y divino. Pues bien, Inglaterra, durante dicho siglo, se deshizo de esa creencia y pasó a creer en algo llamado Evolución. Y dijo: "Todos los cambios teóricos han acabado en sangre y tedio. Si cambiamos, hemos de hacerlo con calma y firmeza, como los animales. Las revoluciones de la naturaleza son las únicas que triunfan. No se conoce ninguna reacción conservadora en defensa de los rabos".

Y hubo cosas que cambiaron. Cosas en las que nunca se había reparado mucho cayeron en desuso. Cosas que no pasaban muy a menudo dejaron de pasar del todo. Así, por ejemplo, las fuerzas que actualmente rigen el país, es decir, el ejército y la policía, fueron disminuyendo progresivamente, hasta casi desaparecer. La gente unida habría podido arrasar en diez minutos con los pocos policías que quedaban: pero no lo hacía porque no creía que eso fuese a servirle de nada. Había perdido la fe en las revoluciones.

La democracia había muerto, porque nadie tenía interés en que la clase gobernante gobernase. Inglaterra se convirtió prácticamente en un despotismo, pero no hereditario. Algún miembro de la clase funcionarial era nombrado Rey. A nadie le importaba cómo, a nadie le importaba quién fuese. No era más que un secretario universal.

Así pues, en Londres reinaba la más absoluta paz. Esa suposición vaga y un poco triste de que las cosas pasan como lo han hecho siempre, a la que tan dados eran los londinenses, se había convertido para ellos en una certeza. La verdad es que no existía motivo alguno para no hacer siempre lo mismo un día tras otro.

Por consiguiente, no había ningún motivo para que los tres jóvenes que siempre iban juntos al Ministerio de Gobernación no lo hiciesen también en esta fría y nublada mañana. Todo en aquella época se había vuelto mecánico, más que nada los funcionarios del Gobierno. Todos los funcionarios acudían regularmente a sus puestos de trabajo. Tres de esos funcionarios se internaban siempre juntos en la ciudad. Todo el vecindario los conocía: dos de ellos eran altos, el otro bajo. Y aquella mañana el funcionario bajo llevaba una demora de apenas unos segundos cuando los otros pasaron delante de su puerta: podría haberles dado alcance en dos zancadas; podría, pues nada se lo impedía, haberlos llamado. Pero no lo hizo.

Por algún motivo de imposible comprensión hasta que todas las almas sean juzgadas (siempre que alguna vez tal cosa ocurra: en aquel entonces, la idea se contaba entre las de culto fetichista), no dio alcance a sus dos colegas, sino que echó a andar impertérrito tras sus pasos. Era un día gris, sus trajes eran grises, todo era gris; pero, llevado por un impulso incomprensible, siguió su camino calle tras calle, manzana tras manzana, con los ojos clavados en las espaldas de los dos hombres, que se habrían vuelto al solo sonido de su voz. Ahora bien, una ley escrita en el más oscuro de los Libros de la Vida reza así: si

miras una cosa novecientos noventa y nueve veces, estarás perfectamente a salvo; si la miras una milésima vez, te expondrás al espantoso peligro de verla por vez primera.

Pues bien, mientras el funcionario bajito miraba los faldones de los funcionarios altos, y, calle tras calle y esquina tras esquina no veía sino faldones, faldones y más faldones, hete aquí que, sin causa aparente, algo lo deslumbró.

Dos dragones negros retrocedían hacia él. Dos dragones negros lo miraban con ojos diabólicos. Sí, aunque los dragones iban hacia atrás, tenían los ojos fijos en él. Lo cierto es que los ojos que veía no eran sino los dos botones traseros de sus respectivas levitas: si miraban de ese modo era quizá porque anidaba en ellos la memoria de su insignificancia. La abertura de los faldones era la nariz del monstruo; cada vez que los faldones eran agitados por el viento invernal, los dragones se relamían los labios. Aunque sólo fuese pasajera, esa fantasía quedaría grabada para siempre en el alma del pequeño funcionario. A partir de entonces, todo hombre que veía con levita era un dragón caminando hacia atrás. Más tarde, con mucha discreción y cortesía, explicaría a sus dos amigos funcionarios que, pese a sentir por ambos una inefable estima, no podía contemplar seriamente la cara de ninguno de los dos como algo que no se asemejase a una cola. Era, como él mismo reconoció, una cola bonita, una cola esbelta. Eso sí, les dijo que si algún amigo sincero quisiera ver sus caras y mirar los ojos de su alma, a ese amigo debían permitirle caminar respetuosamente detrás de ellos para que pudiese verlos de espaldas. Allí se encontraría con los dos dragones de ojos cegados.

Antes, sin embargo, esos dos dragones negros que se abalanzaron desde la niebla sobre el pequeño funcionario habían producido el efecto de todos los milagros: la transformación del universo. Aquél verificó así un hecho que todos los románticos conocen de memoria, esto es, que las aventuras suceden en los días sombríos, no en los soleados. Cuando la cuerda de la monotonía se tensa al máximo produce el sonido de una canción. Antes apenas había prestado atención al clima, pero, con esos cuatro ojos muertos clavados en él, miró a su alrededor y reparó en ese peculiar día muerto.

Era una mañana fría y gris, sin bruma, pero cubierta por esa sombra de nubes o de nieve que lo impregna todo de un crepúsculo verde o cobrizo. La luz de un día así, más que nacida de la claridad del cielo, parece una fosforescencia adherida a las formas. El cielo y las nubes son como una bóveda acuática donde los hombres se mueven como peces llevados por la sensación de hallarse en el lecho de un mar. Todo en una calle londinense contribuye a redondear esa fantasía; hasta los ómnibus y los coches de punto parecen criaturas de ojos llameantes salidas de las profundidades marinas. Al principio, le asustó toparse con dos dragones. Ahora comprendía que estaba entre dragones dueños del fondo del mar.

Los dos jóvenes que iban delante, al igual que el bajito, vestían bien. Sus levitas y sombreros de seda tenían la lozana adustez que hace del petimetre moderno, odioso como es, la plasmación práctica preferida del moderno delineante: aquel elemento que Mr Max Beerbohm ha expresado admirablemente al hablar de "cierta armonía entre las prendas oscuras y la rígida perfección de la ropa blanca".

Caminaban con paso de tortuga afectada y hablaban entre pausas larguísimas, soltando una frase más o menos cada seis farolas.

Pasaban delante de las farolas con un semblante tan impenetrable que, por ofrecer de ellos una descripción ingeniosa, casi se podría decir que las farolas pasaban delante de los hombres, como en un sueño. Hasta que el pequeño echó a correr en pos de ellos y les dijo:

—Quiero cortarme el pelo. ¿No conocéis ningún local pequeño donde corten bien el

pelo? No hago más que cortármelo, pero el pelo no para de crecer.

Uno de los altos lo miró con cara de afligido naturalista.

—Caray, aquí hay un local —exclamó el pequeño con tontorróna alegría, cuando el resplandeciente escaparate de un elegante salón de peluquería surgió de repente de la penumbra—. El caso es que suelo encontrar peluquerías cuando paseo por Londres. Almorzaré con vosotros en el Cicconani. Veréis, me pirran las peluquerías. Son mil veces mejores que las repugnantes carnicerías—. Y desapareció por la puerta.

El hombre llamado James siguió mirándolo con el monóculo que se había encajado en un ojo.

—¿A ti qué te parece ese tipo? —preguntó a su colega, un joven pálido y narigón.

El joven pálido y narigón se detuvo a reflexionar unos minutos y por fin dijo:

—Para mí que de chico le atizaron un golpe en la cabeza.

—No, no es eso —respondió el Honorable James Barker—. Ha habido momentos en los que he visto en él un artista de algún tipo, Lambert.

—¡Bobadas! —exclamó Mr Lambert secamente.

—Reconozco que no sé qué pensar de él —continuó absorto Barker—. Cada vez que abre la boca dice una insensatez tan supina, que el de tonto es un calificativo que apenas lo define. Pero también tiene algo que lo hace muy divertido. ¿Sabías que posee una colección de lacas japonesas única en Europa? ¿Y has visto sus libros? Todos los poetas griegos, los franceses de la Edad Media y cosas así. ¿Has estado alguna vez en su casa? Es como estar dentro de una amatista. Y allí se siente en su salsa y habla como... como un papanatas.

—Al diablo todos los libros, incluidos tus registros —dijo el candoroso Mr Lambert con amigable franqueza—. Tienes que tener una idea formada. Quiero conocerla.

—No la tengo —respondió Barker—. Pero si lo que me pides es una opinión, diría que se trata de un hombre aficionado a lo que llaman sinsentido: disparates artísticos y esa clase de cosas. Para mí que su mente ha quedado tocada de tanto decir bobadas y que desconoce la diferencia entre la sensatez y la insensatez. Ha dado la vuelta al mundo mental, por decirlo así, y hallado el punto de unión entre el Este y el Oeste, donde la más absoluta imbecilidad es igual al sentido común. Pero lo que no puedo explicar son los mecanismos psicológicos.

—No me los puedes explicar a mí —respondió Mr Wilfrid Lambert con candor.

Mientras recorrían las anchas calles que desembocaban en el restaurante, el crepúsculo cobrizo fue adquiriendo paulatinamente un tono amarillento; así, a su llegada ya se les distinguía perfectamente bajo una tolerable luz invernal. El Honorable James Barker, uno de los funcionarios más influyentes del Gobierno inglés (entonces rigurosamente funcional), era un joven delgado, distinguido y apuesto pese a la inexpresividad de sus ojos azules. Poseía grandes dotes intelectuales, de esas que elevan a un hombre de trono en trono hasta sobrecargarlo de honores sin que haya recreado ni iluminado la mente de nadie. Wilfrid Lambert, el muchacho de la narizota que deslucía el resto de su cara, tampoco había aportado gran cosa al engrandecimiento del espíritu humano, pero tenía la honrosa excusa de ser un mequetrefe.

Lambert podría ser calificado de sandio; Barker, con toda su listeza, de majadero. Pero la sandez y la majadería resultaban insignificantes al lado de los inconmensurables e ignotos tesoros de necedad que debía albergar el pequeño sujeto que los esperaba ante la puerta del Cicconani. El bajito, que se llamaba Auberón Quin, era una mezcla de niño de pecho y lechuza. La redondez de su cabeza y de sus ojos parecía obra de una naturaleza

guasona armada de un compás. Su pelo oscuro y liso, además de su levita absurdamente larga, le daban el aire de un Noé niño. Cuando entraba en un lugar de gente desconocida, lo confundían con un niño de corta edad y todos querían montarlo en sus rodillas, hasta que se ponía a hablar y comprendían que un niño diría cosas más inteligentes.

—Llevaba un buen rato esperando —dijo Quin con dulzura—. Tiene mucha gracia que al final os vea aparecer por la calle.

—¿Por qué? —preguntó Lambert mirándolo fijamente—. Si tú mismo nos has citado aquí.

—Mi madre tenía la costumbre de decir a la gente que acudiese a los sitios —dijo el sabio.

Se disponían a entrar en el restaurante con actitud resignada, cuando de improviso la calle reclamó su atención. La atmósfera, aunque fría y gris, se había despejado bastante, y, al otro lado de la deslustrada acera de madera, por en medio de los lóbregos bloques de viviendas, avanzaba algo que no podía verse en varios kilómetros a la redonda —algo que por aquel entonces quizá no se podía ver en toda Inglaterra: un hombre con vestimentas de colores chillones. Un pequeño gentío lo seguía de cerca.

Era un hombre de estatura imponente, embutido en un uniforme verde brillante tachonado de grandes guarniciones plateadas. De un hombro le pendía una corta capa de piel verde, que recordaba la de los húsares, cuyo forro lanzaba intermitentes destellos carmesíes y leonados. Su pecho resplandecía de medallas; al cuello llevaba una cinta roja con la estrella de alguna orden extranjera; y una larga espada, de refulgente empuñadura, tintineaba contra el empedrado. En aquel entonces, el desarrollo pacífico y utilitario de Europa había relegado todas las indumentarias de ese tipo a los museos. La única fuerza que quedaba, la pequeña pero bien organizada policía, iba ataviada de una manera lúgubre e higiénica. Pero hasta los que aún podían acordarse de los últimos Guardias y Lanceros, desaparecidos en 1912, tuvieron que percatarse al primer vistazo de que aquél no era, y nunca había sido, un uniforme inglés; convicción en la que a no dudar redundaba su macilento y aquilino rostro, como el de un Dante forjado en bronce, que surgía, coronado por una cabellera blanca, del verde cuello militar. Era un rostro penetrante y noble, pero en ningún caso inglés.

Apenas hay palabras para describir la majestuosidad con que el caballero uniformado de verde caminaba por el centro de la calle. Así, los modernos al uso que andaban por ahí no podían apartar la vista de él por la sencillez de sus movimientos, por su altivez y por el porte de su cabeza y su figura. Ahora bien, sus expresiones o gestos distaban de ser conscientes. En sus movimientos puramente temporales, el hombre daba la impresión de sentirse inquieto y expectante, sólo que su expectación era la de un déspota y su inquietud la de alguien con las responsabilidades de un dios. En cambio, cuantos seguían sus pasos estaban fascinados por su brillante uniforme, o, dicho de otro modo, lo seguían por ese instinto que nos hace ir tras alguien con apariencia de loco, pero fundamentalmente por el instinto que hace que la humanidad entera siga (e idolatre) a todo individuo proclive a dárseles de rey. Y es que ese hombre exhibía en grado tan sublime y extremo el gran atributo de la realeza —a saber, la incapacidad de percatarse de la existencia de otros—, que la gente lo seguía como sigue a los reyes, para ver en qué o en quién iba a reparar primero. Y en todo momento, según hemos señalado, a despecho de todo su manso esplendor parecía mantenerse alerta, en busca de alguien o de algo.

De buenas a primeras, la referida actitud alerta dio paso, sin motivo aparente, a una de júbilo. Seguido por la absorta atención de la muchedumbre de holgazanes, el magnífico caballero verde interrumpió su paseo por el centro de la calle y torció hacia un lado. Se detuvo frente a un enorme cartel de mostaza Colman's pegado a una valla de madera. Sus

contempladores estaban en vilo.

Extrajo entonces de una faltriquera de su uniforme un cortaplumas, con el que rasgó el papel. Terminó de arrancarlo con los dedos y en seguida hizo una tira, de color amarillo y forma desigual. Luego, y por primera vez, el egregio se dirigió a los adoradores allí presentes:

—¿Tendría alguien la bondad —dijo con un agradable acento foráneo— de prestarme un alfiler?

Mr Lambert, que casualmente se hallaba cerca y llevaba encima incontables alfileres con el fin de prenderlos a otros tantos ojales, le ofreció uno, que aceptó con grandes y solemnes reverencias e hiperbólicas muestras de agradecimiento.

Tras lo cual el caballero de verde, aparentemente de lo más complacido, exaltado incluso, prendió la tira de papel amarillo a las guarniciones de seda verde y encaje plateado que lucía en su pecho. Pero al momento volvió a mirar a su alrededor, en busca de algo y todavía inconforme.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor? —preguntó Lambert con esa absurda cortesía del inglés que se ve en un apuro.

—Rojo —dijo distraídamente el extranjero—. Rojo.

—¿Dispense?

—Dispéñeme usted a mí, señor —dijo el extranjero inclinándose—. Me preguntaba si alguno de ustedes llevaría algo rojo.

—¿Si llevamos algo rojo? Bueno, verá...; pues no, creo que no. Antes llevaba siempre una pañoleta roja, pero...

—Barker —dijo de pronto Auberon Quin—, ¿qué me dices de tu cacatúa roja? ¿Dónde la tienes?

—¿De qué hablas? —preguntó Barker exasperado—. ¿Qué cacatúa? Tú no me has visto nunca con una cacatúa.

—Lo sé —dijo Auberon ligeramente apaciguado—. ¿Dónde habrá estado todo este tiempo?

Barker se volvió bruscamente, no sin resentimiento.

—Lo siento, señor —dijo parca pero cortésmente—, parece que ninguno de nosotros tiene nada rojo que prestarle. Pero, si me permite preguntárselo, ¿para qué...?

—Gracias, señor, no se preocupe. Yo mismo puedo, a falta de otra cosa mejor, suplir mis necesidades.

Y, tras un instante de reflexión, con el cortaplumas que empuñaba se hizo un tajo en la palma de la mano izquierda. La sangre fluía tan copiosamente que formó un reguero en el empedrado. El extranjero sacó su pañuelo y desgarró una tira con los dientes. La tira cobró un tinte escarlata.

—Ya que es usted tan generoso, señor —dijo—, ¿no tendría por casualidad otro alfiler?

Lambert le tendió uno, con ojos tan protuberantes como los de un sapo.

El extranjero cosió el paño rojo al papel amarillo y se quitó el sombrero.

—Les doy las gracias a todos, caballeros —dijo, y, envolviendo su ensangrentada mano en lo que quedaba del pañuelo, reanudó su camino con imponente majestuosidad.

Mientras todos los demás permanecían quietos, algo atónitos, el pequeño Auberon Quin corrió tras el extraño y se interpuso en su camino, con el sombrero en la mano. Para asombro de todo el mundo, lo interpeló en perfecto español:

—Señor —dijo en ese idioma—, perdone la hospitalidad, tal vez indiscreta con alguien

que parece eminente, pero huésped solitario de Londres. ¿Nos honraría a mí mismo y a mis amigos, con quienes acaba de departir un rato, acompañándonos a almorzar en el restaurante de aquí al lado?

El hombre de uniforme verde se había sonrojado de placer al mero sonido de su idioma, y aceptó la invitación con esa profusión de reverencias que muy a menudo demuestra, tratándose de las gentes sureñas, la falsedad de la idea según la cual la actitud ceremoniosa es ajena al sentimiento.

—Señor —dijo—, su idioma es el mío. Sin embargo, y por mucho amor que profese a mi pueblo, no puedo negarle al suyo el honor de contar con tan caballeroso anfitrión. Permítame decirle que, aunque la lengua sea el español, el corazón es inglés—. Y entró con los otros en el Cicconani.

—¿No sé si ahora —dijo Barker ante un plato de pescado regado con jerez, muy deferente pero ardiendo de curiosidad—, no sé si ahora puede parecerle descomedido el ruego de que nos explique por qué ha hecho eso?

—¿Por qué he hecho qué, señor? —preguntó el invitado, que hablaba un inglés muy fluido, aunque con acento de algún lugar de América.

—Bueno —dijo el inglés un poco amedrentado—, pues lo de arrancar un trozo de papel de una valla... y..., y lo de cortarse usted mismo... y...

—Explicarle eso, señor —respondió el otro con orgullo no exento de melancolía—, supone nada menos que explicarle quién soy. Me llamo Juan del Fuego, Presidente de Nicaragua.

La forma en que el Presidente de Nicaragua se reclinó y apuró su copa de jerez demostraba que para él esas palabras abarcaban todos los sucesos acaecidos y muchos más. Barker, sin embargo, no había disipado aún las dudas que conturbaban su mente.

—Y el papel amarillo —empezó con ansiosa gentileza—. Y el paño rojo...

—El papel amarillo y el paño rojo —dijo Del Fuego con indescriptible magnificencia— son los colores de Nicaragua.

—Pero, Nicaragua... —empezó Barker con mucha vacilación—, Nicaragua ya no es un...

—Nicaragua ha sido conquistada como Atenas. Nicaragua ha sido anexionada como Jerusalén —gritó el hombre con sorprendente impetuosidad—. Los yanquis y los alemanes y los brutales poderes de la modernidad la han pisoteado con sus pezuñas bovinas. Pero Nicaragua no ha muerto. Nicaragua es una idea.

Auberon Quin sugirió con timidez:

—Una brillante idea.

—Sí, dijo el extranjero arrebatándole la palabra—. Tiene usted razón, generoso inglés. Una *brillante* idea, un pensamiento ardiente. Señor, usted me pregunta por qué, impulsado por mi afán de ver los colores de mi país, me he valido de papel y de sangre. ¿Es que no comprende usted el ancestral carácter sagrado de los colores? La Iglesia tiene sus colores simbólicos. Y piense en lo que representan los colores para nosotros, piense en la situación de alguien como yo, de alguien que no puede ver sino esos dos colores, nada aparte del rojo y el amarillo. Para mí todas las formas son iguales, todas las cosas comunes y nobles se conjugan en democracia. Allí donde hay un campo de caléndulas y la roja capa de una anciana, está Nicaragua. Allí donde hay un campo de amapolas y un rectángulo de arena amarilla, está Nicaragua. Allí donde hay un limón y un ocaso rojo, está mi país. Allí donde veo un buzón rojo y un ocaso amarillo, mi corazón rompe a latir. La sangre y un chorro de mostaza me sirven de escudo de armas. A las luminosas y blancas estrellas, prefiero el barro amarillo y rojo que puedo encontrar en una misma

zanja.

—Así pues —dijo Quin con el mismo entusiasmo—, si se da el caso de que para acompañar una comida hay vino blanco y vino tinto, no puede usted conformarse con *sherry*. Permítame que pida un borgoña, a fin de que en su fuero interno se conjugue algo evocador de un escudo de armas nicaragüense.

Barker jugueteaba con su cuchillo y era evidente que se disponía a decir algo, con el elocuente nerviosismo del inglés que quiere caer simpático.

—Entonces tengo que entender —dijo por fin, tras aclararse la garganta— que usted, ejem, que usted era el Presidente de Nicaragua cuando presentó tan..., pues..., imposible no reconocerlo. ..., digo, tan heroica resistencia contra..., ejem...

El ex Presidente de Nicaragua agitó una mano en el aire.

—Puede usted hablarme sin titubeos —dijo—. Sé perfectamente que el mundo de hoy prefiere estar contra Nicaragua y contra mí. No consideraré mermada su cortesía si dice lo que piensa de los infortunios que han assolado mi país.

Barker se mostró de lo más conforme y gratificado.

—Es usted muy generoso, Presidente —dijo pronunciando el título con cierta vacilación—, y voy a aprovechar su generosidad para manifestarle las dudas que, he de confesárselo, tenemos los modernos frente a hechos como..., como..., como la independencia de Nicaragua.

—De modo que sus simpatías están —dijo Del Fuego con absoluta calma— con la gran nación que...

—No se apresure, Presidente, por favor —dijo efusivamente Barker—. Mis simpatías no están con ninguna nación. Juzga usted mal, creo, el intelecto moderno. No desaprobamos el ardor y la extravagancia de comunidades como la suya sólo porque el ejemplo pueda cundir y prender por doquier. No condenamos a Nicaragua, porque creemos que Gran Bretaña tendría que ser más nicaragüense. No nos oponemos a las pequeñas nacionalidades, porque deseamos que las grandes nacionalidades posean toda su pequeñez, toda su perspectiva uniforme, toda su desmesura espiritual. Si discrepo, con el mayor respeto, de su entusiasmo nicaragüense, no es porque una nación o diez naciones estuviesen contra usted, sino porque contra usted estaba la civilización entera. Los modernos creemos en una gran civilización cosmopolita, una que incluya a todos los talentos de todos los pueblos absorbidos...

—El señor me ha de perdonar —dijo el Presidente—. ¿Puedo preguntarle cómo, en circunstancias normales, captura un caballo salvaje?

—Nunca capturo caballos salvajes —repuso Barker con soberbia.

—Allí está el quid —dijo el otro—. Y allí es donde concluye su absorción de talentos. Eso es lo que yo deploro de su cosmopolitismo. Cuando ustedes dicen que aspiran a que todos los pueblos se unan, no hacen sino manifestar su pretensión de que todos los pueblos se unan para que aprendan las peculiaridades del pueblo de ustedes. Si el árabe beduino no sabe leer, habrá que enviar a algún misionero o maestro inglés para que le enseñe, pero nadie dice nunca: "Este maestro no sabe montar un camello; paguémosle a un beduino para que le enseñe". Dicen que su civilización incluirá todos los talentos. ¿De veras? ¿Insinúan acaso que el día en que los esquimales aprendan a votar para un Consejo de condado ustedes sabrán también arponear una morsa? Vuelvo al primer ejemplo. En Nicaragua tenemos una manera de capturar caballos salvajes —laceándolos por las patas delanteras—, reputada la mejor de toda Latinoamérica. Si van ustedes a incluir todos los talentos, vayan y aprendan eso. Si no piensan hacerlo, permítanme que les diga, como he dicho siempre, que algo desapareció del mundo cuando Nicaragua fue civilizada.

—Algo, a lo mejor —repuso Barker—, pero ese algo no era más que una destreza bárbara. Yo no sé si podría picar piedras tan bien como un hombre primitivo, pero lo que sí sé es que la civilización puede fabricar estos cuchillos: prefiero los cuchillos y por eso me apunto a la civilización.

—Está usted en su derecho —respondió el nicaragüense—. Muchos hombres inteligentes como usted se apuntaron antes a la civilización. Muchos babilonios inteligentes, muchos egipcios inteligentes, muchos romanos inteligentes en el ocaso del imperio. Pero, dígame, en un mundo en el que son tan notorios los fracasos de la civilización, ¿qué es lo que conserva la suya de especialmente inmortal?

—Creo que no calibra usted bien, Presidente, nuestra civilización —respondió Barker—. Tengo la impresión de que piensa que Inglaterra sigue siendo una isla pobre y belicosa. Ha pasado usted mucho tiempo fuera de Europa. Y han ocurrido muchas cosas.

—¿Y cómo —preguntó el Presidente— resumiría usted esas cosas?

—Resumiría esas cosas —respondió Barker muy animado— diciendo que nos hemos librado de las supersticiones, incluyendo las que con más frecuencia y pasión se han tenido por tales. La superstición de las grandes naciones es nociva, pero la superstición de las pequeñas nacionalidades es peor. La superstición de idolatrar al propio país es mala, pero la superstición de idolatrar a países de otras gentes es peor. En todas partes ocurre lo mismo, y de cien modos diferentes. La superstición de la monarquía es nociva y la superstición de la aristocracia también, pero la superstición de la democracia es la peor de todas.

El anciano caballero, estupefacto, abrió los ojos de par en par.

—¿Insinúa usted —dijo— que en Inglaterra ya no hay democracia?

Barker se echó a reír.

—La situación induce a la paradoja —dijo—. Somos, de algún modo, la más pura de las democracias. Pero nos hemos convertido en un despotismo. ¿Ha advertido usted la continuidad con que en la historia la democracia se convierte en un despotismo? La gente llama a eso decadencia de la democracia, cuando no es más que su culminación. ¿Por qué tomarnos el trabajo de enumerar, registrar y conceder el derecho de voto a todos los incontables John Robinson que hay, si podemos conformarnos con un solo John Robinson que posea el mismo intelecto o la misma falta de intelecto que el resto? Las antiguas repúblicas idealistas solían basar la democracia en la idea de que todos los hombres eran igualmente inteligentes. Créame, la democracia más saludable y duradera se basa en el hecho de que todos los hombres son igualmente idiotas. ¿Por qué no vamos a elegir a cualesquiera de ellos? Todo lo que queremos para un Gobierno es un hombre que no sea delincuente ni demente, que pueda atender con celeridad unas cuantas peticiones y firmar algunas proclamas. Baste pensar en el tiempo perdido discutiendo sobre la Cámara de los Lores. Los tories decían que había que mantenerla porque era eficiente; los radicales, por su parte, que más valía suprimirla porque era una estupidez. Pero nadie reparó nunca en que convenía precisamente por su estupidez, por cuanto ese aleatorio grupo de individuos vulgares llegado allí por accidente de sangre era una gran impugnación democrática contra la Cámara de los Comunes, contra la sempiterna insolencia de la aristocracia de los talentos. En Inglaterra hemos implantado por fin la institución hacia la cual todos los sistemas se encaminaban tímidamente, es decir, un gris despotismo popular sin ilusiones. Queremos que haya un hombre en la jefatura de nuestro Estado, no por su brillantez o virtuosismo, sino porque es un hombre y no una multitud vociferante. Para evitar la imprevisible posibilidad de enfermedades hereditarias o similares, hemos suprimido la monarquía hereditaria. El Rey de Inglaterra se elige como

a un postulante a jurado incluido en una lista oficial rotatoria. Aparte de eso, todo el sistema es discretamente despótico, pero hasta la fecha nadie ha dicho esta boca es mía.

—¿Dice en serio —preguntó el incrédulo Presidente— que ustedes eligen a cualquier hombre corriente que encuentran a mano y lo convierten en déspota? ¿Que confían en el albur de una lista alfabética...?

—¿Y por qué no? —proclamó Barker—. ¿Acaso la mitad de las naciones de la historia no confiaron en el albur de los primogénitos de los primogénitos, y acaso a la mitad de ellos no les fue moderadamente bien? Tener un sistema perfecto es imposible; tener un sistema, indispensable. Todas las monarquías hereditarias eran fruto del azar: lo mismo ocurre con las monarquías alfabéticas. ¿O es que encuentra usted algún sentido filosófico profundo en la diferencia entre los estuardos y los hanovers? Yo, en cambio, puedo encontrar un sentido filosófico profundo en el contraste entre la borrosa desventura de los de la A y el sólido triunfo de los de la B.

—¿Se exponen ustedes a ese riesgo? —preguntó el Presidente—. ¿Aunque el hombre pueda ser un tirano, un cínico o un delincuente?

—Nos exponemos a ese riesgo —respondió Barker con gran aplomo—. Si es un tirano, pongamos por caso, será un freno para otros cien tiranos. Que es un cínico, pues le interesará gobernar bien. Que es un delincuente: eliminando la pobreza y el poder restantes, ponemos una cortapisa a su delincuencia. Dicho de otro modo, al reemplazar el despotismo imponemos un férreo control sobre un delincuente y un control relativo sobre todos los demás.

El anciano caballero nicaragüense se inclinó con una rara expresión en los ojos.

—Mi iglesia, señor —dijo—, me ha enseñado a respetar toda creencia. No deseo mostrarme irrespetuoso con la suya, por absurda que sea. Pero ¿confían realmente en que cualquier individuo del común elegido por el azar se convierta en un buen déspota?

—Sí —dijo Barker sin titubear—. A lo mejor resulta que no es un buen hombre, pero será un buen déspota. Porque cuando aborde la simple rutina gubernativa pondrá todo de su parte para actuar con justicia. ¿No pretendemos lo mismo de un jurado?

El viejo Presidente sonrió.

—No sé —dijo— si puedo formular alguna objeción específica y certera contra su excelente plan de gobierno. Pero sí tengo una objeción estrictamente personal que hacer. Esto es, que si se me pregunta si quiero sumarme a dicho plan, rogaría ante todo que se me ofreciese la alternativa de ser un sapo metido en un foso. He dicho. No se puede discutir sobre la opción del alma.

—Del alma —dijo Barker frunciendo el ceño—, nada me atrevería a decir, pero, en lo que atañe al interés público...

Mr Auberon Quin se puso de repente en pie.

—Les ruego me disculpen, caballeros —dijo—, pero tengo que salir a tomar un poco el aire.

—Pobre Auberon —dijo Lambert con amabilidad—. ¿Te encuentras mal?

—Nada de eso —dijo Auberon sin perder la calma—. Al revés, me encuentro muy bien, especial y soberanamente bien. Es sólo que quiero reflexionar un poco sobre esas preciosas palabras recién pronunciadas. "En lo que atañe", sí, ésa era la frase, "en lo que atañe al interés público". Uno no puede extraer la miel de cosas así como no se quede a solas un rato.

—¿No le parece que está chiflado? —preguntó Lambert.

El viejo Presidente lo miraba con ojos misteriosamente vigilantes.

—Diría que es un hombre —respondió— que se lo toma todo a guasa. Un hombre peligroso.

Lambert se echó a reír en el instante en que se llevaba unos macarrones a la boca.

—¡Peligroso! —dijo—. ¡Usted no conoce al pequeño Quin, señor!

—Peligroso es todo hombre —dijo impasible el anciano— que tiene una única idea fija en la cabeza. Yo mismo fui antes peligroso.

Y con una sonrisa de simpatía terminó su café, se puso de pie haciendo muchas reverencias y se adentró en la niebla, de nuevo densa y tenebrosa. Tres días más tarde supieron que había muerto serenamente en su pensión del Soho.

En otro lugar, sumido en el opaco mar de niebla, merodeaba un pequeño sujeto tembloroso y tambaleante. A primera vista podía parecer víctima de un ataque de terror o de malaria, pero en realidad sólo sufría aquella misteriosa enfermedad llamada risa solitaria. A voz en grito, se repetía una y otra vez a sí mismo: "Pero, en lo que atañe al interés público...".

CAPÍTULO 3

LA COLINA DEL HUMOR

—Hallábase en un pequeño arriate de rosas amarillas, junto al mar —dijo Auberon Quin—, un pastor no conformista que nunca había estado en Wimbledon. Su familia no comprendía su tristeza ni su extraña mirada. Pero un día se arrepintieron de su negligencia, al oír que en la orilla se había encontrado un cuerpo exangüe calzado con botines de charol. Luego se supo que no se trataba del pastor, si bien en el bolsillo del muerto había un billete de vuelta a Maidstone.

Hubo una breve pausa mientras Quin y sus amigos Barker y Lambert avanzaban por el fangoso césped de los jardines de Kensington. Por fin, Auberon sentenció:

—Esa historia —dijo con solemnidad— es la prueba del humor.

Apretaron el paso hasta que, con el césped hasta las rodillas, empezaron a subir una cuesta.

—Veo —siguió Quin— que habéis pasado la prueba y que juzgáis la anécdota de lo más graciosa, pues no decís nada. Sólo el humor chabacano se acoge con aplausos de cacharrería. La anécdota sensacional se acoge en silencio, como una bendición. ¿A que te has sentido muy bendito, Barker?

—He captado la idea —dijo Barker con cierta altivez.

—Verás —dijo Quin con tontorrón regocijo—, tengo montones de historias tan buenas como ésa. Oíd la siguiente.

Y se aclaró ligeramente la garganta.

—El doctor Polycarp era, como todo el mundo sabe, un bimetalista más amarillo de lo normal. "Por ahí va", decía la gente con amplia experiencia, "el bimetalista más amarillo de Cheshire". Una vez, bajo una puesta de sol malva y gris, se lo oyó decir a un actuuario de seguros. Polycarp se volvió hacia él. "¡Amarillo serás tú!", gritó furioso. "¡Amarillo serás tú! *Quis tulerit Gracchos de seditione querentes*". Se cuenta que ningún actuuario de seguros volvió a meterse con el doctor Polycarp nunca más.

Barker asintió con candorosa sagacidad. Lambert se limitó a rezongar.

—Ahí va otra —prosiguió el insaciable Quin—. En una hondonada de las verdigrisáceas colinas de la lluviosa Irlanda vivía una anciana cuyo tío siempre apoyaba a Cambridge en la regata. Pero en las verdigrisáceas colinas ella no sabía nada de eso: ni siquiera sabía que hubiera una regata. Tampoco sabía que tuviera un tío. No había oído hablar absolutamente de nadie, salvo de Jorge I, de quien sí había oído hablar (ignoro por qué) y en cuya memoria histórica depositaba ella su sencilla fe. Hasta que un buen día, cuando le plugo a Dios, se descubrió que el tal tío no era en realidad su tío, de modo que se lo fueron a decir. Ella sonrió entre lágrimas y tan sólo dijo: "La virtud ya es un premio".

Se hizo un nuevo silencio y por fin Lambert dijo:

—Lo encuentro un poquito misterioso.

—¡Misterioso! —gritó Quin—. El auténtico humor es misterioso. ¿Sabéis cuál es el acontecimiento capital de los siglos xix y xx?

—¿Cuál? —preguntó Lambert secamente.

—Es muy sencillo —respondió Quin—. Hasta ahora una broma se iba al traste cuando la gente no la entendía. Hoy, cuando la gente no entiende una broma, ésta se alza con una

victoria sublime. El humor, amigos míos, es lo único sacrosanto que le queda a la humanidad. Es lo único que verdaderamente os espanta. Fijaos en ese árbol.

Sus interlocutores miraron con desgana un haya que se inclinaba hacia ellos desde lo alto de la colina.

—Si yo —continuó Mr Quin—, si yo afirmase que no captáis las grandes verdades de la ciencia que contiene aquel árbol, a pesar de que saltan a la vista para cualquiera con intelecto, ¿qué os vendría a la mente o la boca? Me tomaríais, lisa y llanamente, por un pedante con alguna insignificante teoría sobre las células vegetales. Si afirmase que no captáis en dicho árbol los viles manejos de los políticos locales, me tacharíais de socialista chiflado algo obsesionado por los parques públicos. Si afirmase que sois culpables de la suprema blasfemia de mirar ese árbol sin captar en él una nueva religión, os limitaríais a decir que soy un místico y me daríais esquinazo. Pero si —y alzó una mano pontifical—, pero si afirmase que no sois capaces de captar el humor de ese árbol y que yo sí lo capto... ¡Santo Dios, entonces os postraríais a mis pies!

Hizo una breve pausa y prosiguió.

—Sí: sentido del humor, un fantástico y delicado sentido del humor es la nueva religión de la humanidad. A eso han de entregarse los hombres con el ascetismo de los santos. Harán ejercicios, ejercicios espirituales. Se nos preguntará: "¿Capta el humor de esa baranda de hierro?", o "¿capta el humor de esos maizales?", ¿capta el humor de las estrellas?, ¿capta el humor de las puestas de sol?". La de veces que me he reído dormido en una puesta de sol violeta.

—Sí, muchas veces —dijo Mr Barker con cómplice azoramiento.

—Permitid que os cuente otra historia. Trata de la frecuencia con que los diputados de Essex son menos puntuales de lo que cabría suponer. Puede que el diputado menos puntual de Essex haya sido James Wilson, que dijo, en el preciso instante en que arrancaba una amapola...

De súbito, Lambert se volvió hacia él y plantó su bastón en el suelo con gesto desafiante.

—Auberon —dijo—, ya basta. No te paso una más. No cuentas más que patrañas.

Quin y Barker lo miraron con sorpresa, pues sus palabras habían estallado como si llevasen largo tiempo bien selladas con un corcho.

—No tienes —empezó Quin— el menor...

—Me importa un rábano —dijo Lambert en un arranque violento—. Me da igual tener o no tener "un delicado sentido del humor". No te lo consiento. Todo es un puro fraude. Tus infernales cuentos no tienen ni pizca de gracia. Lo sabes tan bien como yo.

—Bueno —respondió Quin con calma—, bien es verdad que yo, dada la lentitud con que mi mente procesa, tampoco les encuentro ninguna gracia. Pero Barker, merced a su sutileza, sí que la ha captado.

Barker se puso rojo como un tomate, pero no apartó la vista del horizonte.

—So memo —dijo Lambert—, ¿por qué no puedes ser como todo el mundo? Si no eres capaz de contar nada cómico, más vale que cierres el pico. Un hombre sentado encima de su sombrero haciendo una pantomima resulta infinitamente más gracioso que tú.

Quin le clavó la mirada. Habían llegado a la cumbre de la colina y el viento azotaba sus rostros.

—Lambert —dijo Auberon—, eres un hombre bueno y estupendo, por mucho que no lo aparentes. Incluso diría que eres más. Eres un gran revolucionario o un redentor del mundo, y ya te veo esculpido en mármol entre Lutero y Danton, a ser posible como estás ahora, con el sombrero ligeramente ladeado. Mientras subíamos la cuesta dije que el

nuevo humor era la religión postrera. Tú lo has convertido en la postrera superstición. Pero déjame hacerte una advertencia muy seria. Piénsatelo bien antes de pedirme que haga algo *outré*, como que imite al hombre de la pantomima y me siente encima de mi sombrero. Porque soy un hombre cuya alma ha sido vaciada de todas las dichas excepto la de la locura. Y por un par de peniques lo haría.

—Pues hazlo —dijo Lambert balanceando con impaciencia su bastón—. Será más divertido que las tonterías que contáis Barker y tú.

Desde lo alto de la colina, Quin extendió una mano hacia la alameda de los jardines de Kensington.

—A doscientas yardas de aquí —dijo— están todos vuestros elegantes conocidos que no tienen nada mejor que hacer que mirarse entre ellos y mirarnos a nosotros. Nos hallamos en una elevación a cielo abierto, en esta especie de pico de la fantasía, de Sinaí del humor. Nos hallamos en un púlpito, en un estrado a la luz del sol, y medio Londres nos puede ver. Más vale que no me des ideas, Lambert, porque hay en mí una locura que trasciende el martirio, la locura de un hombre que no tiene nada mejor que hacer.

—No sé de qué hablas —dijo Lambert con desdén—. Sólo sé que prefiero que te pongas a hacer el pino con tu cabeza de alcorcho a tener que seguir oyéndote.

—¡Auberon, por lo que más quieras...! —gritó Barker lanzándose sobre él, pero era demasiado tarde. Infinidad de caras se habían vuelto hacia ellos desde bancos y veredas. Se detenían grupos y se formaban corros, mientras la intensa luz del sol resaltaba aquella escena azul, verde y negra como la ilustración de un libro infantil. Y es que en la cumbre de la colina y con notable destreza atlética, Mr Auberon Quin hacía el pino, sus botas de charol dando patadas al aire.

—Por el amor de Dios, Quin, ponte de pie y deja de hacer el payaso —gritó Barker retorciéndose las manos—. Vamos a tener a toda la ciudad aquí.

—Sí, ponte de pie, ponte de pie, chico —dijo Lambert entre divertido e irritado—. Sólo estaba bromeando; anda, levántate.

Auberon lo hizo de un salto y, arrojando su sombrero por encima de los árboles, empezó, el gesto muy serio, a dar brincos con una sola pierna. Barker se puso a dar patadas contra el suelo.

—Ah, Barker, vámonos a casa y olvídate de él —dijo Lambert—. Ya se harán cargo los formales y correctos policías de aquí. ¡Míralos, allí vienen!

Dos hombres en discretos uniformes y caras solemnes los alcanzaron en la cumbre. Uno de ellos llevaba un papel en la mano.

—Es todo suyo, oficial —dijo Lambert alegremente—. Nosotros no nos hacemos responsables de él.

El oficial miró mansamente al jugueteón Mr Quin y proclamó:

—Caballeros, no estamos aquí por lo que, si no me equivoco, piensan ustedes. Venimos de la oficina central para anunciar la elección de Su Majestad el Rey. La norma, legada por el *ancien régime*, establece que la noticia se transmita de inmediato al nuevo soberano allí donde se encuentre; por eso hemos seguido sus pasos por los jardines de Kensington.

Los ojos de Barker chisporrotearon en su pálido rostro. Durante toda su vida lo había roído la ambición. Inducido por la tenebrosa magnanimidad de su intelecto, había creído realmente en el azaroso método de elección de déspotas. Pero esa inesperada posibilidad, la de que la elección hubiese recaído en él, lo acobardaba placenteramente.

—¿Cuál de nosotros? —empezó, pero el respetuoso oficial lo interrumpió en seguida.

—Usted no, señor, lamento decirlo. Si se me permite hablar así, estamos al corriente de sus servicios al Gobierno, y habría sido de justicia. Pero la elección ha recaído...

—¡Que Dios se apiade de mi alma! —dijo Lambert retrocediendo dos pasos. —Yo no. No me digan que soy autócrata de todas las Rusias.

—No, señor —dijo el oficial dando un golpe de tos y mirando hacia Auberon, que en ese momento estaba con la cabeza entre las piernas y emitía ruiditos de tonalidad vacuna—. El caballero al que tenemos que felicitar parece que ahora mismo se encuentra..., ejem, ocupado.

—¿Quin? ¡No!— gritó Barker abalanzándose sobre él—. No puede ser. Auberon, por lo que más quieras, guarda la compostura. ¡Te han nombrado Rey!

Con la cabeza aún entre las piernas, Mr Quin respondió con toda modestia:

—No soy digno. La justicia me impide equipararme a los grandes hombres que con anterioridad blandieron el cetro de Gran Bretaña. A lo sumo, de la única peculiaridad de la que puedo jactarme es la de ser, quizá, el primer monarca que abre su alma al pueblo de Inglaterra con la cabeza y el cuerpo de esta guisa. Aunque tal vez ello me depare, por citar un poema que escribí de joven:

En la tierra una función más noble

Que la que por valor, cacumen o cuna

Desempeñaban los guerreros reyes de otrora.

Así pues, con intelecto clarificado por esta postura...

Lambert y Barker hicieron ademán de echarse encima de él.

—¿Es que no lo comprendes? —gritó Lambert—. No es una broma. Te han nombrado rey. ¡Diantres, sí que tienen que ser de gustos extravagantes.

—Los grandes obispos de la Edad Media —dijo Quin pegando patadas al aire mientras los otros bregaban para que recuperase la posición erecta— tenían la costumbre de rechazar tres veces el honor de la elección antes de aceptarla. Una mera cuestión de detalle me diferencia de hombres tan eximios. Yo voy a aceptar el cargo tres veces para rechazarlo después. ¡Ah, me desviviré por vosotros, queridos súbditos! Os prometo un banquete de humor.

Para entonces sus pies ya pisaban bien el suelo, mientras sus dos amigos seguían tratando en vano de que se diese cuenta de la gravedad de la situación.

—¿No me decías tú, Wilfrid Lambert —prorrumpió Quin— que mi utilidad pública podría ser mayor si adoptaba una forma más popular de humor? ¿No crees que ahora, convertido en amo de todo un pueblo, se me presenta una ocasión perfecta para dar rienda suelta a una forma popular de humor? Oficial —continuó dirigiéndose al boquiabierto emisario—, ¿hay prevista alguna ceremonia para celebrar mi entrada en la ciudad?

—Las ceremonias —empezó desconcertado el oficial— dejaron de celebrarse hace un tiempo, y...

Auberon Quin empezó a despojarse poco a poco de su abrigo.

—Toda ceremonia —dijo— es la inversión de lo obvio. Así los hombres, cuando quieren ser curas o jueces, visten como mujeres. Tenga la bondad de ayudarme con este abrigo—. Y se lo quitó.

—Pero, Majestad —dijo el oficial tras unos instantes de estupor y manejos—, os lo estáis

poniendo con los faldones por delante.

—La inversión de lo obvio —dijo con parsimonia el Rey— se asemeja al ritual tanto como se lo consiente nuestro imperfecto aparato. Prosiga.

El atardecer y la noche de aquel día fueron para Barker y Lambert como una pesadilla, una pesadilla que después, sin embargo, nunca podrían reconstruir ni recordar bien. El Rey, con su abrigo del revés, se encaminó hacia las calles que debían llevarlo hasta el palacio de Kensington, su residencia real. Los reducidos grupos de gente que iba encontrando a su paso fueron convirtiéndose en multitud, una multitud que lanzaba extrañas exclamaciones para tratarse de la bienvenida a un autócrata. Barker, con la cabeza dándole vueltas, iba detrás, mientras las exclamaciones aumentaban en extrañeza conforme el gentío se hacía más y más compacto. Hasta que, pese a hallarse muy rezagado, supo que estaba en las inmediaciones del gran mercado, situado enfrente de la iglesia, al elevarse un griterío como el que nunca se había oído en el recibimiento de ninguno de los reyes de la tierra.

LIBRO II

CAPITULO 1

EL FUERO DE LAS CIUDADES

Lambert, de pie ante la puerta de los aposentos del Rey, asistía atónito a todo aquel ridículo y espeluznante trajín. Luego, cuando ya mareado salía a la calle, se cruzó con James Barker.

—¿Adonde vas? —preguntó.

—A parar toda esta locura, por supuesto —respondió Barker, y desapareció en el interior de la estancia.

Entró precipitadamente, cerró de un portazo y arrojó su sin par sombrero de seda sobre la mesa. Su boca se abrió, pero, antes de que pudiese pronunciar palabra, el Rey dijo:

—Tu sombrero, ten la bondad.

Toqueteándolo con los dedos y sin darse cuenta de lo que hacía, el joven político se lo entregó.

El Rey lo puso en su silla y se sentó encima.

—Una clásica costumbre de antaño —explicó sonriendo sobre los despojos—. Cuando el Rey recibe al representante del linaje de los Barker, al punto su sombrero se destruye de esta forma. Representa la culminación del homenaje que uno hace al destocarse, estableciendo que nunca jamás, mientras este sombrero no vuelva a tu cabeza (contingencia que francamente estimo remota), podrá el linaje de los Barker rebelarse contra la corona de Inglaterra.

Barker tenía los puños apretados y los labios le temblaban.

—Tus bromas —empezó— y mis pertenencias —pero, tras soltar una palabrota, volvió a guardar silencio.

—Continúa, continúa —dijo el Rey agitando las manos.

—¿Qué significa todo esto? —gritó Barker con un gesto de colérica racionalidad—. ¿Te has vuelto loco?

—En absoluto —contestó afablemente el Rey—. Los locos siempre son serios; enloquecen por falta de humor. Y tú empiezas a parecerme serio, James.

—¿Por qué no te limitas a actuar así sólo en privado? —protestó Barker—. Ahora tienes un montón de dinero y un montón de casas para jugar al loco, pero el interés público...

—Epigramático —dijo el Rey blandiendo contra Barker un dedo admonitor—. Aquí no admito tus temerarios fogonazos. En cuanto a por qué no me limito a actuar así en privado, si te he de ser sincero no entiendo el motivo de la pregunta. La respuesta, en cualquier caso, es de una claridad meridiana. No actúo así en privado porque resulta más divertido hacerlo en público. Todo indica que para ti sería más adecuado que me mostrase respetuoso en la sala de banquetes y en la calle, y que, al calor de mi propia chimenea (porque podría tener una chimenea), me tronchase de risa. Pero eso es lo que hace todo el mundo. Todo el mundo es solemne en público y gracioso en privado. Mi sentido del humor pretende lo contrario; pretende que uno sea gracioso en público y solemne en privado. Deseo convertir las funciones del Estado, los parlamentos, las coronaciones y demás, en una pantomima a la antigua usanza para desternillarse de risa.

Por lo demás, paso dos horas al día encerrado solo en una pequeña despensa, donde me comporto con tanto decoro que me pongo malo.

Barker recorría de arriba abajo la estancia, su levita batiendo como las negras alas de un pájaro.

—Terminarás arruinando al país —dijo secamente.

—Me parece —dijo Auberon— que se está quebrantando una tradición de diez siglos y que el linaje de los Barker se rebela contra la corona de Inglaterra. Lamentaría mucho (puesto que admiro tu porte) verme forzado a condecorar tu cabeza con lo que queda de este sombrero. Sin embargo...

—Lo que no puedo entender —dijo Barker elevando los dedos con frenesí muy americano— es por qué te empeñas en ocuparte sólo de tus juegos.

El Rey interrumpió de golpe el acto de recoger los restos de seda, los soltó y, clavando la mirada en Barker, fue hacia él.

—He hecho una especie de voto —dijo—, que consiste en no hablar en serio, o lo que es lo mismo, en responder siempre a preguntas tontas. Pero el hombre de carácter ha de ser necesariamente amable con los políticos.

"Fue un Dios quien plasmó en mí,

Esta mi escarnecedora mirada",

si me permites expresarme tan teológicamente. Y, por razones cuya plena comprensión se me escapa, me veo impelido a responder a la pregunta que me haces como si en el mundo existiese algo merecedor de llamarse serio. Me preguntas por qué me ocupo sólo de mis juegos. ¿Puedes decirme, en nombre de todos los dioses en los que no crees, por qué debería ocuparme de otra cosa?

—¿No te das cuenta de que existen necesidades públicas? —gritó Barker—. ¿Cómo es posible que un hombre tan inteligente como tú no sepa que por el bien de todos...?

—¿No crees en Zoroastro? ¿Cómo es posible que tú desprecies las patochadas? —continuó el Rey con sorprendente vivacidad—. ¿Puede un hombre tan inteligente como tú presentarse ante mí con esa abominable monserga antevictoriana?

Si en mis facciones y ademanes adviertes la menor semejanza con el príncipe consorte, sabe que yerras. ¿Alguna vez te ha convencido Herbert Spencer, ha convencido alguna vez a alguien o a sí mismo, en un momento de arrebató, de que en aras del individuo se debe practicar el civismo? ¿Crees que si desempeñas mal tu cargo estarás más expuesto a ser guillotinado que un pescador a acabar en el río por la fuerza con que un lucio tira de su caña? Herbert Spencer se abstuvo de robar por lo mismo por lo que se abstuvo de ponerse plumas en la cabeza, pues era un caballero inglés y tenía otros gustos. Yo también soy un caballero inglés con otros gustos. A él le gustaba la filosofía. A mí me gusta el arte. Él se dio el gusto de escribir diez libros sobre la naturaleza de la sociedad humana. A mí me gusta que el Lord Chambelán camine ante mí con un papel cosido a los faldones de su abrigo. Es mi humor. ¿Te vale mi respuesta? En cualquier caso, por hoy he dicho mis últimas palabras serias, y espero que también mis últimas palabras serias por todo lo que me resta de vida en este Paraíso de Locos. La continuación de nuestra plática de hoy, que ojalá sea larga y estimulante, irá por los cauces de un nuevo lenguaje de mi invención basado en veloces y simbólicos movimientos de la pierna izquierda—. Y acto seguido se puso a piruetear por la habitación, abstraída y despaciosamente.

Barker se lanzó en su persecución por la sala, bombardeándolo con peticiones y ruegos. Pero sólo obtuvo respuestas en el nuevo lenguaje. Salió dando un nuevo portazo y mareado como un hombre recién desembarcado. Ya en la calle, se encontró de repente

frente al Cicconani, y por algún motivo apareció ante él aquel fastuoso general hispano vestido de verde, de pie en la puerta como lo viera la última vez y con estas palabras en los labios: "No se puede discutir sobre la opción del alma".

El Rey acabó su bailoteo con los signos de agotamiento característicos del hombre de negocios. Se enfundó su abrigo, encendió un puro y salió a la noche púrpura.

—Voy a mezclarme con la gente —dijo.

Transitaba raudamente por una calle del vecindario de Notting Hill, cuando de pronto sintió que un objeto contundente le penetraba el chaleco. Se detuvo, se encajó un monóculo y vio a un chiquillo con una espada de madera y un cucurucho de papel a guisa de sombrero, y en el rostro esa expresión de susto y complacencia con la que un niño contempla su obra después de atizar con contundencia. El Rey miró durante un rato a su atacante de hito en hito, tras lo cual extrajo lentamente una libreta de notas del bolsillo de su pechera.

—Tengo tomados aquí unos apuntes —dijo— para mi discurso fúnebre—. Y empezó a pasar páginas—. Discurso fúnebre por asesinato político; ídem, por obra de un ex amigo... aja, aja. Discurso fúnebre tras muerte perpetrada por marido afrentado (y arrepentido). Discurso fúnebre por obra del recién mencionado (cínico). No sé muy bien cuál de ellos podría adecuarse al presente...

—Soy el rey del castillo —dijo el chico con gesto amenazador, muy satisfecho y orondo por algún motivo.

El Rey era un hombre de buen corazón y muy aficionado a los niños, como toda persona aficionada al ridículo.

—Mozalbate —dijo—, me alegro de que seas un defensor tan intrépido de tu inexpugnable Notting Hill. Contempla cada noche aquella cima, hijo mío, donde por entre las estrellas se eleva la antigua, la solitaria, la indescriptible Notting. Mientras sigas dispuesto a morir por la sagrada montaña, aunque se viese asediada por todos los ejércitos de Bayswater...

El Rey calló de súbito y sus ojos resplandecieron.

—A lo mejor —dijo—, a lo mejor estamos ante la más noble de todas mis ideas. El resurgimiento de la arrogancia de las antiguas ciudades medievales en nuestros gloriosos suburbios. Clapham con una guardia pretoriana. Wimbledon con una muralla. Surbiton tañendo una campana para levantar en armas a sus ciudadanos. West Hampstead yendo a la guerra con su propio estandarte. Así se hará. Yo, el Rey, he dicho—. Y, tras entregar sin dilación al chico media corona y decirle: "Para las arcas de guerra de Notting Hill", echó a correr como un meteoro hacia su casa seguido por un gentío a lo largo de varias millas. No bien llegó a su gabinete, pidió una taza de café y se puso a meditar profundamente en su proyecto. Por fin llamó a su caballero predilecto, el capitán Bowler, por quien sentía un enorme aprecio fundamentalmente a causa de sus patillas.

—Bowler —dijo—, ¿soy miembro honorario de algún grupo de investigación histórica o de algo que se le parezca?

—Sí, señor —dijo el capitán Bowler restregándose la nariz—. Sois miembro de "Los Defensores del Renacimiento Egipcio", del "Club de las Tumbas Teutónicas", de "La Asociación para la Recuperación de las Antigüedades de Londres" y...

—Soberbio —dijo el Rey—. Las Antigüedades de Londres me vienen de perlas. Ve a la Asociación para la Recuperación de las Antigüedades de Londres y habla con su secretario, con su subsecretario, con su presidente y con su vicepresidente, y díles: "El Rey de Inglaterra es glorioso, pero el miembro honorario de la Asociación para la Recuperación de las Antigüedades de Londres es más glorioso que los reyes. Me

complacería ponerlos al corriente de unos descubrimientos que he hecho acerca de las olvidadas tradiciones de los municipios de Londres. Son revelaciones que tal vez susciten cierto estupor, ya que reavivarán ardientes recuerdos y removerán viejas heridas en Shepherd's Bush y Bayswater, en Pimlico y South Kensington. El Rey titubea, pero el miembro honorario está convencido. Apelo a vosotros invocando los votos de mi iniciación, a saber, los Siete Gatos Sagrados, el Atizador de la Perfección y las Ordalías del Instante Indescriptible (excusadme si os confundo con el Clan Neogaélico o con cualquier otro club al que asimismo pertenezco), y os pido que me permitáis dictar en vuestra próxima sesión una conferencia titulada 'Las guerras de los municipios de Londres'. Di todo esto a la Asociación, Bowler. Y recuérdalo todo al dedillo, porque es de suma importancia y yo ya no me acuerdo de nada. Ahora mándame otra taza de café y unos cuantos puros de los que tenemos reservados para la gente corriente y triunfadora. Voy a redactar mi conferencia.

La Asociación para la Recuperación de las Antigüedades de Londres se reunió un mes más tarde en una sala de hierro festoneado, sita en uno de los suburbios del sur de Londres. Había mucha gente congregada bajo las vulgares y llameantes bujías de gas cuando el Rey hizo su entrada, sudoroso y jovial. Nada más despojarse del sobretodo, los presentes advirtieron que vestía traje de etiqueta con la liga de la Jarretera. Su aparición en la pequeña mesa, sin más adorno que un vaso de agua, fue acogida con respetuosos aplausos.

El presidente de la mesa (Mr Huggins) declaró su convencimiento de que todos habían escuchado con delectación a los muy ilustres conferenciantes de sus últimas sesiones (¡bravo, bravo!). Mr Burton (¡bravo, bravo!), Mr Cambridge, el profesor King (una cerrada ovación), nuestro viejo amigo Peter Jessop, Sir William White (carcajadas) y otros hombres eminentes que habían honrado con su presencia su pequeño ateneo (aplausos). Otros factores, sin embargo, hacían que esta ocasión fuese única (¡bravo, bravo!). Hasta donde llegaba su memoria, y en lo relativo a la Sociedad para la Recuperación de las Antigüedades de Londres bien lejos llegaba (fuertes aplausos), no recordaba que ninguno de los conferenciantes estuviese en posesión del título de Rey. Así pues, rogaba sin más preámbulos al Rey Auberón que se dirigiese a la concurrencia.

El Rey empezó diciendo que su discurso podía contemplarse como la primera exposición de su nueva política para la nación.

—En esta suprema hora de mi vida, siento que a nadie sino a los miembros de la Asociación para la Recuperación de las Antigüedades de Londres puedo abrir mi corazón (aplausos). Si el mundo se rebela contra mi política y se desata la tempestad de la hostilidad popular (¡no, no!), siento que éste es el lugar, al amparo de mis aguerridos Recuperadores, donde, sable en mano, mejor puedo afrontar cualquier ataque (nutridos aplausos).

Su Majestad pasó a renglón seguido a explicar que, ya en el umbral de la vejez, tenía el propósito de dedicar lo que le quedaba de fuerzas a la recuperación del arraigo del patriotismo en los distintos municipios de Londres. ¡Cuan pocos conocían las leyendas de sus propios barrios! ¡Cuántos eran los que jamás habían oído hablar de la auténtica leyenda del Wink de Wandsworth! ¡Cuan extenso número de jóvenes de Chelsea se negaba a interpretar el antiguo Chuff de Chelsea! Hacía tanto que Pimlico no bombeaba los Pimlies. Battersea se había olvidado del nombre de Blick.¹

Hubo un breve silencio, hasta que una voz dijo:

¹ Las "referencias históricas" sobre los barrios londinenses de Wandsworth, Chelsea, Pimlico y Battersea son cosecha propia del autor. Lo mismo se puede decir de las localidades de Fulham y Putney que se mencionan más adelante. (*N. del T.*)

—¡Qué vergüenza!

El Rey continuó:

—Pues he sido designado, aunque no por méritos propios, para tan elevado cargo, he decidido que esa negligencia, hasta donde quepa, termine. No ansío la gloria militar. No aspiro a que se me equipare constitucionalmente a un Justiniano o un Alfredo. Si puedo pasar a la historia como el hombre que salvó de la extinción algunas ancestrales usanzas inglesas, si nuestros descendientes pueden decir que merced al hombre que tienen delante, no obstante toda su humildad, en Fulham se siguen comiendo los Diez Nabos y el concejal de la parroquia de Putney sigue rapándose la mitad de la cabeza, cuando me llegue la hora de descender a la última morada de los reyes podré mirar a mis antepasados a la cara con reverencia pero sin el menor rubor.

El Rey hizo una pausa, visiblemente emocionado, pero no tardó en recomponerse para proseguir:

—Doy por cierto que muy pocos de vosotros necesitáis conocer por mí los sublimes orígenes de estas leyendas. Los propios nombres de vuestros municipios dan fe de ello. Mientras Hammersmith se llame Hammersmith, sus pobladores vivirán a la sombra de su primer héroe, Blacksmith, quien acaudilló a los demócratas de Broadway para enfrentarse a la caballería de Kensington y arrojarla a aquel enclave que en honor de la sangre más selecta de la derrotada aristocracia se sigue llamando Kensington Gore.² Asimismo, los hombres de Hammersmith recordarán siempre que el nombre de Kensington salió de los labios de su héroe. Pues en el gran banquete de reconciliación celebrado tras la batalla, cuando los displicentes oligarcas rechazaron sumarse a los cánticos de los hombres de Broadway (que conservan hasta hoy su índole ruda y popular), el gran cabecilla republicano, con su agraz humor, dijo aquellas palabras que figuran grabadas en letras de oro en su monumento: "Los pajarillos que pueden cantar y no quieren, a la fuerza deben". Así, a los Caballeros del Este se les llamó desde entonces y para siempre Cansings o Kensings.³ ¡Mas también vosotros poseéis recuerdos deslumbrantes, oh hombres de Kensington! Pues demostrasteis que podíais cantar, y cantar grandes himnos de guerra. Ni aun tras aquel sombrío día en Kensington Gore, podrá la historia olvidar a los tres caballeros que cubrieron vuestra desordenada retirada de Hyde Park (que recibe ese nombre porque allí os fuisteis a esconder), los tres caballeros por los que Knightsbridge se llama como se llama.⁴ Ni tampoco olvidará el día de vuestro renacimiento, purgado en el fuego de la calamidad y purificado de vuestras corruptelas oligárquicas, cuando, lanza en ristre, hicisteis retroceder milla a milla al imperio de Hammersmith hasta su Broadway, donde estalló tan larga y sangrienta batalla que las aves de rapiña dejarían allí su nombre. Los hombres la han denominado, con lacónica ironía, Ravenscourt.⁵ Espero no herir el patriotismo de Bayswater, ni el más solitario orgullo de Brompton, ni el de cualquier otro pueblo histórico, si menciono esos dos ejemplos insignes. Los he elegido no porque sean más gloriosos que el resto, sino, de un lado, por motivos personales (yo mismo desciendo de uno de los tres héroes de Knightsbridge) y, de otro, por mi

² *Hammersmith* y *blacksmith* significan "herrero". Así, jugando con la sinonimia, el autor convierte al tal Blacksmith en una especie de héroe epónimo. Por su parte, *gore* significa "sangre derramada". (*N. del T.*)

³ La homofonía entre Kensings (de Kensington) y Cansings (de *can sing* = *pueden cantar*) da lugar a este retruécano. (*N. del T.*)

⁴ Nuevos juegos de palabras de "base etimológica". Si *hide* significa "esconder", Hyde Park (antiguo feudo de la familia Hyde convertido en parque público a mediados del siglo xvii) sería el "Parque del Escondite". *Knightsbridge*, por su parte, significa "Puente del caballero" (o caballeros), pero no es un puente sino una calle de Londres que a finales del siglo XVII tuvo cierta notoriedad por dos tabernas de dudosa reputación. (*N. del T.*)

⁵ Nueva etimología forzada. *Raven* = cuervo; por consiguiente, Ravenscourt = "Colonia de los cuervos". (*N. del T.*)

convicción de que, siendo tan sólo un anticuario aficionado, no puedo pretender ocuparme de tiempos y lugares más remotos y arcanos. No me corresponde a mí dirimir la controversia que sostienen hombres como el profesor Hug y Sir William Whisky, a saber, la de si Notting Hill viene de Nutting Hill (por alusión a los ricos bosques que antes lo cubrían), o si se trata de una corrupción de Nothing ill, en referencia a la reputación de Paraíso Terrenal de la que gozaba entre los antiguos.⁶ Cuando un Podkins y un Jossy se confiesan dubitativos sobre los límites de West Kensington (que, según se cuenta, fueron trazados con la sangre de Oxen), no tengo por qué sentirme avergonzado de admitir una duda similar. Os pido que me excuséis de ahondar más en la historia y que me infundáis ánimos para resolver el problema que hoy afrontamos. ¿Debe acaso extinguirse el ancestral espíritu de los barrios de Londres? ¿Deben los conductores de nuestros ómnibus y nuestros policías perder esa luz que tan a menudo vemos en sus ojos, la ensoñadora luz de

Las tribulaciones de días lejanos

Y las batallas de antaño,

por citar dos versos de un poeta poco conocido y del que fui amigo siendo joven? Como ya he dicho, me propongo conservar, hasta donde quepa, la mirada de los policías y de los conductores de ómnibus en su actual estado de ensoñación. Pues, ¿qué es un Estado sin sueños? Y el remedio que ofrezco es el siguiente:

"Mañana por la mañana, a las diez y veinticinco, si el cielo tiene a bien conservarme aún con vida, dictaré una proclama. Es la obra de mi vida y ya voy por la mitad. Con la ayuda de un whisky con soda, terminaré la otra mitad esta noche y mi pueblo la conocerá mañana. Todos los barrios donde habéis nacido y donde ojalá reposen vuestros huesos, recuperarán su antiguo esplendor: Hammersmith, Kensington, Bayswater, Chelsea, Battersea, Clapham, Balham y cien más. Cada uno de ellos deberá levantar sin demora una muralla, con puertas que se cerrarán a la puesta de sol. Cada uno de ellos deberá contar con una guardia pretoriana armada hasta los dientes. Cada uno de ellos habrá de contar con un estandarte, un escudo y, por si en algún momento fuese menester, un grito de guerra. No puedo entrar en pormenores ahora, pues me lo impide la emoción que inflama mi pecho. Se darán a conocer en la misma proclama. Eso sí, sabed que todos os tendréis que enrollar en la guardia pretoriana de la circunscripción que os corresponda, a la que se convocará por algo llamado rebato, cuyo significado estoy rastreando en mis investigaciones históricas. Para mí tengo que el rebato es un tipo de oficial muy bien remunerado. Así pues, si alguno de vosotros guarda por casualidad en su casa algo parecido a una alabarda, le aconsejo que vaya practicando con ella en su jardín.

Por último, el Rey se tapó la cara con su pañuelo y abandonó a toda prisa el estrado, abrumado por la emoción.

Los miembros de la Asociación para la Recuperación de las Antigüedades de Londres se pusieron de pie sumidos en un indescriptible estado de confusión. Algunos estaban rojos de ira; unos pocos intelectuales se habían puesto rojos de tanto reír; casi todos se habían quedado con la mente en blanco. Cuenta una leyenda que una cara pálida de fulgentes ojos azules no se había perdido ni un ápice de las palabras del conferenciante y que, al término de la conferencia, un chico pelirrojo abandonó corriendo la sala.

⁶ *Nut* significa "nuez", mientras que *nothing ill* quiere decir "nada mal". (N. del T.)

CAPITULO 2

LA JUNTA DE PREBOSTES

A la mañana siguiente el Rey se levantó a primera hora y, como si fuese un colegial, bajó las escaleras de tres en tres peldaños. No bien terminó de desayunar deprisa y corriendo, pero con apetito, llamó a uno de los oficiales de mayor rango del palacio y le entregó un chelín:

—Ve y cómprame —le dijo— una caja de colores, que encontrarás, a menos que las nebulosas del tiempo hayan ofuscado mi mente, en una tienda de la segunda e inmunda calle que hace esquina con Rochester Row. Ya le he pedido al Capitán de Sabuesos que me consiga una cartulina. Me ha parecido (ignoro el motivo) que eso recaía entre sus competencias.

El Rey se lo pasó de lo lindo toda la mañana con su cartulina y sus lápices de colores. Estaba enzarzado en el diseño de los uniformes y los escudos de los distintos municipios de Londres. Debía ser riguroso y exigente consigo mismo, pues se hacía cargo de su responsabilidad.

—No entiendo —se dijo— por qué la gente juzga que los nombres del campo son más poéticos que los de Londres. Los románticos de pacotilla suben a un tren y se apean en sitios llamados Hugmy-in-the-Hole o Bumps-on-the-Puddle, pese a que nada les impide instalarse a vivir en un lugar de nombre tan tenebroso y divino como Saint John's Wood.⁷ Yo nunca he estado en Saint John's Wood. No me atrevería. Me daría miedo la noche infinita entre los abetos, miedo toparme con una hondonada roja y el batir de las alas del Águila. Además, todo eso se lo puede imaginar uno dignamente sin moverse del tren de Harrow.

Se puso entonces a repasar a conciencia su dibujo del tocado del alabardero de Saint John's Wood, de color negro y rojo y figurando un pino y el plumaje de un águila. Acto seguido pasó a otra cartulina.

—Ocupémonos de cosas más amables —dijo—. ¡Lavender Hill! ¿Es que alguno de los paisajistas e ilustradores que en el mundo han sido plasmó alguna vez una idea tan fragante? Pensemos en una montaña de lavanda que se eleva con purpúreo patetismo a los cielos plateados e invade las narices de los hombres con un nuevo hálito de vida: una colina purpúrea de incienso. Cierto es que, en mis contadas incursiones en un tranvía de medio penique el trayecto, no he dado con su localización. Pero en algún sitio tiene que estar; un poeta pudo darle nombre. Cuando menos, me sobran motivos para esas solemnes plumas púrpuras que, de conformidad con la formación botánica de la lavanda, he impuesto a los vecinos de Clapham Junction. Por lo demás, hay que decir lo mismo de todos los sitios. De hecho, nunca he estado en Southfields, pero supongo que un campo de limoneros y olivos representa bien sus instintos australes. No he visitado jamás Parson's Green, ni tampoco he conocido su verdor ni a su pastor, pero no me cabe la menor duda de que los sombreros de teja verde pálido que he diseñado se avienen más o menos bien con su espíritu.⁸ He de trabajar a oscuras y dejarme llevar por la intuición.

⁷ *Hugmy-in-the-Hok* = "Estrújame en el hoyo". *Bumps-on-the Puddle* = "Despatarrarse en el charco". *Saint John's Wood* = "Bosque de San Juan". (*N. del T.*)

⁸ Sombreros de teja verde pálido, *pale-green shovel-hats* en el original. Una vez más, el nombre se deriva de sus atributos. El "shovel hat" es un sombrero típico del *parson* (pastor, clérigo) de la iglesia anglicana. (*N. del T.*)

Ciertamente, el gran amor que profeso por mi pueblo impedirá que rebaje su noble espíritu o que viole sus grandes tradiciones.

Mientras reflexionaba de esta guisa, la puerta se abrió de par en par y un oficial anunció a Mr Barker y a Mr Lambert.

Mr Barker y Mr Lambert no dieron especiales muestras de perplejidad al encontrar al Rey sentado en el suelo y en medio de un rimero de bocetos a la acuarela. No dieron especiales muestras de perplejidad porque en su última visita lo habían encontrado sentado en el suelo en medio de un rimero de cubos de construcción para niños, y, en la penúltima, en medio de un rimero de pruebas totalmente fallidas de dardos de papel. Pero el sentido de las palabras del niño regio, pronunciadas desde ese desbarajuste infantil, ya era otro cantar. Lo dejaron parlotear un rato, sabedores de que sus palabras no tenían ningún sentido. Hasta que de pronto una idea atroz se fue abriendo paso en la mente de James Barker. Empezó a pensar que las palabras del Rey tenían algún sentido.

—En el nombre de Dios, Auberon —le espetó de repente, sobresaltando el silencio de la estancia—, ¿no me digas que te has tomado en serio lo de los guardias, las murallas y todo eso?

—Claro que sí —dijo el niño con voz pausada—. ¿Qué me lo impide? Los he modelado según vuestros principios políticos. ¿Sabes lo que he hecho, Barker? He actuado como un auténtico barkeriano. He..., pero a lo mejor no te interesa el relato de mi gestión barkeriana.

—Anda, sigue, sigue —dijo Barker.

—El relato de mi gestión barkeriana —dijo Auberon con calma— no sólo parece interesarte, sino además alarmarte. Y sin embargo se define por su sencillez. No consiste sino en elegir a todos los Prebostes de mi nuevo proyecto aplicando vuestro principio para el nombramiento del déspota central. El Preboste de cada pueblo, bajo mi fuero, será nombrado por rotación. Así pues, duerme, Barker mío, duerme plácidamente.

Los ojos de Barker despedían llamaradas.

—Por todos los cielos, Quin, ¿no te das cuenta de que lo nuestro es muy distinto? En esencia, la fórmula apenas importa, por la sencilla razón de que la única finalidad del despotismo es alcanzar cierto tipo de unidad. Pero si el barrio que sea puede caer en manos de cualquier tipejo...

—Me hago cargo de tus temores —dijo sin inmutarse el Rey Auberon—. Crees que tus dotes pueden verse postergadas. ¡Pues óyeme bien! —y se incorporó con suma magnificencia—. Otorgo formalmente a mi súbdito, James Barker, como especial y espléndido favor, la facultad de hacer caso omiso de la letra del texto del Fuero de las Ciudades, y la de convertirse, por derecho propio, en Lord Preboste de South Kensington. Y ahora, mi dilecto James, caso cerrado. Que pases un buen día.

—Pero... —empezó Barker.

—La audiencia ha concluido, Preboste —dijo sonriendo el Rey.

Lo justificada que podía estar su confianza requeriría una prolija y compleja explicación. "La Gran Proclamación del Fuero de las Ciudades Libres" se dio a conocer esa misma mañana y fue fijada en todo el perímetro del palacio por carteleros a los que el Rey daba animadas directrices, mientras desde el centro de la calle y con la cabeza ladeada contemplaba el efecto. Asimismo, la exhibieron por las principales vías públicas grupos de hombres anuncio, a los cuales el Rey, no obstante su esmero, no se pudo sumar. De hecho, el capitán y Mozo de las Estolas Bowler lo encontró bregando con dos tablones, y tuvo que calmarlo como si fuese un niño.

La acogida que el Fuero de las Ciudades obtuvo del público podría calificarse, por no decir más, de variada. En cierto modo, gozó de bastante popularidad. En muchos hogares felices aquel eximio documento legal fue leído en noches invernales entre clamores de aprobación, cuando ya todo el mundo se sabía de memoria la obra entera de aquel pintoresco pero inmortal clásico que era Mr W. W. Jacobs. Pero no bien se supo que el Rey tenía toda la intención de pedir en serio que se cumpliesen sus disposiciones y la de luchar por que esas grotescas ciudades, con sus rebatos y sus guardias, fuesen una realidad, los ánimos se enconaron sobremanera. Pues los londinenses no tenían nada en contra de que el Rey se pusiese en ridículo, pero se indignaron cuando quedó patente su pretensión de ponerlos en ridículo a ellos. Así, las protestas empezaron a arreciar.

El Lord Preboste de la Excelsa y Aguerrida Ciudad de West Kensington escribió una respetuosa carta al Rey, en la que le explicaba que, tratándose de temas de Estado, era su deber acatar, faltaría más, cuantas formalidades el Rey considerase oportunas, pero que para un padre de familia decente resultaba asaz engorrosa la imposibilidad de salir a depositar una postal en un buzón sin la escolta de cinco heraldos, que con ceremoniosas proclamas y al son de trompetas anunciaban que el Lord Preboste se disponía a despachar su correspondencia.

El Lord Preboste de North Kensington, un próspero lencero, en una escueta nota mercantil escrita como si se tratase de una reclamación a una compañía ferroviaria, protestaba por las molestias que le ocasionaba la presencia de los alabarderos que debían seguirlo a todas partes. Había comprobado que cuando tomaba un ómnibus para ir al centro, él siempre encontraba asiento, no así sus alabarderos, que además debían abordar el vehículo a trancas y barrancas: doy fe, su fiel servidor.

El Lord Preboste de Shepherd's Bush dijo que a su esposa no le hacía gracia que hubiera hombres rondando por su cocina.

Al Rey siempre le producía regocijo conocer esas quejas, a las que daba indulgentes y regias respuestas, mas, dado que siempre exigía, como absoluto *sine qua non*, que las quejas orales se las presentasen con toda la pompa de trompetas, plumas y alabardas, pocos eran los espíritus resueltos que se atrevían a aguantar el acoso de la chiquillería por las calles.

Ahora bien, entre los espíritus resueltos destacaba el brusco y metódico caballero que gobernaba South Kensington, quien tendría, no mucho tiempo más tarde, oportunidad de interpelar al Rey por un problema más importante e incluso más urgente que el de los alabarderos y los ómnibus. Era el problema más acuciante del momento, por cuya causa, y durante largo tiempo, bulliría la sangre y se sonrojarían las mejillas de todos los especuladores, constructores y corredores de bienes raíces que había desde Sheperd's Bush hasta Marble Arch, y desde Westbourne Grove hasta High Street, Kensington. Me refiero al gran debate suscitado por las mejoras en Notting Hill. El proyecto corría a cargo principalmente de Mr Buck, el brusco magnate de South Kensington, y de Mr Wilson, el Preboste de Bayswater. Se iba a construir una gran avenida a través de tres barrios, West Kensington, North Kensington y Notting Hill, partiendo, por un extremo, de Hammersmith Broadway y, por el otro, de Westbourne Grove. Las negociaciones, las compraventas, los sobornos y los cohechos duraron diez años, al término de los cuales Buck, que lo había llevado casi todo solo, dio muestras de ser un hombre de lo más correoso en términos de vigor y diplomacia materiales. Y justo cuando su espléndida paciencia y su todavía más espléndida impaciencia habían finalmente salido airoso, cuando los obreros ya estaban demoliendo casas y muros a lo largo de todo el trazado que partía de Hammersmith, surgió un obstáculo con el que nadie había contado o siquiera soñado, un pequeño e inesperado obstáculo, que, como una mota de polvo en una enorme

máquina, remeció todo el gigantesco proyecto y lo detuvo. Y así Mr Buck, el lencero, tras enfundarse con suma impaciencia su indumentaria oficial y convocar con indescriptible disgusto a sus alabarderos, fue a toda prisa a hablar con el Rey.

Diez años no habían cansado al Rey de su juego. Había que ver la cara que todavía ponían algunos bajo los simbólicos tocados que les había diseñado y cómo lo miraban por entre las pastorales cintas de Shepherd's Bush o desde los negros capirotos de Blackfriars Road.⁹

El Rey, pues, ya se regodeaba pensando en la entrevista que iba a sostener con el Preboste de North Kensington. Solía decir que "nunca disfrutaba tanto de toda la riqueza de las vestimentas medievales como cuando los que debían llevarlas por obligación se mostraban airados y combativos".

Mr Buck cumplía con ambos requisitos. A una orden del Rey, la puerta de la sala de audiencias se abrió de par en par y apareció un heraldo con los colores púrpuras de la comunidad de Mr Buck y engalanado con la Gran Águila que el Rey había asignado a North Kensington, en vaga reminiscencia de Rusia, porque para él North Kensington siempre había sido una especie de barrio semiártico.

El heraldo anunció que el Preboste de aquella ciudad deseaba una audiencia con el Rey.

—¿De North Kensington? —dijo el Rey poniéndose de pie con gesto afable—. ¿Qué novedades nos traerá de aquellos parajes de altas colinas y mujeres rubias? Sea bienvenido.

El heraldo entró en la sala seguido por doce guardias vestidos de púrpura, seguidos a su vez por un mozo que portaba el estandarte con el águila, seguido a su vez por otro mozo que portaba las llaves de la urbe en un cojín, seguido a su vez por un presuroso Mr Buck. En cuanto el Rey se fijó en su curtida cara animalésca y en su firme mirada, supo que estaba en presencia de un gran hombre de negocios, y se armó de valor.

—Vaya, vaya —dijo descendiendo alegremente dos o tres peldaños de su estrado y juntando ligeramente las manos—. Encantado de verte. No te apures, no te apures. La ceremonia no lo es todo.

—No entiendo a Vuestra Majestad —dijo imperturbable el Preboste.

—No te apures, no te apures —dijo el Rey con júbilo—. El conocimiento de la corte no es un saber puro; lo harás la próxima vez, estoy seguro.

El hombre de negocios lo miró con enojo desde sus cejas negras y dijo otra vez, sin la menor educación:

—No entiendo.

—Vaya, vaya —contestó el Rey, de buen humor—. Si te place, no tengo inconveniente en explicártelo, aunque no porque yo dé más importancia a las formas que a un corazón honesto. Pero es costumbre —costumbre, costumbre y nada más que costumbre— que quien se presenta ante un miembro de la realeza se tumbe de espaldas en el suelo, alce los pies hacia el cielo (por ser la fuente del poder real) y diga tres veces: "Las instituciones monárquicas mejoran los modales". Pero, en fin, en fin, toda esa pompa es mucho menos digna que tu sencilla bondad.

El Preboste tenía la cara roja de ira y guardaba silencio.

—Y ahora —dijo el Rey con ligereza y con el exasperante aire de quien quiere quitar hierro a una ofensa—. ¡Qué tiempo tan espléndido estamos teniendo! Debes de encontrar cálida la indumentaria oficial, Lord Buck. La diseñé expresamente para tu nevosa tierra.

⁹ *Shepherd's Bush* = "Mata del pastor". *Blackfriars Road* = "Calle de los frailes negros". En el distrito londinense que da nombre a esa calle había muchos monasterios dominicos. (*N. del T*)

—Paso un calor de mil demonios —dijo Buck secamente—. He venido por un asunto de negocios.

—Bien —dijo el Rey asintiendo repetidas veces con una solemnidad por completo fuera de lugar—. Bien, bien, bien. Los negocios, como se decía en el deleitoso persa antiguo, son los negocios. Sé puntual. Levántate temprano. Lleva la pluma al hombro, pues no sabes de dónde vienes ni por qué. Lleva la pluma al hombro, pues no sabes cuándo te irás ni adonde.

El Preboste extrajo un montón de papeles de su bolsillo y los agitó ferozmente en el aire.

—A lo mejor Vuestra Majestad ha oído hablar —empezó con tono sarcástico— de Hammersmith y de algo llamado avenida. Llevamos diez años en obras, comprando propiedades, expropiando, fijando compensaciones y acomodando intereses creados, y ahora, cuando todo estaba a punto de concluir, aparece un chiflado y lo para todo. El viejo Prout, el anterior Preboste de Notting Hill, era un hombre de negocios y con él negociábamos de una manera hartó satisfactoria. Pero ha muerto, y la dichosa lotería ha recaído en un joven llamado Wayne, que anda metido en un juego del que yo no entiendo ni jota. Le ofrecemos un precio mejor que el que nadie soñó nunca, pero no permite que la avenida pase por allí. Y al parecer cuenta con el respaldo de su consejo. Es una locura del solsticio de verano.

El Rey, que con un dedo dibujaba desgano en el cristal de la ventana la nariz del Preboste, oyó las últimas palabras.

—¡Qué frase tan succulenta! —dijo—. ¡Locura del solsticio de verano!

—El punto capital estriba —continuó tenaz Buck— en que el único sitio materia de disputa es una calle miserable, Pump Street, una callejuela sin nada aparte de una taberna, una juguetería de medio pelo y alguna tienda más de ese calibre. Toda la gente respetable de Notting Hill ha aceptado nuestra compensación. Pero el inefable Wayne no da su brazo a torcer en Pump Street. Dice que es el Preboste de Notting Hill, pero sólo es Preboste de Pump Street.

—Una gran idea —respondió Auberón—. Me gusta eso de que haya un Preboste de Pump Street. ¿Por qué no dejarlo en paz?

—¿Y desbaratar todo el proyecto? —bramó Buck en un estallido brutal—. Ni hablar. Pienso mandar obreros para que procedan al derribo ahora mismo.

—Hurra por el águila púrpura —gritó el Rey acalorado por sus asociaciones históricas.

—Voy a ser más claro —dijo Buck ya fuera de sus casillas—. Si Vuestra Majestad dedicase menos tiempo a burlarse de la gente decente con esos estandartes descabellados, y más a los problemas de la nación...

La frente del Rey se frunció de punta a punta.

—La cosa se las trae —dijo—. Un ciudadano arrogante desafiando al Rey en su propio palacio. La cabeza del ciudadano debería inclinarse y su brazo derecho extenderse; el izquierdo puede elevarse hacia el cielo, pero eso lo dejo en manos de tus sentimientos religiosos. Así que aquí me tienes, hundido en esta silla, apabullado por una incomprensible cólera. Prosigamos, por favor.

La boca de Buck se abrió cual fauces de perro, pero, antes de que pudiese hablar, otro heraldo apareció en la puerta.

—El Lord Preboste de Bayswater pide audiencia —dijo.

—Hazlo pasar —dijo Auberón—. Vaya día más divertido.

Los alabarderos de Bayswater vestían un uniforme con marcado predominio del verde, mientras que el estandarte que los seguía estaba ornado con una corona de laurel también

verde sobre fondo plateado, que, según el Rey había descubierto en el curso de sus investigaciones en compañía de una botella de champaña, definía la peculiar idiosincrasia de Bayswater.¹⁰

—La inmortal corona de laurel es un símbolo que os cuadra de maravilla —dijo el Rey—. Fulham puede aspirar a la riqueza y Kensington al arte, pero, ¿acaso Bayswater ha aspirado alguna vez a algo que no sea la gloria?

Inmediatamente detrás del estandarte y casi tapado por éste iba el Preboste, envuelto en un espléndido manto verde y plata con ribetes blancos y tocado con una corona de laurel. Era un hombrecillo nervioso, de patillas pelirrojas, antiguo propietario de una tienda de golosinas.

—Nuestro primo de Bayswater —exclamó el Rey con deleite—. ¿En qué podemos servirte?—. Luego, mientras su voz se apagaba hasta llegar al silencio, se le oyó susurrar: —¿Carne fría, jamón, pollo?

—Vengo a ver a Vuestra Majestad —dijo el Preboste de Bayswater, cuyo nombre era Wilson—, por lo de Pump Street.

—Ahora mismo le explicaba el caso a Su Majestad —dijo Buck con sequedad pero recuperando el tono cortés—. Sin embargo, no estoy seguro de que Su Majestad se haya hecho cargo de hasta qué punto le afecta también a usted.

—Nos afecta a ambos, Majestad, ya que este proyecto fue concebido por el bien de todo el vecindario. Así que Mr Buck y yo hemos juntado nuestras cabezas...

El Rey se puso a aplaudir.

—Sensacional —gritó extasiado—. ¡Vuestras cabezas juntas! ¡Ya las estoy viendo! ¿Por qué no las juntáis aquí mismo? ¡Oh, hacedlo ahora!

En la zona donde se hallaban los alabarderos se elevaron unas risitas. En cambio, Mr Wilson ponía cara de perplejidad y Mr Buck una sencillamente diabólica.

—Supongo —empezó Buck con despecho, pero el Rey lo interrumpió llevándose una mano a una oreja.

—Chitón —dijo—. Creo que oigo venir a alguien más. Me parece que es otro heraldo, un heraldo de botas crujientes.

Mientras hablaba, otra voz gritó desde la entrada:

—El Lord Preboste de South Kensington pide audiencia.

—¡El Lord Preboste de South Kensington! —gritó el Rey—. ¡Caray, si es mi viejo amigo James Barker! ¿Qué querrá? Si los tiernos recuerdos de la amistad no se han empañado, supongo que viene a pedir un favor personal, tal vez de tipo pecuniario. ¿Cómo estás, James?

Mr James Barker, cuya guardia iba ataviada en espléndido azul y en cuyo estandarte figuraban tres dorados pájaros cantarines, entró precipitadamente en la sala envuelto en su manto azul y dorado. Por descabelladas que fuesen todas y cada una de las vestimentas, cumple decir que Barker llevaba la suya con más donaire, aunque abominaba de ella igual que todos los demás. Porque Barker era un caballero, y un caballero bastante distinguido, de modo que no podía menos de lucir como correspondía ni sus atuendos más ridículos. Empezó a hablar con rapidez, aunque sus primeras palabras las dijo con la leve vacilación que siempre mostraba al dirigirse al Rey, dado el ímprobo esfuerzo que le suponía reprimir el impulso de dirigirse a su antiguo conocido como antes.

¹⁰ Bay significa "laurel" (N. del T.)

—Majestad... os ruego que disculpéis mi intrusión. Vengo por aquel sujeto de Pump Street. Veo que ha llegado Buck, de modo que ya estaréis al corriente de lo indispensable. Yo...

El Rey recorrió con mirada ansiosa la sala, que ahora resplandecía con las galas de tres barrios.

—Aún falta algo indispensable —dijo.

—Por supuesto, Majestad —dijo algo impaciente Mr Wilson de Bayswater—. ¿Qué es lo que Vuestra Majestad estima indispensable?

—Un toque de amarillo —dijo con rotundidad el Rey—. Id en busca del Preboste de West Kensington.

Entre algunas protestas materialistas, fue convocado el Preboste de West Kensington. Éste llegó con sus alabarderos amarillos y sus vestimentas color azafrán, enjugándose la frente con un pañuelo. Al fin y al cabo, dada su situación tenía mucho que decir sobre el tema.

—Bienvenido, West Kensington —dijo el Rey—. Desde hace tiempo quería verte por el asunto de las tierras de Hammersmith que colindan por el sur con Rowton House. ¿Quieres recibirlas feudalmente del Preboste de Hammersmith? Si así fuera, sólo es menester tu acto de homenaje, esto es, que pongas tu brazo izquierdo sobre su abrigo y a continuación regreses a tu casa con gran pompa.

—No, Majestad, preferiría no hacerlo —respondió el Preboste de West Kensington, un joven pálido con patillas y bigote rubios que regentaba una próspera lechería.

El Rey le dio unas palmadas en el hombro.

—El sempiterno orgullo de los de la sangre de West Kensington —dijo—. No hay manera de sacarles un homenaje.

Acto seguido volvió la vista hacia la sala. Estaba teñida de un variopinto ocaso, de cuya contemplación extrajo un gozo sólo al alcance de unos pocos artistas: veía sus sueños hechos realidad. En primer plano, el amarillo de las libreas de West Kensington se perfilaba contra los ropajes azules de South Kensington. A su vez, los penachos de éstos adquirirían un tono verdoso al resaltar a su espalda los colores casi boscosos de Bayswater. Y encima y detrás de todo y de todos, las grandes plumas púrpuras de South Kensington, opacas, casi fúnebres.

—Sigue faltando algo —dijo el Rey—. ¿Qué podrá ser? ¡Ah, helo aquí, helo aquí!

En la puerta acababa de aparecer otro individuo, un heraldo de rojo fueguino, que, en voz alta pero monocorde, exclamó:

—El Lord Preboste de Notting Hill pide audiencia.

CAPÍTULO 3

LA COMPARECENCIA DE UN LUNÁTICO

El Rey de las Hadas, padrino, como cabe suponer, del Rey Auberon, aquel día debía querer mostrarse especialmente propicio con su fantástico ahijado, a la vista del dudoso regocijo con que éste acogió la entrada de la guardia del Preboste de Notting Hill. Los paupérrimos braceros y hombres anuncio que portaban los colores de Bayswater o South Kensington, contratados sólo para ese día al objeto de satisfacer el capricho real, se presentaron en la sala relativamente compungidos. El caso es que gran parte del deleite intelectual del Rey se derivaba precisamente del contraste entre la arrogancia de sus espadas y plumas y la deplorable sumisión de sus rostros. En cambio, los alabarderos de Notting Hill, con sus togas rojas y cinturones dorados, tenían un aire de absurda dignidad. Todo indicaba, por decirlo así, que tomaban parte en el juego. Desfilaron y se cuadraron con una solemnidad y una disciplina casi inverosímiles.

Portaban un estandarte amarillo con un gran león rojo que el Rey había elegido como emblema de Notting Hill, en recuerdo de una pequeña taberna del barrio que antes frecuentaba.

Por en medio de las dos filas del séquito avanzó hacia el Rey un joven alto y pelirrojo, de facciones marcadas y profundos ojos azules. Nada impediría considerarlo apuesto si no fuese porque su nariz, demasiado grande para la cara, así como los pies para las piernas, le daban un aspecto desmañado y excesivamente juvenil. Iba vestido de rojo, de conformidad con el blasón fijado por el Rey, y era el único de todos los Prebostes que ceñía una gran espada. Su nombre era Adam Wayne, el intratable Preboste de Notting Hill.

El Rey se reclinó en su sitial y se frotó las manos.

—¡Qué día, qué día! —dijo para sí— Se va a montar una buena. Nunca hubiese imaginado que iba a divertirme tanto. No hay un solo Preboste que no se muestre indignado, serio, razonable; pero este chico parece todavía más rabioso. En sus enormes ojos azules no hay ni asomo de que le hayan contado un solo chiste en todo su vida. Ahora pondrá verdes a los otros y los otros harán lo mismo con él, y todos se darán el regio gustazo de ponerme verde a mí.

—Bienvenido, Lord Wayne —dijo en voz alta—. ¿Qué novedades nos traes de la Colina de las Cien Leyendas? ¿Qué traes para regalo de los oídos de tu Rey? Sé que entre tú y nuestros parientes han surgido algunas desavenencias, pero estoy seguro de que aquí podremos preciarnos luego de haberlas resuelto juntos. Además, no tengo la menor duda de que el amor que me profesas no es menos tierno ni ardiente que el suyo.

A Buck se le agrió el gesto y a James Barker se le dilataron las ventanillas de la nariz; Wilson empezó a reírse por lo bajo y el Preboste de West Kensington se le unió con una risita sofocada. Pero los grandes ojos azules de Adam Wayne ni se inmutaron y, con su singular y juvenil voz, de pronto exclamó:

—Vengo a rendir homenaje a mi Rey. Os traigo lo único que poseo: mi espada.

Y, con un ampuloso gesto, la soltó e hincó una rodilla en el suelo.

Se hizo un silencio sepulcral.

—¿Cómo dices? —dijo atónito el Rey.

—Empleáis las palabras justas, como es norma en vos, sire —declaró Adam Wayne—,

cuando decís que el amor que os profeso no es menor que el de los recién mentados. Y no sólo eso, pues ínfimo sería si no fuese mayor, en cuanto el heredero de vuestro proyecto que soy, o sea, el hijo del Gran Fuero. Estoy aquí para reclamar los derechos que el Fuero me otorgó, y juro, en nombre de vuestra sagrada corona, que cuando reclamo algo nadie me saca de mis trece.

Los cinco hombres lo miraban con ojos desorbitados.

Hasta que Buck, con su tremendo vozarrón, dijo:

—¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco?

El Rey, con un resplandor en la mirada, se levantó de un salto.

—Sí —gritó exultante—, todo el mundo se ha vuelto loco, salvo Adam Wayne y yo. Es tan cierto como la muerte aquello que hace mucho tiempo te dije, James Barker, que la seriedad enloquece a la gente. Tú estás loco porque te ocupas de la política, tan loco como un coleccionista de billetes de tranvía. Buck está loco porque se ocupa del dinero, tan loco como un opiómano. Wilson está loco porque cree que tiene razón, tan loco como quien se cree Dios todopoderoso. El Preboste de West Kensington está loco porque se considera respetable, tan loco como quien cree ser una gallina. Todos los hombres están locos, salvo el humorista, que no se ocupa de nada y lo posee todo. Siempre creí que en Inglaterra había un solo humorista. ¡Idiotas! ¡Mentecatos! Abrid bien vuestros ojos bovinos: ¡hay dos! ¡En Notting Hill, en aquella loma tan poco promisoriosa, ha nacido un artista! Os creíais capaces de chafarme el juego y de engatusarme haciéndoos cada vez más modernos, más prácticos, más activos y racionales. ¡Oh, si supieseis qué festín me he dado al hacerme cada vez más augusto, más solemne, más anticuado y condescendiente! Pero este chico ha sabido desconcertarme. Ha replicado a todos mis florilegios y jactancias. Ha enarbolado el único escudo que yo no puedo romper, el escudo de su impenetrable pomposidad. Oídllo. ¿Estás aquí, Lord Wayne, por Pump Street?

—Por la ciudad de Notting Hill —respondió con orgullo Wayne—, de la que Pump Street constituye una parte viva y amable.

—Ya, pero no demasiado grande —dijo Barker con desdén.

—Lo bastante grande para que incite la codicia de los ricos —dijo Wayne irguiendo la cabeza—, lo bastante grande para que la defiendan los pobres.

El Rey alargó las dos piernas y estuvo pataleando unos segundos.

—Toda persona respetable de Notting Hill —intervino Buck con su voz fría y áspera—, está de nuestro lado y contra usted. Tengo un montón de amigos en Notting Hill.

—Habla de los que han comprado con su oro hogares ajenos, Lord Buck —dijo el Preboste Wayne—. No dudo que sean amigos suyos.

—En cualquier caso, ninguno ha vendido nunca cachivaches —dijo Buck esbozando media sonrisa.

—Han vendido cachivaches peores —dijo Wayne con calma—. Se han vendido a sí mismos.

—Vas por mal camino, Buckcito mío —dijo el Rey pegando saltos en su sitio—. Así no te puedes enfrentar a tan caballerosa elocuencia, no te puedes enfrentar a un artista, no te puedes enfrentar al humorista de Notting Hill. ¡Oh, *nunc dimittis*, pues he vivido para ver este día! Preboste Wayne, ¿estás dispuesto a perseverar?

—Que esperen y lo verán —dijo Wayne—. Si antes he perseverado, ¿creéis que ahora, después de contemplar la faz del Rey, iba a amilanarme? Pues lucho por algo mayor, siempre que exista algo mayor, que los hogares de mi pueblo y la Señoría del León. Lucho por vuestra regia visión, por vuestro gran sueño de la Liga de las Ciudades libres.

Vos mismo me otorgasteis esta libertad. Si hubiese sido un mendigo obsequiado por Vuestra Majestad con una moneda, si hubiese sido un campesino de fiesta bien tratado por Vuestra Majestad, ¿creéis que habría dejado que vuestro don me lo arrebatase el primer rufián que topase conmigo? El gobierno y la libertad de Notting Hill son un regalo que Vuestra Majestad tuvo a bien hacerme. Y si alguien pretende privarme de él, vive Dios que habrá de ser en una batalla, cuyo fragor llegaría a oírse en las casas de Chelsea y en los talleres de Saint John's Wood.

—Esto es demasiado, demasiado —dijo el Rey—. La naturaleza es débil. He de hablarte, hermano artista, sin más tapujos. Permíteme hacerte una pregunta solemne. Adam Wayne, Lord Preboste de Notting Hill, ¿no lo encuentras espléndido?

—¡Espléndido! —gritó Adam Wayne—. Su esplendor es el de Dios.

—¡Tate! —dijo el Rey—. Mira que eres obcecado. Si hablas en broma, la cosa, naturalmente, es seria. Pero, si hablas en serio, ¿no nos estarás tomando el pelo?

—¿Cómo? —preguntó Wayne con ojos de niño.

—Anda, deja de jugar. Todo esto, o sea, lo del Fuero de las Ciudades, ¿no es una inmensidad?

—Inmensidad no es un término desmerecedor de tan glorioso proyecto.

—Vamos, no sigas... Ah, claro, ahora caigo. Lo que quieres es que desaloje de la estancia a estos razonables mastuerzos. Quieres que los dos humoristas se queden a solas. Dejadnos, caballeros.

Buck lanzó una mirada rabiosa a Barker y, a una señal, los séquitos azules, verdes, rojos, dorados y púrpuras salieron de la sala, donde se quedaron sólo dos personas, el Rey sentado en su sitial y el sujeto de rojo postrado en el suelo al lado de su espada.

El Rey descendió del estrado y le dio al Preboste Wayne unas palmaditas en la espalda.

—Antes de que las estrellas fuesen hechas —exclamó—, tú y yo fuimos hechos el uno para el otro. Qué hermosura. Piensa en la esforzada independencia de Pump Street. Eso es lo que importa: la deificación del absurdo.

El sujeto genuflexo se levantó de un salto furioso.

—¡Absurdo! —gritó con el rostro descompuesto.

—Anda, anda —dijo crispado el Rey—. Deja de jugar conmigo. Los augures no tienen más remedio que parpadear de cuando en cuando, porque los párpados se fatigan mucho. Disfrutemos de todo esto durante media hora, no como actores, sino como críticos teatrales. Porque estás de broma, ¿no?

Adam Wayne inclinó la mirada como un niño y respondió con voz contenida:

—No entiendo a Vuestra Majestad. No puedo creer que, mientras yo lucho por vuestro Fuero Real, vos me deis la espalda por esos sabuesos del oro.

—Oh, por todos tus... Pero ¿a qué juegas? ¿Qué diantres es todo esto?

El Rey fijó la vista en la cara del joven Preboste y en la penumbra de la habitación empezó a advertir la lividez de su rostro y el temblor de sus labios.

—Por Dios santo, explícate —gritó Auberón agarrándolo por la muñeca.

Wayne levantó la cara, anegada en lágrimas.

El Rey Auberón le soltó la mano y se quedó inmóvil, estupefacto.

—¡Cielos! —dijo—. ¿Será posible que entre los cuatro mares de Gran Bretaña haya un hombre que se tome en serio a Notting Hill?

—¡Cielos! —dijo Wayne con vehemencia—. ¿Será posible que entre los cuatro mares de Inglaterra haya un hombre que no se lo tome en serio?

El Rey, sin decir palabra, volvió a subir al estrado. Parecía abatido. Se sentó en su sitial y dio unas taconazos.

—Si esto sigue así —dijo con voz apagada—, empezaré a dudar de la superioridad del arte sobre la vida. Por lo que más quieras, deja de tomarme el pelo. ¿Eres de veras... (¡que Dios me asista!) ... un patriota de Notting Hill? ¿Eres...?

Wayne hizo un gesto violento y el Rey lo contuvo con energía.

—Está bien, está bien, te creo. Pero, ayúdame a entenderlo bien. ¿Te propones realmente luchar contra esos modernos renovadores con sus comisiones, sus inspectores, sus topógrafos y todo eso...?

—¿Es que son tan terribles? —dijo Wayne con desprecio.

El Rey seguía mirándolo fijamente, como si tuviese delante un engendro humano.

—Y supongo —dijo— que crees que los dentistas y los tenderos y las solteronas que viven en Notting Hill se congregarán para cantar himnos guerreros bajo tu bandera...

—Si tienen sangre en las venas, lo harán —dijo el Preboste.

—Y supongo —dijo el Rey reclinando la cabeza sobre los almohadones y con voz menos entusiasta— que nunca has pensado que a lo mejor para algunos la idea de un idealismo de Notting Hill es... es... un pelín... un pelín ridícula.

—Claro que para algunos es ridícula —dijo Wayne—. Si no, ¿cómo se explica la burla de los profetas?

—¿De dónde —preguntó el Rey inclinándose—, de dónde, Dios bendito, has sacado esta idea tan milagrosamente necia?

—Vos habéis sido mi tutor, sire —dijo el Preboste—, en cuanto existe de elevado y honorable.

—¿Cómo? —dijo el Rey.

—Vuestra Majestad fue quien enardeció mi confuso patriotismo. Hace diez años, siendo yo un niño (ahora sólo tengo diecinueve), jugaba en la cuesta de Pump Street con una espada de madera y un casco de papel, soñando en grandes guerras. De pronto, en un arrebato de ira, arremetí con mi espada y me quedé petrificado al darme cuenta de que os había herido a vos, sire, mi Rey, mientras rondabais con noble sigilo para observar el bienestar de vuestro pueblo. Pero el miedo no me paralizó. Entonces supe lo que era la realeza. No retrocedisteis ni montasteis en cólera. No llamasteis a la guardia. No amenazasteis con ningún castigo. Sino que, con augustas y ardientes palabras, que quedaron grabadas en mi alma para ya no borrarse jamás, me dijisteis que apuntase siempre mi espada contra los enemigos de mi invicta ciudad. Como el sacerdote que señala hacia el altar, vos señalasteis hacia la colina de Notting Hill. "Hasta la vista", me dijisteis, "pues estás preparado para morir por la sagrada montaña, aunque la sitiaseen todos los ejércitos de Bayswater". No he olvidado esas palabras y ahora me sobran motivos para recordarlas, porque ha llegado la hora y vuestra profecía se ha cumplido. La colina sagrada está sitiada por los ejércitos de Bayswater, y yo me dispongo a morir por ella.

El Rey se había hundido en su sitial.

—¡Oh, señor, señor, señor! —musitó—. ¡Qué vida! ¡Todo, todo es obra mía! ¿De modo que tú eres aquel chico pelirrojo que me atravesó el chaleco? ¿Qué he hecho, Dios, qué he hecho? Pretendía gastar una broma y al final he despertado una pasión. La parodia que quería componer lleva ahora camino de convertirse en epopeya. ¿Qué hacer con un mundo así? Dios mío, ¿no era la broma acaso ya bastante audaz? Prescindí de mi fino humor para distraerte y resulta que he llenado tus ojos de lágrimas. ¿Con qué artimañas

se consigue que la gente entienda una burla? ¿Contando que las salchichas son guirnaldas clásicas o que un policía despedazado es una alegoría del deber público? Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Qué hago formulándome interrogantes sobre un joven y apuesto caballero redomadamente chiflado? ¿Qué sentido tiene? ¿Qué sentido tiene nada? ¡Oh, señor, señor!

El Rey se levantó de improviso.

—¿No crees que lo del sagrado Notting Hill es un completo absurdo?

—¿Un absurdo? —preguntó Wayne lívido—. ¿Por qué iba a creerlo?

El Rey, no menos lívido, clavó los ojos en él.

—¿Cómo? —dijo el Rey.

—Notting Hill —dijo el Preboste en seguida —es una elevación que se encumbra sobre la tierra de todos, donde la gente ha construido casas para vivir, ha nacido, se ha enamorado, ha rezado, se ha casado y ha muerto. ¿Por qué iba a parecerme un absurdo?

El Rey sonrió.

—Porque, Leónidas mío —empezó a decir, pero de pronto, sin saber cómo, la mente se le quedó completamente en blanco. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a ser un absurdo? Sintió como si el suelo de su mente se desplomase. Sintió lo que sienten todos los hombres cuando una pregunta remece sus principios básicos, sintió lo que sentía Barker cuando el Rey le preguntaba: ¿por qué ocuparse de la política?

Los pensamientos del Rey estaban como de estampida, no conseguía enlazarlos entre sí.

—Bueno, el caso es que muchos la consideran un poco chistosa —dijo por decir algo.

—Supongo —le dijo Adam con impetuosidad —supongo que juzgáis que la crucifixión fue algo serio.

—Pues, verás, —empezó Auberón— reconozco que siempre le he encontrado un lado mortuorio.

—Pues estáis en un error —respondió Wayne con increíble ímpetu—. La crucifixión es cómica y exquisitamente divertida. Era una forma descabellada y obscena de empalar a individuos destinados a ser objeto de mofa: a esclavos y provincianos, a dentistas y pequeños comerciantes, según vuestra terminología. Esa grotesca horca, que los gandules romanos llenaban de garabatos obscenos, yo la he visto resplandecer en los pináculos de los templos del mundo. ¿Y ahora tendría que dar marcha atrás?

El Rey no contestó.

Adam continuó, con un vozarrón que retumba en el techo.

—Pero esa risotada con la que los hombres tiranizan no posee el gran poder que le atribuí. Pedro fue crucificado, y crucificado cabeza abajo. ¿Se puede concebir algo más chistoso que un apóstol viejo y venerable cabeza abajo? ¿Puede haber algo que se asemeje más al estilo de vuestro moderno humor? Ahora bien, ¿qué resultó de todo aquello? Cabeza abajo o cabeza arriba, Pedro ha sido Pedro para la humanidad. Cabeza abajo sigue enseñoreando sobre Europa, y son millones los que actúan y respiran sólo por la vida de su Iglesia.

El Rey Auberón, la mirada ausente, se puso de pie.

—Tus palabras son reveladoras —dijo—. Se nota que has estado pensando, jovenzuelo.

—Sintiendo, eso y nada más, sire —respondió el Preboste—. Nací, como otros hombres, en un trozo de tierra que amo porque allí jugué de niño, allí me enamoré y platicué con mis amigos en noches celestiales. Y ahora me siento perplejo. ¿Por qué deberían ser una nimiedad esos jardincitos en los que declaramos nuestro amor o esas calles de las que

sacamos a nuestros muertos? ¿Por qué tendrían que ser un absurdo? ¿Por qué ha de ser grotesco afirmar que un buzón es poético si durante un año no he podido ver un buzón rojo a la amarilla luz del atardecer sin sentirme atormentado por algo cuyo secreto vela Dios, pero que es más intenso que la pena o la dicha? ¿Por qué cualquier fulano puede echarse a reír a la sola mención de "La causa de Notting Hill"? Notting Hill, donde miles de espíritus inmortales vibran a veces con esperanza y otras con miedo.

Auberon se quitaba en ese momento el polvo de una manga con una seriedad insólita en él, por lo mucho que distaba del carácter ceremoniosamente austero de su humor.

—Es muy difícil —dijo por fin—. Rematadamente difícil. Comprendo lo que quieres decir, incluso coincidido en parte contigo, o eso me gustaría, pero no soy lo bastante joven para ser profeta y poeta. Atisbo una verdad en todo cuanto dices, hasta que llegas a las palabras "Notting Hill". Y lamento decir que entonces el viejo Adam se despierta a carcajadas y se desembaraza del nuevo Adam, cuyo apellido es Wayne.¹¹

Por vez primera, el Preboste Wayne guardó silencio y permaneció mirando distraídamente el suelo. Caía la noche y en la sala la oscuridad se hacía cada vez mayor.

—Sé —dijo el Preboste, con un tono extraño y casi soñoliento— que vuestras palabras también contienen una verdad. Sí, es difícil no reírse de los nombres comunes, pero lo que yo digo es que no deberíamos hacerlo. He concebido un remedio, pero sabed que hay remedios que pueden ser mortíferos.

—¿De qué se trata? —preguntó Auberon.

El Preboste de Notting Hill parecía como en trance; sus ojos despedían una luz feérica.

—Conozco una varita mágica, una varita que apenas una o dos personas, y sólo rara vez, son capaces de usar bien. Es una varita mágica muy peligrosa y más poderosa que quien la maneja, y de aplicación muchas veces atroz, perversa. Pero todo cuanto toca no vuelve nunca a ser simplemente común. Todo lo que toca adquiere una magia que trasciende al mundo: si yo tocase con esa varita mágica los ferrocarriles y las calles de Notting Hill, los hombres amarían y temerían a aquéllos y a éstas por siempre.

—¿De qué diantres estás hablando? —preguntó el Rey.

—Ha engrandecido muchos paisajes humildes y hecho más perdurables que catedrales muchas chozas —continuó el demente—. ¿Por qué no iba a lograr que las farolas sean más mágicas que las lucernas griegas y que un ómnibus se desplace como un buque pintado? Su toque proporciona una rara perfección.

—¿De qué varita hablas? —exclamó el Rey con impaciencia.

—Aquí la tenéis —dijo Wayne señalando al suelo, donde su espada yacía resplandeciente.

—¡La espada! —gritó el Rey levantándose de un salto de su sitio.

—Sí, sí —gritó Wayne con voz ronca—. Las cosas que ella toca no son vulgares. Las cosas que ella toca...

El Rey Auberon puso cara de espanto.

—¡Vas a matar por una defensa descabellada! —gritó.

—¡Oh, Reyes, Reyes! —exclamó Adam con desprecio—. Qué humanos sois, qué tiernos, qué considerados. Declararíais la guerra por una frontera o por los aranceles de un puerto extranjero, derramarías sangre por los derechos de aduana sobre el encaje o por el saludo a un almirante. En cambio, en las cosas que hacen la vida digna o miserable, ¡cuán humanos sois! Declaro aquí, y sé muy bien lo que me digo, que jamás ha habido guerras

¹¹ Adam = "Adán". (N. del T.)

necesarias amén de las religiosas. Que nunca ha habido guerras justas amén de las religiosas. Que nunca ha habido guerras humanas amén de las religiosas. Pues aquellos hombres luchaban por algo que al menos perseguía la felicidad y la virtud de su prójimo. Un cruzado por lo menos pensaba que el islam era nocivo para el alma de todos los hombres, reyes u hojalateros, que caían en sus redes. Y yo pienso que Buck y Barker y todos esos buitres ricachones son nocivos para el alma de cada hombre, que son nocivos para cada pulgada de suelo, que son nocivos para cada ladrillo de las casas de las que se apoderan. ¿Creéis que no tengo ningún derecho a pelear por Notting Hill, cuando vuestro Gobierno inglés ha peleado en tantas ocasiones por bagatelas? Si, como dicen vuestros pudientes amigos, no hay dioses y vivimos bajo cielos oscuros, ¿por qué iba a pelear un hombre sino por el lugar donde conoció el Edén de la infancia y la brevedad celestial del primer amor? Si no hay templos ni escrituras sagradas, ¿puede haber algo sagrado aparte de la juventud del hombre?

El Rey recorría el estrado de un lado a otro sin ocultar su inquietud.

—Es difícil —dijo apretando los labios— aprobar una decisión tan desesperada, tan responsable...

En ese instante, la puerta de la sala de audiencias se entornó y a través de la rendija, como el imprevisto trino de un pájaro, se oyó la voz alta, nasal, pero bien educada de Barker.

—Os he dicho con toda claridad que los intereses públicos...

Auberon se volvió hacia Wayne con violencia.

—¿Qué demonios pasa aquí? ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué estás diciendo? ¿Me has hipnotizado? ¡Malditos sean tus misteriosos ojos azules! Déjame. Devuélveme mi sentido del humor. ¡Devuélvemelo, te lo exijo!

—Solemnemente os digo —declaró Wayne enfadado y como si buscara algo en su cuerpo— que yo no lo tengo.

El Rey volvió a sentarse en su sitio y rompió a reír a mandíbula batiente.

—No, no creo que lo tengas —proclamó.

LIBRO III

CAPITULO 1

EL ESTADO MENTAL DE ADAM WAYNE

Muy poco tiempo después del ascenso del Rey al trono, apareció un pequeño poemario titulado *Himnos de la colina*. No era un buen poemario y el libro no obtuvo éxito, pero consiguió suscitar el interés de cierta escuela de críticos. El propio Rey, que se contaba entre los miembros de esa escuela, lo reseñó, como crítico literario que era, en la revista deportiva "Desde los establos". La escuela de marras era conocida por el mote de 'Hamaca', porque uno de sus maliciosos enemigos había calculado que no menos de treinta de sus sesudas críticas empezaban por: "He leído este libro tumbado sobre una hamaca, adormecido por la soporífera luz del sol; he..." dicho lo cual había, entre una crítica y otra, notables diferencias. Cumplidos tales requisitos, les gustaba todo, pero especialmente todo lo necio. "Al lado de la genuina bondad de un libro (cosa que, ¡ay!, brilla siempre por su ausencia), decían, admiramos la genuina fealdad". Por ello, sus elogios (indicativos de esa genuina fealdad) no constituían precisamente una aspiración universal, descorazonando a cuantos autores la Escuela de la Hamaca dispensaba su especial favor.

El rasgo esencial de los *Himnos de la colina* era que celebraba la poética de Londres por contraposición a la del campo. Claro que esa manifestación de aprecio no era insólita en el siglo xx, ni tampoco, por exagerada o artificial que resultase a veces, falseaba una verdad de fondo, toda vez que la ciudad se aproxima más al espíritu del hombre, o, dicho de otro modo, toda vez que Londres, aun sin ser una de las obras maestras del hombre, sí que es, por lo menos, uno de sus pecados. Así, una calle es más poética que un prado porque la calle posee un secreto. Una calle desemboca en algún sitio; un prado, en ninguno. Con todo, el libro titulado *Himnos de la colina* tenía una peculiaridad más, como en su reseña señalaba con sagacidad el Rey, personalmente interesado en el tema. Él mismo, en efecto, había publicado un libro de poemas dedicado a Londres bajo el seudónimo de "Margarita de ensueño".

Esa peculiaridad, según apuntaba el Rey, la determinaba el hecho de que, mientras un simple artesano como "Margarita de ensueño" (cuyo rebuscado estilo trataba el Rey, en su rúbrica de "El relámpago", quizá algo severamente) se había propuesto cantar las preces de Londres por medio de su contraposición al campo —vale decir, sirviéndose de la naturaleza como motivo de donde debía extraerse toda imagen poética—, un autor más intenso como el de los *Himnos de la colina* cantaba las preces del campo, o de la naturaleza, por medio de su contraposición a la ciudad, sirviéndose de la propia ciudad como motivo. "Véanse", decía el crítico, "los típicos versos femeninos de *Al inventor del cabriolé*:

*Poeta, cuyo ingenio labró esta concha de amor,
Con cabida para dos.*

"Sin duda", escribe el Rey, "nadie sino una mujer podía componer versos así. La mujer siente siempre debilidad por la naturaleza; para ella, el arte sólo puede ser bello como eco

o sombra de sí misma. Utiliza el cabriolé como motivo y teoría, pero su alma no deja de ser la de una niña en el acto de recoger conchas en la orilla del mar. A diferencia del hombre, ella no puede pertenecer plenamente a la ciudad. ¿O no es verdad que decimos (con absoluta propiedad) 'hombre mundano', y nunca, en cambio, 'mujer mundana'? En cualquier caso, y por muy mundana que sea una mujer, en el plano físico su modelo siempre es la naturaleza; se empeña en llevar la naturaleza consigo; se emperrea en hacer que en su cabeza crezca hierba y en ser acogotada por peludas bestias. En el corazón de cualquier ciudad umbrosa, la mujer hace su sombrero inspirándose en un luminoso jardín de flores; el hombre, llevado por su noble civismo, hace el suyo inspirándose en un tiro de chimenea, enseña de la civilización. En conclusión, la mujer es capaz de cometer una masacre con tal de que no le falten pájaros para que su cabeza sea un árbol lleno de cantarines pajaritos muertos".

Lindezas así se suceden a lo largo de varias páginas, hasta que por fin el crítico se acuerda del argumento e insiste:

*Poeta, cuyo ingenio labró esta concha de amor,
Con cabida para dos.*

"La peculiaridad de estos versos sublimes aunque femeninos", prosigue el crítico, "yace, según hemos apuntado, en que ensalza el cabriolé al compararlo con una concha, es decir, con un objeto natural. Pues bien, oigamos al autor de los *Himnos de la colina* y veamos cómo aborda el mismo asunto. En su excelente nocturno titulado 'El último tranvía', mitiga la furiosa y conmovedora melancolía del tema al concluir con repentina celeridad:

*Por la esquina de la vieja calle el viento vira
De sopetón y tan raudo como un tranvía".*

"Aquí, la diferencia salta a la vista. 'Margarita de ensueño' juzga que rinde un gran tributo al cabriolé porque lo compara con uno de los aposentos en espiral del mar, mientras que el autor de los *Himnos de la colina* juzga que rinde un gran tributo al inmortal torbellino porque lo compara con un carruaje. Nos hallamos, qué duda cabe, ante un auténtico admirador de Londres. No nos queda espacio para hablar de todas las perfectas aplicaciones de su idea. O del poema en el cual, por ejemplo, los ojos de una dama no se comparan con las estrellas, sino con dos estupendas farolas que guían al transeúnte. No nos queda espacio para hablar de aquel excelente poema, evocador del espíritu isabelino, donde el poeta, en lugar de afirmar que la rosa y el lirio contienden en cromatismo, dice, con un modernismo más puro, que el ómnibus rojo de Hammersmith y el blanco de Fulham luchan por el dominio. ¡Imposible encontrar una imagen más perfecta de pugna entre dos vehículos!".

Aquí, con cierta brusquedad, concluye la reseña, tal vez porque el Rey, apurado de recursos, no tuvo más remedio que enviar su manuscrito. Ahora bien, el Rey, independientemente de lo que fuese como tal, era un crítico muy agudo, y lo cierto es que había dado en el clavo. Los *Himnos de la colina* no guardaban el menor parecido con los poemas publicados hasta esa fecha en loor de la poética de Londres, gracias a que su autor era un hombre que nada había visto sino Londres, ciudad que para él, faltaría más, constituía el universo. Su autor era un mozalbete novato y pelirrojo de diecisiete años nacido en Notting Hill y llamado Adam Wayne. Un accidente que sufriera cuando contaba siete años le había impedido acercarse al mar, transcurriendo su vida entera en

Pump Street y alledaños. En consecuencia, veía las farolas como cosas tan eternas como las estrellas: ambos fuegos se fusionaban. Para el autor las casas eran tan imperecederas como las montañas, por lo que escribió sobre ellas como otros lo hacen sobre las montañas. Si la naturaleza habla a cada hombre con un embozo distinto, a aquel hombre le hablaba embozada de Notting Hill. Para un poeta nacido en las colinas de Cumberland, la naturaleza sería un horizonte tempestuoso con rocas por doquier. La naturaleza, para un poeta nacido en las llanuras de Essex, sería un compendio de aguas esplendorosas y maravillosos ocasos. Así, para el susodicho Wayne la naturaleza era una línea de tejados violetas y farolas color limón, el claroscuro de la ciudad. No encontraba ingenioso ni sugerente ensalzar las sombras y los colores de la ciudad; no había visto otras sombras ni otros colores, de modo que los ensalzaba... porque eran sombras y colores. Reparaba en todo eso porque era un poeta, aunque malo. Sin embargo, con demasiada frecuencia se olvida que, así como un mal hombre no deja por ello de ser hombre, un mal poeta no deja por ello de ser poeta.

El pequeño volumen de versos de Mr Wayne fue un completo fiasco, pero él aceptó el fallo del destino con muy razonable humildad. Volvió a su trabajo de dependiente en una lencería, y no escribió nada más. De todas formas, siguió sintiendo lo mismo por Notting Hill, pues, de lo arraigado que lo tenía en su cerebro, era incapaz de pensar en nada más. Sin embargo, no parece que persistiese en su intento de expresar lo que para él significaba su ciudad.

Adam Wayne era un místico en toda regla, uno de esos místicos que habita la frontera del País de las Hadas. Eso sí, tal vez fuese el primero en advertir la frecuencia con que la frontera del País de las Hadas pasa por una ciudad atestada. Veinte pies más adelante (Wayne era muy corto de vista), los soles rojos y blancos y amarillos de las farolas de gas se apiñaban y fundían como una plantación de árboles ardientes, el principio del bosque del País de los Duendes.

Pero, por extraño que parezca, su condición de poeta menor fue precisamente la causa de su raro y aislado triunfo. Porque había fracasado en la literatura, se convertiría en un portento de la historia inglesa. Era de aquellos a los que la naturaleza infunde deseo pero no dotes para la expresión artística. Desde la cuna había sido un poeta mudo, y así podría haber llegado a la tumba y desaparecer inadvertido, atesorando un canto nuevo y sin par. Wayne, sin embargo, había nacido bajo la buena estrella de una circunstancia irrepetible. Ocupaba casualmente la jefatura de su gris municipio en los días de la fantochada del Rey, en los días en que todos los municipios recibieron la orden de adornarse con banderolas y flores. De entre la larga lista de poetas silenciosos que han pasado de largo desde que el mundo es mundo, este hombre se encontró en medio de una visión heráldica que le permitía actuar y hablar y vivir líricamente. Mientras el creador y sus víctimas veían en todo eso una estúpida charada pública, este hombre se tomó las cosas en serio y en un santiamén fue elevado a un trono de artística omnipotencia. Armaduras, música, estandartes, blasones, redoble de tambores: tenía ante sí toda la parafernalia teatral. Este pobre rimador, que quemara sus rimas, empezó a vivir esa vida al aire libre y de poesía en acción con la que todos los poetas de la tierra han soñado en vano; comparada con ella, la *Ilíada* es apenas un magro sucedáneo.

Desde su abstracta infancia, en Adam Wayne se fue desarrollando, intensa y silenciosamente, una cualidad o aptitud de lo más artificiosa en las ciudades modernas, pero que puede ser natural y, como en su caso, llegar a volverse casi brutal: la cualidad, o aptitud, del patriotismo. Existe en estado puro, al igual que otros vicios y virtudes, en determinadas realidades, y se distingue de todo. Cuando un niño habla de su país o de su aldea, puede incurrir en todos los errores de Mandeville o contar todos los embustes de

Munchausen, pero en sus palabras no habrá más mentiras psicológicas que las que puede contener una buena canción. De niño, Adam Wayne había experimentado por las polvorientas calles de su Notting Hill aquel remoto y ancestral sentimiento que brotara en Atenas o Jerusalén. Y así conoció los secretos de la pasión, esos secretos que hacen que los antiguos cánticos de un país suenen tan extraños a los oídos de nuestra civilización. Supo que, por norma, el verdadero patriotismo canta penas y desesperanzas más que victorias. Supo que en los nombres propios está la mitad de la poesía de todos los poemas nacionales. Y sobre todo conoció, con el delicioso rubor de un amante, que el principal aspecto psicológico del patriotismo reside en el hecho de que éste nunca se jacta de la grandeza de su país, sino siempre, y necesariamente, de su insignificancia.

Todo esto lo llegó a saber no porque fuese un filósofo o un genio, sino porque era un niño. Todo aquel que se avenga a visitar una calle tan deprimida como Pump Street, puede descubrir a un pequeño Adam proclamándose en la calzada Rey de un adoquín, por el que, cuanto más estrecho sea, más se vanagloriará.

Fue mientras se hallaba en semejante sueño de defensa bélica, fijando en un tramo de calle o en una escalinata la frontera de su altanera proclama, cuando topó con el Rey, quien, con pocas palabras dichas en son de burla, ratificaría para siempre los curiosos límites de su alma. A partir de ese momento, la fantástica idea de defender a Notting Hill en pie de guerra se convirtió para él en algo tan ineludible como comer, beber o encender una pipa. En función de ella dispuso sus comidas, cambió sus planes y pasó noches en blanco rumiándola. En dos o tres tiendas veía un arsenal; en un patio, un foso; en el extremo de un balcón o en un rellano de piedra, un punto donde ubicar una bombardera o un arquero. Para una imaginación convencional sería casi imposible hacerse una idea de cómo había convertido el plúmbeo paisaje londinense en un dorado paisaje romántico. La conversión la había empezado prácticamente en su infancia, hasta resultarle tan habitual como una manía. Se agudizaba más de noche, cuando Londres es más Londres, cuando sus luces resplandecen en la oscuridad como ojos de incontables gatos y sus tenebrosas casas tienen la franca sencillez de unas colinas azules. Para Wayne, sin embargo, la noche no ocultaba sino que descubría, y todas las horas de la mañana y de la tarde las leía, por paradójico que parezca, a la luz de aquella oscuridad. Sea como fuere, para ese hombre lo inconcebible se había hecho realidad. La ciudad artificial era la naturaleza, y tenía los bordillos de las aceras y las farolas de gas por cosas tan antiguas como el cielo.

Valga lo siguiente como ejemplo. Una vez, mientras paseaba por Pump Street con un amigo, dijo, contemplando embelesado las verjas de hierro de un pequeño jardín: "Estas verjas te hacen bullir la sangre".

Su amigo, que además le profesaba enorme admiración intelectual, se quedó mirándolas apenado, pero sin sentir ninguna emoción especial. Su desazón fue tal que volvió muchas tardes tranquilas a las verjas para observarlas detenidamente, esperando que pasase algo en su sangre, pero siempre infructuosamente. Al cabo, optó por recurrir al propio Wayne, y así comprendió que lo arrebatador residía justo en aquello que no había notado en esas verjas, ni siquiera después de su sexta visita, esto es, que, como la gran mayoría de las verjas de Londres, estaban coronadas por lanzas. De niño Wayne las había comparado sin querer con las espadas que figuran en los grabados de Lancelot y san Jorge, y había crecido bajo la sombra de esa asociación gráfica. Ahora, cada vez que las miraba, no eran sino las armas que apretaban el cerco contra los sagrados hogares de Notting Hill. Por mucho que se lo propusiese, jamás habría podido borrar de su mente ese parangón. No era una comparación caprichosa, ni mucho menos. De hecho, en lugar de afirmar que las familiares verjas le recordaban lanzas, habría que decir que las familiares lanzas le recordaban alguna vez verjas.

Un par de días después de su entrevista con el Rey, Adam Wayne se movía como un león enjaulado frente a cinco locales de la parte alta de la calle en disputa. En esos locales había una tienda de ultramarinos, una botica, una barbería, una tienda de antiguallas y una juguetería donde también se vendía prensa. Esos cinco locales eran los que en su pueril porfía había elegido desde el principio como puntales de la campaña de Notting Hill, la ciudadela de la ciudad. Si Notting Hill era el centro del universo, y Pump Street el centro de Notting Hill, aquéllos eran el centro de Pump Street. Por su pequeñez y contigüidad, cumplían con la aspiración a la compacidad y el recogimiento absolutos ínsita a su patriotismo al igual que a todos los patriotismos. La tienda de ultramarinos (que disponía de licencia para el despacho de vino y licores) la había incluido porque podía surtir de provisiones a la guarnición; la de antiguallas, porque tenía una cantidad suficiente de espadas, pistolas, mosquetes, ballestas y trabucos para armar un regimiento guerrillero entero; la tienda de juguetes y prensa, porque Wayne juzgaba que una prensa libre era esencial para el alma de Pump Street; la botica, para hacer frente a enfermedades epidémicas entre los sitiados; y la barbería, porque estaba en medio de todas las demás y el hijo del barbero era íntimo amigo suyo y espiritualmente afín.

La tarde sin nubes de aquel mes de octubre caía, pasando del púrpura al plateado, sobre los tejados y las chimeneas de la empinada callejuela, toda ella tétrica, angulosa, estremecedora. Bajo la densa sombra, las tiendas alumbradas por farolas de gas fulgían como cinco hogueras seguidas, mientras enfrente, como la silueta de un espectro contra hornos del purgatorio, pasaba una y otra vez la figura con cabeza de pájaro y nariz aquilina de Adam Wayne.

Agitaba nerviosamente su bastón y parecía como si de rato en rato hablase consigo mismo.

—Hay enigmas, a fin de cuentas —dijo—, incluso para el hombre con fe. Quedan dudas incluso después de atada y bien atada la auténtica filosofía. Y aquí nos encontramos con una. ¿La necesidad y la condición humana normales valen más o menos que esos particulares estados del alma vindicadores de glorias dudosas y comprometidas, de esas especiales facultades para el conocimiento o el sacrificio que sólo pueden ser fruto de la existencia del mal? ¿Deberíamos tener en más precio la duradera cordura de la paz o las vesánicas virtudes de la batalla? ¿Deberíamos apreciar más al hombre ducho en lo cotidiano o al que lo es en situaciones imprevistas? Pero, por volver al enigma que nos ocupa, ¿deberíamos inclinarnos antes por el bodeguero que por el boticario? ¿Cuál de ellos será la piedra angular de la ciudad, el caballeroso y célebre boticario o el benévolo bodeguero dador de todo? Ante semejantes dudas primordiales, uno no tiene más alternativa que dejarse llevar por los instintos más elevados y aceptar las consecuencias. De todas formas, mi decisión ya está tomada. Que se me perdone si elijo mal, pero me inclino por el bodeguero.

—Buenos días, señor —dijo el bodeguero, un hombre de mediana edad y casi calvo, barba y patillas más pelirrojas de lo usual y frente que se arrugaba con todas las atenciones del pequeño comerciante. ¿En qué puedo servirle, señor?

Al entrar en la tienda, Wayne se había quitado el sombrero con gesto ceremonioso, que, aunque insignificante, indujo al comerciante a mirarlo con cierto asombro.

—Estoy aquí, señor —dijo Wayne seriamente— para apelar a su patriotismo.

—Señor mío —dijo el bodeguero—, sus palabras me retrotraen a mi infancia y a los días en que aún había elecciones.

—Volverá a haberlas —dijo Wayne con firmeza—, así como otras cosas todavía más grandiosas. Escuche, Mr Mead. Me hago cargo de esas tentaciones inherentes a una

filosofía desmedidamente cosmopolita a las que el bodeguero se enfrenta. Me hago cargo de lo que supondrá pasar el día entero, como en su caso, rodeado de mercancías llegadas de todos los confines del orbe, de procelosos mares por los que nunca hemos navegado y de intrincados bosques para cuya descripción no tenemos palabras. Ningún Rey oriental poseyó jamás tamaños bajeles y cargueros procedentes del sol naciente y del poniente, y ni el mismísimo Salomón, en todo su esplendor, poseyó sus riquezas. Tiene la India a sus pies —sentenció elevando la voz y apuntando con su bastón a un cajón de arroz, mientras el bodeguero pasaba a mirarlo con un poco de inquietud—. Tiene a China enfrente de usted, el río Demerara a su espalda, América sobre su cabeza y, en este preciso instante, como un antiguo almirante español, Túnez en sus manos.

Mr Mead soltó la caja de dátiles que levantaba en ese momento del suelo y en seguida volvió a recogerla sin mucha convicción.

Wayne prosiguió, con la cara más roja pero en un tono de voz más bajo.

—Me hago cargo, digo, de las tentaciones derivadas de la existencia de riquezas tan internacionales y universales. Me hago cargo de que, a pesar de hallarse expuesto a seguir derroteros pobres y trillados, usted, a diferencia de muchos comerciantes, prefiere ser muy tolerante, muy abierto, muy liberal. Ya que si el pastelero, pues prepara sus productos bajo su propio cielo, se halla expuesto a un nacionalismo de cortas miras, a lo que el bodeguero se expone es al cosmopolitismo. Pero acudo a usted en nombre de ese patriotismo contra el que nunca podrán hacer nada periplos ni conocimientos, y le pido que se acuerde de Notting Hill. Por cuanto, al fin y a la postre, Notting Hill no ha jugado un papel menor en esa opulencia cosmopolita. Sus dátiles pueden proceder de las altas palmeras de Berbería, su azúcar de las inalcanzables islas de los trópicos, su té de las recónditas aldeas del imperio del Dragón. Y es probable que el mobiliario de esta bodega sea consecuencia del arrasamiento de bosques situados debajo de la Cruz del Sur y de la pesca con arpón de leviatanes debajo de la Estrella Polar. Pero usted, un tesoro en nada baladí, usted al menos ha ganado en fortaleza y en sabiduría entre estas lóbregas casas y bajo este lluvioso cielo. Nuestra ciudad, que lo ha forjado y a la que por ende debe sus caudales, está amenazada por la guerra. Dé un paso al frente e imparta por todos los rincones de la tierra esta lección: el aceite es del norte y las frutas del sur; los arroces son de la India y las especias de Ceilán; los barcos son de Nueva Zelanda y los hombres son de Notting Hill.

El bodeguero permaneció durante unos instantes inmóvil, con los ojos como platos y la boca tan abierta que más parecía un pez. Acto seguido se rascó la nuca sin decir nada. Hasta que por fin se pronunció:

—¿Desea algo de la tienda, señor?

Wayne miró desconcertado a su alrededor. Vio entonces un rimero de latas de pina troceada y agitó su bastón apuntando más o menos hacia el rimero.

—Sí —dijo—, me llevo todo eso.

—¿Todo, señor? —dijo el bodeguero con muy acrecentado interés.

—Sí, sí, todo —contestó Wayne todavía un poco aturdido, como si le acabasen de echar un jarro de agua fría.

—Como usted mande, señor. Muchas gracias, señor —dijo obsequioso el bodeguero—. Puede usted contar con mi patriotismo, señor.

—Ya contaba con él —dijo Wayne, y salió a la noche cada vez más cerrada.

El bodeguero volvió a colocar el cajón de dátiles en su sitio.

—¡Qué simpático! —dijo—. Es curioso que los de su clase suelen ser más simpáticos que

las personas con la cabeza en su sitio.

Para entonces, Adam Wayne, mostrando claros signos de vacilación, ya se hallaba ante la puerta de la flamante botica.

—Mi flaqueza —musitó—. El miedo a esta tienda mágica me posee desde que soy niño. El bodeguero es rico, romántico, poético en el mejor de los sentidos, pero no hay en él nada sobrenatural. En cambio, ¡el boticario! Todas las otras tiendas quedan en Notting Hill, pero ésta se localiza en el País de los Duendes. ¡Ah, sus vasijas de colores incandescentes! En ellas hubo de inspirarse Dios para pintar los ocasos. Son más que humanas, y lo que es más que humano resulta todavía más misterioso cuando es de provecho. Allí está la raíz del temor a Dios. Tengo miedo. Pero he de portarme como un hombre y entrar.

Y, como era un hombre, entró. Detrás del mostrador había un tipo bajo y moreno con gafas, que lo recibió con una sonrisa espléndida pero enteramente comercial.

—Una tarde estupenda, señor —dijo el boticario.

—Estupenda, sin duda, misterioso Padre —dijo Adam extendiendo ligeramente sus manos hacia adelante—. En una noche tan clara y apacible como ésta es cuando su establecimiento se manifiesta mejor. En una noche así relucen con más perfección esas lunas verdes, doradas y carmesíes que desde la lejanía guían al peregrino dolorido y enfermo hacia esta casa de benigna brujería.

—¿Le puedo servir en algo? —preguntó el boticario.

—Vamos a ver —respondió Wayne en tono amistoso pero indeciso—. Déme un poco de salipirina, si es tan amable.

—¿Una botella de ocho peniques, de diez o de dieciséis? —dijo afablemente el joven boticario.

—De dieciséis, de dieciséis —contestó Wayne con desesperado sometimiento—. Estoy aquí, Mr Bowles, para formularle una pregunta terrible.

Wayne hizo una pausa y se sosegó, diciendo para sí: "Hay que tener tacto y adecuar el llamamiento a cada profesión".

—Estoy aquí —continuó en voz alta— para formularle una pregunta que llega a las raíces de sus milagrosos instrumentos. Dígame, Mr Bowles, ¿vamos a permitir que esta magia se desvanezca? —y recorrió con su bastón toda la tienda.

Al no encontrar respuesta, siguió con vivacidad:

—En Notting Hill hemos sentido hasta la médula el mágico misterio de su profesión. Y ahora Notting Hill vive amenazada.

—¿Desea algo más, señor? —preguntó el boticario.

—Pues —dijo Wayne—, pues, ¿qué expende una botica? Quinina, creo. Gracias. ¿Vamos a permitir que todo esto se destruya? He conocido a los hombres de Bayswater y North Kensington, y todos ellos, Mr Bowles, son materialistas. No aprecian la menor magia en su trabajo, ni siquiera cuando les concierne de forma directa. Creen que el boticario es un ser cualquiera. Lo consideran humano.

Pareció que el boticario hacía una pausa, muy breve, para encajar el insulto, y sin más demora dijo:

—Dígame si se le ofrece algo más, por favor.

—Alumbre —dijo desesperado el Preboste—. Ya concluyo. En este barrio, en éste y nada más que en éste, se reverencia su sacerdocio. Por lo tanto, al luchar por nosotros, no lucha tan sólo por su bien, sino además por todo cuanto usted representa. No lucha sólo

por Notting Hill, sino además por el País de las Hadas, pues, cuanto más se afianza el poder de Buck y Barker y hombres de ese pelaje, el sentimiento de País de las Hadas se desvanece de un modo incomprensible.

—¿Alguna otra cosa, señor? —preguntó Mr Bowles con inquebrantable cordialidad.

—Pues, sí, pildoras, talco, magnesia. El peligro es inminente. Y yo siento que lucho no sólo por mi propio barrio (aunque a él le debo toda mi sangre), sino también por todos los lugares en los que podrían imponerse ideas tan excelsas. No lucho solamente por Notting Hill, sino también por Bayswater y por North Kensington. Ya que si los buscadores se salen con la suya, también esos barrios quedarán despojados de sus ancestrales sentimientos y de todo el misterio de su alma nacional. Sé que puedo contar con usted.

—Claro que sí, señor —dijo el boticario con sumo entusiasmo—. Nada nos complace más que satisfacer los pedidos de un buen cliente.

Adam Wayne salió de la botica con una profunda sensación de satisfacción en el alma.

—Es una bendición —se dijo— tener tacto, ser capaz de entender talentos y especialidades dispares, desde el cosmopolitismo del bodeguero hasta la ancestral nigromancia del boticario. ¿Qué sería de mí sin tacto?

CAPÍTULO 2

EL ORIGINAL MR TURNBULL

Sin embargo, tras entrevistarse con otros dos tenderos, la confianza del patriota en su diplomacia psicológica empezaría a mermar ligeramente. A pesar de la atención que prestaba a la sustancia y la gloria de cada uno de los establecimientos, sus propietarios no respondían como esperaba. Wayne no sabía si deducir que su actitud se debía a un velado resentimiento contra el no iniciado por entrometerse en su masónica magnificencia.

Su entrevista con el hombre de la tienda de antiguallas había tenido un principio alentador. Es más, el hombre de la tienda de antiguallas lo dejó encantado con una frase. De pie ante la puerta de su tienda, el rostro arrugado y la barba gris y puntiaguda, aquél era, evidentemente, un caballero venido a menos.

—¿Cómo va su comercio, singular centinela del pasado? —le preguntó Wayne con afabilidad.

—No muy bien, señor, la verdad sea dicha —le respondió el otro con el típico tono, pausado y desgarrador donde los haya, de la gente de su oficio—. Reina una quietud estremecedora.

Los ojos de Wayne resplandecieron súbitamente.

—Grandes palabras —dijo—, dignas de un hombre cuya mercancía es la historia humana. Quietud estremecedora: tal es, en dos palabras, el espíritu de nuestra época, espíritu que yo percibo desde la cuna. A veces me pregunto cuántos se sentirán oprimidos por esta conjunción entre quietud y estremecimiento. Veo calles blancas y bien ordenadas, y hombres de negro circulando inofensivamente, malhumorados. Pasa un día y luego otro, y no pasa nada. Yo siento, en cambio, como si todo fuese un sueño del que me puedo despertar gritando. Para mí, la rectitud de nuestra vida es la de una fina cuerda tensada al máximo. Está estremecedoramente quieta. Puede estallar como un trueno. Y usted, que vive entre los escombros de las grandes guerras, usted que vive, por decirlo de algún modo, en un campo de batalla, sabe que la guerra era menos estremecedora que esta maligna paz; usted sabe que los gaudules que empuñaban espadas en tiempos de Francisco o Isabel, que el tosco hidalgo o barón que atizaba su maza en las batallas de Picardía o Northumberland, causaban quizá un ruido estremecedor, pero no estaban como nosotros, estremecedoramente quietos.

Ya fuese porque la fiabilidad de los datos y las fechas de las armas mencionadas le había suscitado un leve problema de conciencia, ya por su franco abatimiento, lo cierto es que el centinela del pasado empezó a dar signos de preocupación.

—No creo, sin embargo —continuó Wayne—, que este espantoso silencio de la modernidad dure, si bien considero que ahora mismo va en aumento. Menuda farsa la liberalidad moderna. En esta civilización nuestra, por libertad de expresión se entiende, en términos prácticos, hablar tan sólo de cosas intrascendentes. No debemos hablar de religión, porque eso es intolerancia; no debemos hablar de pan y queso, porque eso es propio de comadres; no debemos hablar de la muerte, porque eso nos entristece; no debemos hablar del nacimiento, porque hacerlo es indecoroso. No, no puede durar. Algo ha de acabar con esta incomprensible indolencia, con este incomprensible egoísmo ensoñador, con esta incomprensible soledad de millones de individuos. Algo tiene que cambiarnos. ¿Por qué no damos usted y yo el primer paso? ¿O es que no se siente usted capaz de hacer otra cosa que velar reliquias?

Poco a poco, la expresión del tendero se fue haciendo más diáfana, tanto que cuantos no simpatizaban con la causa del León Rojo podrían haber pensado que la última frase de Wayne era la única que había entendido.

—Ya soy demasiado viejo para cambiar de oficio —dijo—. Además, tampoco sé a qué otra cosa me podría dedicar.

—¿Cómo que no sabe a qué otra cosa se podría dedicar? —dijo Wayne ya en el clímax de su sutil poder de persuasión—. ¿Por qué no a ser coronel?

Lo más probable es que los resultados desalentadores de la entrevista empezasen a hacerse notar en ese momento. Al principio, el tendero optó por tomar la sugerencia de convertirse en coronel como un elemento completamente extraño al asunto tratado. Luego, la larga exposición de Wayne sobre la inevitable guerra de independencia seguida de la compra de una espada del siglo xvi de dudosa autenticidad y a un precio desorbitado devolvieron las aguas a su cauce. Con todo, Wayne salió del establecimiento un poco contagiado por la melancolía de su dueño.

La melancolía se consumó en el local del barbero.

—¿Un afeitado, señor? —preguntó aquel artista desde el interior de su establecimiento.

—¡Guerra! —contestó Wayne ante el umbral.

—¿Dispense? —dijo el barbero con voz cortante.

—¡Guerra! —dijo Wayne efusivamente—. Pero no por nada que no se compadezca con las bellas artes civilizadas. Guerra por la hermosura. Guerra por la sociedad. Guerra por la paz. Se le presenta una gran ocasión de repeler al calumniador que, despreciando a gran número de artistas, tacha de cobardes a los que embellecen y acicalan la superficie de nuestras vidas. ¿Por qué no pueden ser héroes los peluqueros? ¿Por qué no...?

—Lárguese de aquí ahora mismo —prorrumpió encolerizado el barbero—. En este local no queremos saber nada de los de su calaña. Fuera de aquí —gritó cruzando su puerta con la frenética irritación de una persona pacífica que monta en cólera.

Adam Wayne se llevó la mano a la espada, pero en seguida la apartó.

—Notting Hill va a tener necesidad de sus hijos más intrépidos —dijo, y se encaminó cabizbajo hacia la juguetería.

Era una de esas curiosas tenduchas que proliferan en las calles secundarias de Londres, llamadas jugueterías sólo porque los juguetes son lo más visible entre todos los otros artículos, cuyo espectro parece abarcar todo cuanto en el mundo existe: tabaco, cuadernos, golosinas, folletines, sujetapapeles y sacapuntas, cordones para zapatos y petardos de tres al cuarto. Ésta vendía además prensa, y junto a la entrada había expuesta una serie de carteles amarillentos.

—Me temo —dijo Wayne según entraba en el local— que no abordo a los comerciantes como debiera. A lo mejor no hago suficiente hincapié en el pleno sentido de su deber ¿O será que cada una de estas tiendas guarda un secreto que un simple poeta no puede descubrir?

Se acercó abatido hasta el mostrador, pero se sobrepuso no bien empezó a hablar con el hombre que tenía enfrente: un tipo de estatura baja, cabello prematuramente canoso y aspecto de niño grande.

—Señor —dijo Adam Wayne—, estoy visitando cada casa de esta calle nuestra con el empeño de anunciar el peligro que se cierne sobre nuestra ciudad. Pero aquí, más que en cualquier otro lugar, comprendo lo arduo de mi tarea. Pues el propietario de una tienda de juguetes vive rodeado de todo lo que nos quedó del Edén después del estallido de las primeras guerras. Usted pasa aquí el día meditando sobre la pérdida de aquellos tiempos

maravillosos, cuando cada escalera conducía a las estrellas y cada sendero al extremo opuesto de ninguna parte. ¿Considera usted una insensatez por mi parte batir el antiguo tambor negro del peligro en el Paraíso de los Niños? Sólo le pido que se pare a pensarlo un momento y que no me condene de antemano. Hasta este Paraíso ha llegado el rumor del peligro que nos acecha, tal como el Edén, creado para la perfección, fue acechado por el terrible árbol. Juzgue si no a la infancia, incluso a través del arsenal de objetos gozosos que usted aquí le cobija. Posee usted cubos, lo que lo convierte, sin la menor duda, en testimonio de que el instinto constructivo precede al destructivo. Posee usted muñecas, lo que lo convierte en el sacerdote de esa divina idolatría. Posee usted el arca de Noé, con lo que perpetúa la memoria de la salvación de cada vida como el bien precioso e insustituible que es. Pero ¿posee usted solamente, señor mío, los símbolos de esta prehistórica cordura, de esta infantil racionalidad terrestre? ¿No poseerá cosas más portentosas? ¿No contienen las cajas que veo en esa vitrina soldaditos de plomo? Pues bien, ¿no son ellos testimonio de ese terror y esa belleza, de ese anhelo de una muerte hermosa que ni siquiera puede excluirse en la inmortalidad del Edén? No desprecie usted los soldaditos de plomo, Mr Turnbull.

—No los desprecio —dijo lacónica pero enfáticamente Mr Turnbull, el de la tienda de juguetes.

—Me complace oírlo —respondió Wayne—. Le confieso mis temores de que la imponente inocencia de su oficio fuese un impedimento para mis planes militares. ¿Cómo, me preguntaba a mí mismo, cómo va a poder este hombre, únicamente acostumbrado a las espadas de madera causantes de dicha, pensar en las espadas de acero causantes de dolor? Sin embargo, ya me siento más tranquilo. Su tono me sugiere que al menos puedo contar con una puerta de acceso a su País de las Hadas, con una puerta de entrada a los soldados, pues no puedo negar... no, señor, ya no puedo negarle que estoy aquí para hablar de soldados. Permita que su amable empleo le inspire misericordia por los problemas del mundo. Permita que su argentina experiencia acabe con la imperiosidad de nuestras tribulaciones. Porque Notting Hill está en guerra.

El pequeño tendero de la juguetería dio un respingo y descargó sus regordetas manos contra el mostrador como si fuesen dos abanicos.

—¿Guerra? —exclamó—. ¡No me lo puedo creer! ¿Lo dice en serio, señor? ¡Ah, qué fantástico! ¡Ah, qué espectáculo para mis ojos doloridos!

A Wayne casi lo desconcertó su reacción.

—Estupendo —balbuceó—. No sabía que... —dijo, apartándose justo a tiempo para esquivar a Mr Turnbull, que de un salto salió del mostrador y fue corriendo a la entrada de la tienda.

—Fíjese en esto, señor —dijo—. Fíjese.

Había vuelto con dos de los amarillentos carteles que ondeaban fuera de la tienda.

—Mire aquí, señor —dijo, y los extendió sobre el mostrador.

Wayne, inclinándose, leyó en el primero:

"FIN DE LOS COMBATES
SOMETIDA LA PRINCIPAL CIUDAD DERVICHE
NOTABLE ACTUACIÓN, ETC."

Y en el segundo:

"ANEXADA LA ÚLTIMA REPÚBLICA PEQUEÑA SE RINDE LA CAPITAL DE NICARAGUA DESPUÉS DE UN MES DE LUCHA GRAN CARNICERÍA".

Wayne siguió inclinado sobre los carteles, evidentemente perplejo. Luego se fijó en las fechas. Ambos databan del mes de agosto de quince años antes.

—¿Por qué conserva estas antiguallas? —dijo pasmado por el efecto de su absurdo tacto místico—. ¿Por qué las tiene expuestas fuera de su tienda?

—Porque —dijo el otro con llaneza— son anales de la última guerra. Acaba usted de mencionar la guerra. Da la casualidad de que es mi pasatiempo.

Wayne elevó sus enormes ojos azules con pueril asombro.

—Acompáñeme —dijo en seguida Turnbull, y lo hizo pasar a la trastienda.

En el centro de la habitación había un enorme tablero de madera sobre el que se amontonaban filas y más filas de los diminutos soldaditos de plomo que formaban parte de las existencias del tendero. El visitante no habría reparado siquiera en ellos de no ser por la curiosa colocación de algunos, que no parecían destinados a la venta ni estar así por pura casualidad.

—Seguramente conoce usted bien —dijo Turnbull volviéndose con los ojos muy abiertos hacia Wayne—, la disposición de las tropas norteamericanas y nicaragüenses en la última batalla—. Y extendió una mano sobre el tablero.

—Me temo que no —dijo Wayne—. Yo...

—Ah, quizá se hallaba usted entonces demasiado pendiente del caso derviche. Puede verlo en el rincón de allá— y señaló hacia un lado del suelo lleno de soldaditos.

—Por lo que veo —dijo Wayne—, le interesan a usted los temas militares.

—Es lo único que me interesa —respondió tajante el tendero de la juguetería.

A Wayne lo sobrecogía una sensación nueva e inefable.

—Si es así —dijo—, puedo dirigirme a usted con más confianza. En lo relativo a la defensa de Notting Hill, yo...

—¿La defensa de Notting Hill? Claro, señor. Por aquí, tenga la bondad —dijo un Turnbull muy agitado—. Pase a este cuarto —y sin más dilación condujo a Wayne a otra estancia, donde había una mesa repleta de cubos de construcción para niños. Tras una segunda ojeada, Wayne comprobó que la disposición de los cubos reproducía un plano preciso y perfecto de Notting Hill.

"Señor —dijo Turnbull con ampulosidad—, el azar ha querido que descubriese usted el secreto de mi vida. Conocí en mi infancia las últimas guerras del mundo, la de ocupación de Nicaragua y la del exterminio de los derviches. Yo, señor, convertí entonces la guerra en mi pasatiempo, igual que otros se dedican a la astronomía o la disección de aves. No le deseaba mal a nadie, sino que me interesaba la guerra como ciencia, como juego. De repente, sin embargo, todo cambió. Las grandes Potencias del mundo, tras devorarse a todas las pequeñas, firmaron ese maldito tratado y ya no hubo más guerras. No me quedaba nada que hacer aparte de esto: leer las crónicas de las antiguas campañas en periódicos amarillentos y ajados y reconstruirlas con soldaditos. Aunque también me pasó otra cosa. Se me ocurrió que podía ser divertido trazar un plan de defensa de este distrito nuestro por si alguna vez lo atacaban. Por lo que veo, a usted también le interesa.

—Por si alguna vez lo atacaban —repitió Wayne casi maquinalmente—. Mr Turnbull, lo están atacando. Gracias al cielo, puedo traer al menos a un ser humano la noticia que para todo hijo de Adán es en el fondo la única que puede ser buena. Su vida no ha sido inútil. Su obra no ha sido un juego. Ahora, con el pelo ya gris, Turnbull, vivirá usted su

juventud. Dios no se la había quitado, sólo quiso aplazarla. Sentémonos y explíqueme este plano militar de Notting Hill. Pues, juntos usted y yo, tenemos que defender Notting Hill.

Mr Turnbull permaneció un instante mirando a Wayne, titubeó, y por fin se sentó al lado de los cubos y del extraño. Y así, sentado, siguió siete horas, hasta que rompió el alba.

El cuartel general del Preboste Adam Wayne y de su Comandante en Jefe estaba emplazado en una pequeña y poco concurrida lechería de la esquina de Pump Street. La lívida alba no había hecho más que romper sobre los blanquecinos edificios londinenses, cuando Wayne y Turnbull pudieron ser vistos en la oscura y desaseada tienda. Wayne tenía un no sé qué de femenino; era de esos que se saltan las comidas cuando los absorbe algo que tienen entre manos. En las últimas dieciséis horas no había probado bocado, salvo algún vaso de leche que apuraba a toda prisa. Ahora, a una velocidad inaudita y flanqueado por un vaso vacío, escribe y rasga y marca y tacha a lápiz un papel. Turnbull, por su parte, pertenecía a ese tipo más masculino cuyo apetito se ve incrementado por el sentido de la responsabilidad, y ahora, con su plano al lado, engulle con voracidad una pila de emparedados y toma una jarra de cerveza de la taberna de enfrente, que acaba de echar el cierre. Ninguno de los dos hablaba, y en aquella intensa quietud no se oía nada aparte del rasgueo del lápiz de Wayne y el chillido de un gato callejero. Hasta que Wayne rompió el silencio diciendo:

—Diecisiete libras, ocho chelines y nueve peniques.

Turnbull asintió y hundió la cabeza en la jarra.

—Eso —dijo Wayne— sin contar las cinco libras que te llevaste ayer. ¿Qué has hecho con ellas?

—Una cosa muy interesante —respondió Turnbull con la boca llena—. Esas cinco libras las he invertido en una obra generosa y filantrópica.

Wayne trataba de sondear la sospechosa e inocente mirada de Turnbull.

—He invertido esas cinco libras —siguió Turnbull— en sacar a pasear a no menos de cuarenta niños londinenses en elegantes coches de punto.

—¿Has perdido el juicio? —le preguntó el Preboste.

—En absoluto, no he hecho más que aportar un toque personal —le contestó Turnbull—. Esos elegantes paseos darán distinción, sí, digo bien, distinción, querido camarada, a nuestros jóvenes londinenses; y ensancharán sus horizontes, fortalecerán su sistema nervioso, los familiarizará con los distintos monumentos públicos de nuestra gran ciudad. Educación, Wayne, educación. Abundan ejemplos de excelsos pensadores que han señalado que de nada valen las reformas políticas si no se cultiva a la plebe. De modo que dentro de veinte años, cuando estos chicos ya sean mayores...

—¡Loco! —dijo Wayne soltando el lápiz—. Has desperdiciado cinco libras.

—Estás en un error —explicó Turnbull—. Las criaturas serias como tú son incapaces de entender que el absurdo y las buenas comidas lo hacen todo más llevadero. Digo más, aun sin el factor ornamental, mi idea sigue siendo un acierto. Anoche entregué cuarenta medias coronas a cuarenta chiquillos y los mandé por Londres a tomar elegantes coches de punto. Dije a todos que pidiesen al cochero que los trajese de vuelta aquí. Dentro de media hora la declaración de guerra estará hecha. Según los coches de punto vayan llegando, tú te encargarás de ordenar las huestes, los chicos se enardecerán, requisaremos los caballos para formar la caballería, utilizaremos los coches como barricadas y obligaremos a los cocheros a elegir entre enrolarse en nuestras filas o quedar prisioneros en nuestros sótanos y nuestras cantinas. A los pequeños podemos emplearlos como expedicionarios. Lo más importante es que empecemos la guerra con una ventaja que no

poseen los otros ejércitos: los caballos. Y ahora —dijo apurando su cerveza— me voy a preparar las tropas.

Y salió de la lechería, dejando al Preboste boquiabierto.

Dos minutos después, el Preboste soltó una carcajada. En toda su vida había reído sólo un par de veces, así que se puso a reír de un modo extraño, como si se enfrentase a un arte que no dominaba. Hasta para él, aquella grotesca ocurrencia de las medias coronas y los niños era graciosa. No veía, sin embargo, la monstruosa absurdidad de todo su plan y de la guerra. Disfrutaba de aquello seriamente, como si fuese una cruzada, es decir, mucho más que con una broma. Mientras que Turnbull disfrutaba de aquello como si fuese una broma, pero también, y quizá aún más, porque subvertía todo cuanto odiaba: la modernidad, la monotonía y la civilización. Para Turnbull, destruir la vasta maquinaria de la vida moderna y utilizar sus fragmentos como armas de guerra, hacer de los coches de punto barricadas y de las chimeneas enclaves estratégicos, era un juego digno de riesgos y problemas infinitos. Porque Turnbull era de los que, racional y deliberadamente, prefieren perturbar siempre y hasta el fin la paz del mundo, y de los que, también racional y deliberadamente, prefieren una vida breve y festiva.

CAPÍTULO 3

EL EXPERIMENTO DE MR BUCK

El Rey recibió una petición formal y elocuente firmada por Wilson, Barker, Buck, Swindon y otros. Le rogaban encarecidamente que al próximo consejo a celebrarse en su presencia sobre la disposición final de la propiedad en Pump Street les permitiese acudir, sin infringir el decoro político y el indecible respeto que por él sentían, vestidos con ropa normal en sustitución del atuendo decretado para ellos en su calidad de Prebostes. Así, el grupo acudió a dicho consejo en levita, mientras que el Rey redujo su amor por la ceremonia a presentarse (según su no desacostumbrado talante) en traje de gala con la insignia de una orden, aunque no la de la liga de la Jarretera, sino la del Club de Amigos del Viejo Clíper, que había obtenido (con dificultad) de una publicación infantil de medio pelo. De modo que el único toque de color lo aportaba a la sala Adam Wayne, quien muy dignamente había acudido con su gran toga roja y la enorme espada.

—Nos hemos reunido para tomar una decisión sobre el más complejo de los problemas modernos. Confiemos en llegar a buen puerto— dijo Auberon, y acto seguido se sentó con gesto grave.

Buck volvió ligeramente su silla y cruzó las piernas.

—Majestad —dijo Buck con sorna—, lo único que no entiendo es qué nos impide zanjar el caso en un periquete. Hay una pequeña propiedad que nosotros valoramos en mil y por la que nadie daría cien. Nosotros ofrecemos esos mil. Sé muy bien que no es un negocio muy rentable, porque deberíamos conseguirla por menos, ni nos parece razonable ni equitativo, así que pregunto, ¡diantres!, cuál es el problema.

—El problema se explica con la mayor facilidad —dijo Wayne—. Ni aunque ofreciesen ustedes un millón tendrían Pump Street.

—Oiga, Mr Wayne —arremetió Barker con medida exaltación—. Óigame bien. No tiene usted derecho a actuar así. Tiene derecho a pujar por un precio más alto, pero usted no puja, sino que rechaza lo que para usted mismo y para cualquier hombre en su sano juicio es una oferta espléndida sólo por malevolencia o despecho; sí, lo hace sólo por malevolencia o despecho. Y eso es a todas luces delictivo, ya que atenta contra el interés público. El Gobierno del Rey tendría motivos de sobra para disuadirlo a la fuerza.

Con sus finos dedos extendidos sobre la mesa, Barker miró con ansia a Wayne, que permanecía impertérrito.

—Para disuadirlo... a la fuerza —repitió.

—Y eso hará —exclamó Buck con brusquedad y volviéndose de súbito hacia la mesa—. Hemos hecho todo lo posible por proceder con decencia.

Wayne elevó sus grandes ojos con lentitud.

—¿Ha sido Lord Buck quien ha dicho que el Rey de Inglaterra "hará" algo?— preguntó.

Buck se sonrojó y contestó enfurruñado:

—Quería decir que, si quiere... si lo estima conveniente... Acabo de decir que hemos hecho todo lo posible por ser generosos. Desafío a cualquiera a que lo desmienta. No quiero, Mr Wayne, mostrarme descortés con usted, pero permítame decirle que su sitio está en la cárcel. Pues parar unas obras públicas por un antojo es un delito. Si no, con el mismo derecho que usted se arroga, cualquiera podría quemar diez mil cebollas en su jardín trasero o mandar a sus hijos a correr desnudos por la calle. Otros han sido forzados

a vender antes que usted. El Rey podría forzarlo, como espero que haga.

—Mientras no lo haga —dijo Wayne con calma—, el poder y el Gobierno de esta gran nación me asisten a mí y no a usted, y yo lo desafío a que los desafíe.

—¿En qué sentido —preguntó Barker con ojos y manos febriles— lo asiste a usted el Gobierno?

Con gesto enérgico, Wayne desenrolló un enorme pergamino sobre la mesa. Sus lados estaban ornados con estrafalarios dibujos a acuarela de sacristanes con coronas y guirnaldas.

—El Fuero de las Ciudades —empezó.

Buck lanzó una blasfemia brutal y se echó a reír.

—¡Otra vez ese juego de orates! ¿Es que nunca va a parar...?

—Usted —le replicó Wayne irguiéndose y con voz de trompeta—, se para allí, sin más argumento que el de insultar al Rey en su propia cara.

Buck también se puso de pie con ojos que echaban chispas.

—A mí no se me intimida así como así —empezó, pero de repente las pausadas palabras del Rey sonaron con incomparable gravedad:

—Lord Buck, he de recordarte que estás en presencia de tu soberano. El Rey no suele precisar protección entre sus súbditos.

Barker se volvió hacia él haciendo gestos crispados.

—Por el amor de Dios, no respaldéis ahora a este chiflado —le imploró—. Dejad vuestros juegos para otro momento. ¡Cielo santo...!

—Lord Preboste de South Kensington —dijo el Rey Auberon con firmeza—. No comprendo el sentido de tus palabras, que formulas a una velocidad inhabitual en la corte. Sabe, además, que tu bienintencionado empeño de rubricarlas agitando los dedos tampoco me esclarecen nada. Decía que el Lord Preboste de North Kensington, a quien me dirigía, no debe hablar irrespetuosamente de las disposiciones reales en presencia de su soberano. ¿Discrepas?

Barker se movió impaciente en su silla y Buck lanzó una maldición para sus adentros. El Rey continuó, con tono satisfecho:

—Lord Preboste de Notting Hill, prosigue. Wayne volvió sus ojos azules hacia el Rey, ojos que, para sorpresa de todo el mundo, no lucían triunfales, sino afligidos como los de un niño.

—Lo lamento, Majestad —dijo—. Temo ser merecedor de una reprimenda igual o mayor que la recibida por el Lord Preboste de North Kensington. Debatíamos con cierto ardor y los dos nos hemos levantado de nuestros asientos. Me avergüenza decir que yo lo hice primero. Así pues, comparativamente hablando, el Preboste de North Kensington es inocente. Ruego a Vuestra Majestad que me reprenda a mí antes que a nadie. Mr Buck no está falto de culpa, pues sin duda, en el calor del momento, ha hablado sin respeto. Pero soy de la opinión de que la discusión la ha sabido llevar luego con enorme temple.

Buck, ingenuo como todos los hombres de negocios, que por lo mismo comulgan con los fanáticos, parecía sinceramente complacido. El Rey, en cambio, parecía avergonzado por primera vez en su vida.

—Tan amables palabras del Preboste de Notting Hill —empezó con simpatía Buck —son para mí prueba de que finalmente se ha entablado entre nosotros una relación amistosa. Sea, Mr Wayne. Le han sido ofrecidas quinientas libras por una propiedad que, según usted mismo reconoce, no vale cien. Bien, soy un hombre rico y no voy a escatimar en

generosidad. Digamos quince mil libras y no se hable más. Démonos ahora un apretón de manos— y sin más se puso de pie alborozado y risueño.

—¿Quince mil libras? —susurró Mr Wilson de Bayswater—. ¿Y de dónde las vamos a sacar?

—Yo pagaré los platos rotos —dijo Buck con entusiasmo—. Mr Wayne es un caballero y ha salido en mi defensa. Supongo, pues, que podemos dar por cerradas las negociaciones. Wayne hizo una reverencia.

—Sí, ya están cerradas. Lamento no poder venderle la propiedad.

—¿Cómo? —gritó Mr Barker poniéndose de pie de un salto.

—Mr Buck ha hablado correctamente —dijo el Rey.

—Así es, así es —exclamó Buck dando también un brinco—. He dicho...

—Mr Buck ha hablado correctamente —dijo el Rey—. Las negociaciones están cerradas. Todos los hombres de la mesa se pusieron de pie; Wayne fue el único que se levantó parsimoniosamente.

—¿Tengo, pues —dijo—, la venia de Vuestra Majestad para retirarme? He dicho mi última palabra.

—La tienes —dijo Auberon sonriendo pero sin apartar la vista de la mesa. Y, en medio de un profundo silencio, el Preboste de Notting Hill salió de la sala.

—¿Y ahora qué? —dijo Wilson volviéndose hacia Barker—. ¿Y ahora qué?

Barker, desesperado, sacudió la cabeza.

—El sitio de ese hombre es el manicomio —dijo—. De todas formas, una cosa ha quedado clara: ya podemos olvidarnos de él. Sabemos que está loco.

—Desde luego —dijo Buck volviéndose resuelto pero triste hacia Barker—. Está usted cargado de razón, Barker. No es un mal muchacho, pero hay que considerarlo loco. No le demos más vueltas. Los ciudadanos de cualquier ciudad y cualquier médico sabrían qué opinar de alguien que ha recibido una oferta de quince mil libras por una propiedad cuyo valor no excede las cuatrocientas, y que encima, al ser preguntado por el motivo de su rechazo, invoca la inviolable santidad de Notting Hill, o Montaña Sagrada, como él la llama. ¿O es que no nos apoya el sentido común? ¿Cuál otra puede ser la base de las leyes? Por todo ello, Barker, dejémonos de discusiones y pasemos a la acción. Que los obreros vayan en seguida a devastar Pump Street. Y, si el bueno de Wayne dice una sola palabra, lo arrestamos por lunático. Eso es todo.

Los ojos de Barker se encendieron.

—Permítame decirle, Buck, que siempre he visto en usted a un hombre de gran pundonor. Cuente conmigo.

—Y conmigo, por supuesto —dijo Wilson.

Buck se volvió a poner de pie con ímpetu.

—Majestad —dijo radiante de popularidad—, os suplico que deis vuestra aprobación al proyecto en que estamos embarcados. Ni vuestra indulgencia ni nuestras ofertas han convencido a aquel hombre singular. A lo mejor tiene razón. A lo mejor es Dios. A lo mejor es el diablo. Pero para nosotros, a efectos prácticos, lo más probable es que le falte un tornillo. A menos que esa presunción se dé por buena, todos los asuntos humanos se irán al garete. Nosotros la damos por buena, y proponemos que las obras en Notting Hill empiecen sin demora.

El Rey se reclinó en su silla.

—El Fuero de las Ciudades... —dijo con ampulosidad.

Pero Buck, recuperada la seriedad, quería ser también cauto y no incurrir de nuevo en el error de mostrarse irrespetuoso.

—Majestad —dijo inclinándose—, no he venido aquí a manifestar nada en contra de lo que hayáis dicho o hecho. Sois infinitamente más cultivado que yo, y no dudo de que cuanto hacéis o decís tiene un fundamento intelectual. Sin embargo, permitid que, apelando a vuestra conocida gentileza, os pida una respuesta sincera. En vuestra concepción del Fuero de las Ciudades, ¿previsteis la aparición de un hombre como Adam Wayne? ¿Os imaginasteis que el Fuero —fuese éste experimento, proyecto decorativo o juego— podría tener estas consecuencias? ¿Que impidiese un vasto plan de negocios, que parase una avenida, que malograrse el flujo de coches de punto y ómnibus y el surgimiento de estaciones de tren? En una palabra, ¿que por su culpa media ciudad se convierta en un desbarajuste capaz de exponernos a algo como una guerra civil? Sean cuales fueran vuestros propósitos, ¿eran éstos?

Barker y Wilson miraron con admiración a Buck; el Rey, por su parte, lo miró aún con más admiración.

—Preboste Buck-dijo Auberon—, hablas en público de forma soberbia. Te reconozco esa virtud con la magnanimidad de un artista. En mi Fuero no prevé la aparición de Mr Wayne. ¡Ojalá mis poderes poéticos hubiesen llegado hasta allí!

—Os lo agradezco, Majestad —dijo Buck cortés pero rápidamente—. Las palabras de Vuestra Majestad son siempre claras y ecuánimes. Me atreveré, pues, a sacar una conclusión. Si el plan, cualquiera que fuese, al que os habéis entregado en cuerpo y alma no contemplaba la aparición de Mr Wayne, la supresión de éste no ha de ser óbice para su continuación. ¿Por qué, pues, no despejar la mentada Pump Street, que interfiere en nuestros proyectos, pero, como vos mismo habéis reconocido, no lo hace en los vuestros?

—¡Fuera de combate! —dijo el Rey con pasivo entusiasmo, como si estuviese siguiendo un partido de cricket.

—Nuestro Wayne —continuó Buck— sería encerrado por cualquier médico de Inglaterra. Sin embargo, lo único que nosotros pedimos es que se le someta a cuidados. Mientras, las obras de mejora en Notting Hill no perjudicarán los intereses de nadie, con toda probabilidad ni siquiera los de él. No serán perjudicados los nuestros, claro está, pues llevamos invertidos diez años de complicada y silenciosa labor. Ni tampoco los de Notting Hill, pues el cambio es deseado por casi todos sus moradores instruidos. Ni los de Vuestra Majestad, pues decís, con buen tino, que no habíais previsto la aparición de ese lunático. Ni, como ya he dicho, los del propio Wayne, siendo, como es, hombre de buen corazón y notables dotes al que un par de médicos expertos lo enderezarán seguramente mejor que todas las ciudades libres y las montañas sagradas de nuevo cuño. Así pues, doy por sentado, si se me consiente emplear tan osada expresión, que Vuestra Majestad no pondrá ningún reparo para la continuación de las mejoras.

Y Mr Buck se sentó entre suaves pero emotivos aplausos de los aliados.

—Buck —dijo el Rey—, te eximo del título de necio tras esta manifestación de pensamientos hermosos y sagrados. Ahora bien, hemos de tener en cuenta un factor más. Supón que mandas a tus obreros y que Mr Wayne comete una acción indudablemente deplorable, pero de la cual, lamento decirlo, me parece perfectamente capaz; a saber, que enseña los dientes.

—Ya lo he tenido en cuenta, Majestad —dijo Mr Buck con aplomo—, y creo que es fácil precaverse. Mandemos una fuerte guardia de, digamos, cien hombres, cien de esos alabarderos de North Kensington (Buck sonrió con sarcasmo) por los que Vuestra Majestad siente tanto afecto. O digamos ciento cincuenta. Dudo de que toda la población

de Pump Street esté integrada por más de cien individuos.

—Lo que no impide que se unan todos y os den una buena zurra —dijo dubitativo el Rey.

—Pues digamos doscientos —dijo Buck alegremente.

—Tampoco hay que descartar —dijo el Rey sin dar su brazo a torcer— que uno de Notting Hill sea mejor luchador que dos de North Kensington.

—No lo descartemos —dijo Buck fríamente—. Digamos, entonces, doscientos cincuenta. El Rey se mordió el labio.

—¿Y si también los derrotan? —dijo implacable.

—Majestad —dijo Buck arrellanándose en su silla—, supongamos que lo consiguen. Es evidente, sin embargo, que todo lo relacionado con la lucha se reduce a una simple operación aritmética. Pues bien, digamos que Notting Hill dispone de ciento cincuenta soldados. O de doscientos. Si uno de ellos puede enfrentarse a dos de los nuestros, enviamos entonces no cuatrocientos, sino seiscientos y acabamos con ellos. Así de simple. No existe la menor probabilidad de que uno de ellos pueda con cuatro de los nuestros. Lo que sugiero, pues, es que no corramos riesgos y que cortemos por lo sano. Enviemos ochocientos hombres y terminemos con Wayne, terminemos con él como quien no quiere la cosa. Y sigamos con las obras de mejora.

Y Mr Buck sacó una pañoleta y se sonó la nariz.

—Verás, Buck —dijo el Rey mirando apesadumbrado la mesa—, la admirable claridad de tu razonamiento hace que brote en mí el deseo, lo digo sin ánimo de ofenderte, de soltarte un puñetazo. Me irritas de una manera sublime. ¿Qué me estará pasando? ¿Será un vestigio de sentido moral?

—Pero, Majestad —dijo Barker con impaciencia pero manteniendo las formas—. ¿No iréis a rechazar nuestras propuestas?

—Mi querido Barker, vuestras propuestas son tan abominables como tus modales. No quiero tener nada que ver con ellas. Supón que prohíbo las obras. ¿Qué pasaría?

Barker respondió en voz muy baja:

—Que sería la revolución.

El Rey echó una rápida ojeada a los hombres sentados a la mesa. Todos callaban, con la mirada gacha y la frente encarnada.

Se levantó de sopetón y pálido como nunca se le había visto.

—Caballeros —dijo—, me habéis desautorizado. Por consiguiente, puedo hablar con franqueza. Adam Wayne, que está como una chota, vale un millón de veces más que vosotros. Pero, lo admito, la fuerza es vuestra, y también el sentido común, mientras que él está perdido. Recurrid a ochocientos alabarderos y acabad con él. Aunque sería más caballeroso recurrir a doscientos.

—Más caballeroso —dijo Buck con gesto serio—, pero mucho menos humano. Nosotros no somos artistas y las calles teñidas de sangre no nos deleitan la vista.

—Qué pena —dijo Auberón—. Si quintuplicáis o sextuplicáis su número, no habrá lucha.

—Eso espero —dijo Buck poniéndose de pie y ajustándose los guantes—. No queremos que haya lucha, Majestad. Somos pacíficos hombres de negocios.

—Bien —dijo hastiado el Rey—, aquí concluye definitivamente la audiencia.

Y salió de la sala sin dar tiempo a que los otros se moviesen de su sitio.

Cuarenta obreros, cien alabarderos de Bayswater, doscientos de South Kensington y trescientos de North Kensington se congregaron en la parte baja de Holland Walk, desde donde, al mando de un Barker radiante y feliz en su uniforme, emprendieron la marcha.

Al final del pelotón, una figura pequeña y nerviosa no paraba de dar saltos como un chiquillo. Era el Rey.

—Barker —dijo al fin en tono suplicante—, eres un viejo amigo. Tú entiendes mis aficiones como yo las tuyas. ¿Por qué no te olvidas de esto? Yo esperaba pasármelo en grande con el asunto Wayne. Anda, ¿por qué no lo olvidas? A ti te da igual que haya una calle más o menos. Para mí, en cambio, es un gozo que podría librarme del pesimismo. Ve con menos hombres y concédeme una hora de distracción. Te soy sincero, James: si tú coleccionases monedas o colibríes y yo pudiese comprar un ejemplar que costase lo que tu calle, lo haría. Yo colecciono sucesos, hechos singulares y preciosos. Te puedo dar unas libras. Concede a los de Notting Hill una oportunidad. Abandónalos a su suerte.

—Auberon —dijo Barker con simpatía y olvidándose de todos los títulos reales en un raro momento de sinceridad—, comprendo tus sentimientos. En alguna ocasión me he dejado arrastrar por tus caprichos. En alguna ocasión he simpatizado con tu humor. Y en alguna ocasión, por increíble que te parezca, he simpatizado con la locura de Adam Wayne. Pero el mundo, Auberon, no gira al impulso de los caprichos, sino de la brutal rueda de los hechos. En esa rueda tú vienes a ser una mosquita y Wayne un moscardón.

Auberon miró a Barker directamente a los ojos.

—Gracias, James. Todo lo que dices es verdad. Aunque no creas que me consuela mucho saber que la inteligencia de la mosca apenas supera la de la rueda. Pero está en la naturaleza de la mosca morir pronto, mientras que la rueda es eterna. Tú sigue la rueda. Adiós, viejo amigo.

Y James Barker siguió, riendo, el color del rostro cada vez más subido y golpeándose una pierna con su bastón de bambú.

El Rey se quedó mirando la cola del regimiento tan desalentado que parecía más niño que nunca. En seguida se dio media vuelta y empezó a dar palmas.

—En un mundo sin humor —dijo—, sólo se puede comer. ¡Qué perfecta excepción! ¿Cómo osa esta gente atacar las posturas dignas y hacer como si existiese algo importante, cuando el mismo sistema que sustenta la vida demuestra lo absurda que es? Un hombre pulsa la lira y proclama: "¡Qué real y seria es la vida!", para luego encerrarse en un cuarto a inocularse sustancias raras a través de un orificio de la cabeza. Para mí que la naturaleza se ha pasado de la raya. Pero todos caemos al final en su juego, como me ha ocurrido a mí en el caso de la disputa urbana. La naturaleza tiene sus farsas, como, por ejemplo, el acto de comer o la forma del canguro para el apetito más brutal. Y tiene sus estrellas y sus montañas para los que saben comprender cosas de una ridiculez más sutil.

El Rey se volvió entonces hacia su caballerizo:

—Pero, pues he dicho "comer", ¿por qué no disfrutar de una merienda campestre como dos buenos chicos? Tráeme corriendo una mesa y una docena de platos, además de champaña a discreción, para que, bajo esta undosa enramada, Bowler, podamos retornar a la naturaleza.

Se necesitó casi una hora para preparar en Holland Lane la frugal colación del monarca, tiempo que éste aprovechó para ir de un lado a otro silbando, aunque sin alterar su aire de franca melancolía. Y es que, obligado a renunciar a un placer con el que ya contaba, sentía el vacío y el enfado del niño defraudado por un teatro de títeres. Con todo, una vez que él y su caballerizo pudieron sentarse y tomar una buena cantidad de champaña seco, poco a poco fue recuperando el ánimo.

—Las cosas duran demasiado en este mundo —dijo—. Detesto esa especulación barkeriana sobre la evolución y la modificación gradual de todo. Me hubiese gustado que

el mundo se hiciese en seis días y luego fuese destrozado en otros seis. Y me hubiese gustado ser su artífice. Hay que reconocer que la broma está bien hecha, con su sol, su luna, su imagen de Dios y todo eso, pero ya dura demasiado. ¿Alguna vez has deseado un milagro, Bowler?

—No, señor —dijo Bowler, un evolucionista de exquisita formación.

—Yo, en cambio —contestó el Rey—, paseando por una calle con el mejor puro del cosmos en la boca y más borgoña en mi interior que el que hayas podido tomar en toda tu vida, he deseado ver convertirse una farola en un elefante, para salvarme así del infierno de una existencia vacía. Hazme caso, mi evolucionista Bowler: no des crédito a quien te diga que la gente buscaba una señal y que creía en los milagros porque era ignorante. No, creía en ellos porque era sabia, cochina y vilmente sabia, demasiado sabia para tener la paciencia de comer, dormir o calzarse unas botas. Tengo la deliciosa sensación de hallarme ante una nueva teoría del origen de la Cristiandad, de suyo no poco absurda. Anda, toma un poco más de vino.

Aunque el viento soplaba en torno a su mesa, cubierta con un mantel blanco y brillantes vasos de vino, y hacía chocar entre sí las copas de los árboles de Holland Park, el sol se mostraba firme en su propósito de convertir en oro todo el verdor. El Rey apartó entonces su plato, encendió despacio un puro y continuó:

—Ayer pensaba que tal vez llegaría a conocer algo semejante a un milagro realmente divertido antes de ser pasto de los gusanos. Para mí, ver a aquel fanático pelirrojo blandiendo un espadón y arengando a sus sin par seguidores habría sido como un atisbo del País de la Juventud del que nos expulsaron las Parcas. Había planeado cosas sensacionales. Un congreso en Knightsbridge, presidido por mí, un tratado y a lo mejor un triunfo romano, con el bueno de Barker encadenado. Y ahora resulta que esos presumidos miserables se aprestan a pisotear al exquisito Wayne, para luego, supongo, internarlo en un manicomio privado, como manda su maldito código humanitario. ¡Imagínate las lindezas que obsequiará cada día a su desagradecido celador! Ojalá me dejaran desempeñar ese cargo. Pero la vida es un valle. Nunca olvides, Bowler, contemplarla bajo esa luz. Tan gracioso hábito, si no se adquiere cuando uno es joven...

El Rey calló de pronto, el puro en ristre y ojo avizor. Se quedó inmóvil durante unos segundos y de pronto volvió la cabeza hacia una alta y estrecha verja de madera que aislaba de la calle varios jardines y otros espacios. Del lado opuesto de la verja llegaban ruidos inusitados, como de forcejeos o arañazos pugnando por romper aquella celda de madera. El Rey tiró su puro y trepó a la mesa. Desde allí alcanzó a ver un par de manos que intentaban desesperadas agarrarse al extremo superior de la verja. Las manos, en un esfuerzo convulsivo, se estremecieron, y por en medio de ellas apareció una cabeza, la de un miembro de la Junta de Bayswater Town, los ojos y los bigotes despavoridos. Dio un último impulso y cayó de bruces al otro lado, sin parar de gemir. Al instante siguiente, la estrecha y resistente madera de la verja recibió un impacto como de bala y empezó a sonar cual tambor, y de encima de ella, dándose empujones e imprecando, con las ropas desgarradas, las uñas rotas y las caras ensangrentadas, salieron veinte hombres de un tirón. El Rey pegó un salto. Inmediatamente después su mesa salió despedida, lanzando botellas y copas al aire, cuyos trozos eran literalmente barridos por el torrente humano que fluía incontenible, y con aquéllos también Bowler, quien, como escribiera el Rey en un artículo de prensa que se hizo célebre, "desapareció como novia raptada". La enorme verja, tambaleante, se venció bajo el peso de los escaladores que la seguían trepando y hundiéndose. Esa artillería viviente le había hecho unos boquetes tremendos, a través de los cuales el Rey, como en un sueño, no hacía más que ver caras frenéticas de hombres que huían en estampida, hombres que componían una miscelánea salida de un cubo de

desechos humanos. Había de todo: hombres intactos o cortados, magullados y sangrantes; hombres vestidos suntuosamente o con la ropa hecha jirones y semidesnudos; hombres ataviados con las prendas de sus burlescos barrios o con el lóbrego traje moderno. El Rey se fijaba en cada uno de ellos, pero ninguno se fijaba en el Rey. De improviso dio un paso al frente.

—Barker —dijo—, ¿qué está pasando?

—¡Nos han vencido, vencido y humillado! —dijo el político, que en seguida echó a correr, con la nariz vibrando como los ollares de un caballo, seguido por una interminable riada de hombres.

Casi mientras hablaba, la única tabla de la verja que seguía en pie se inclinó y chasqueó, lanzando, como desde una catapulta, a otro individuo. Vestía el rojo chillón de los alabarderos de Notting Hill, con su arma teñida de sangre y el rostro triunfal. Al momento, una muchedumbre de rojo atravesó los boquetes de la verja, mientras sus perseguidores, con las alabardas, llegaban en tropel desde la calle. Todos, perseguidos y perseguidores, pasaban delante de la pequeña figura de ojos de lechuza, que ni siquiera se había sacado las manos de los bolsillos.

La sensación del Rey no pasaba de ser la de alguien en medio de un torrente o remolino humano. Pero entonces ocurrió algo que después nunca sabría explicar, y que nosotros no podemos explicar por él. De repente, en aquel tétrico acceso, entre las quebradas puertas de un jardín, apareció una criatura flamígera.

Era Adam Wayne, el conquistador, la cabeza hacia atrás y su cabellera como la de un león, la gran espada apuntando hacia lo alto, la roja indumentaria de su cargo batiendo como las alas rojas de un arcángel. Entonces el Rey, sin saber cómo, vio algo nuevo y sobrecogedor. Los grandes árboles verdes y las vestiduras rojas ondeaban juntos al viento. La espada parecía hecha para lucir al sol. Aquella delirante bufonada, que creara su espíritu guasón, se alzaba ahora ante él y copaba el mundo. Eso era la normalidad, la cordura, la naturaleza; y él mismo, con su racionalidad y su desapego y su levita negra, era la excepción y lo azaroso: un lunar negro en un mundo carmesí y dorado.

LIBRO IV

CAPÍTULO 1

LA BATALLA DE LAS FAROLAS

Mr Buck, que, pese a estar jubilado, acudía con frecuencia a sus grandes almacenes de lencería en Kensington High Street, cerraba en ese instante los locales, pues era el último en marcharse. Hacía una tarde espléndida, con matices verdes y dorados, aunque a él eso le era indiferente. Ahora bien, si alguien se lo hubiese señalado, Mr Buck habría asentido con convicción, porque los ricos siempre aspiran a ser artistas.

Acababa de salir al aire frío abotonándose su ligero abrigo amarillo y echaba enormes bocanadas de humo de su puro, cuando un hombre, también con abrigo amarillo pero desabotonado y los faldones al viento, se plantó ante él.

—¡Caramba, Barker! —dijo el lencero—. ¿Quería alguno de nuestros artículos de verano? Créame que lo siento, pero se ha hecho tarde. Las Leyes Fabriles, Barker. Humanidad y progreso, amigo.

—¡Ah, calle! —gritó Barker pegando una patada contra el suelo—. Hemos sido derrotados.

—¿Cómo que hemos sido derrotados? ¿Por qué? —preguntó incrédulo Buck.

—Por Wayne.

Buck no reparó en la furia de Barker hasta que la luz de la farola resaltó su palidez.

—Tomemos algo —dijo.

Fueron a una cafetería luminosa y cómoda, en uno de cuyos mullidos sillones Buck se sentó despaciosamente y en seguida extrajo su cigarrera de un bolsillo.

—¿Fuma? —dijo.

Barker seguía de pie sin ocultar su irritación, y al fin, tras un momento de vacilación, tomó asiento, pero como si fuese a levantarse en seguida. Pidieron algo de beber.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Buck fijando en Barker su enérgica mirada.

—¿Y cómo quiere que lo sepa? —gritó Barker. Todo fue como..., como un sueño. ¿Cómo es posible que doscientos hombres derroten a seiscientos? ¿Cómo lo han podido hacer?

—Bueno —dijo Buck fríamente—, cuénteme cómo actuaron. Supongo que eso sí lo sabrá.

—Pues no. No puedo describirlo —dijo Barker tamborileando la mesa con los dedos—. Diría que todo fue más o menos así. Nosotros éramos seiscientos, sin más armas que esos malditos hachones de Auberón. Marchábamos de dos en dos. Subimos por Holland Walk, entre las altas verjas que a mis ojos se lanzaban rectas como una flecha hacia Pump Street. Yo estaba casi en la zaga de la larga columna. Cuando el final de la columna andaba aún por entre las altas verjas, la cabeza ya cruzaba Holland Park Avenue. Luego la cabeza se adentró en el dédalo de callejuelas de la parte opuesta, mientras el final de la columna y yo mismo llegábamos a la encrucijada. Pero cuando también nosotros alcanzamos el flanco norte y doblamos una callejuela que, haciendo eses, sale a Pump Street, todo cambió. Las calles se apretujaban y retorcían tanto que la cabeza de nuestra formación parecía completamente perdida: igual podía estar en Norteamérica. Y durante

todo ese rato no vimos ni un alma.

Buck, que hasta ese momento había dejado caer con desgana en el cenicero la ceniza de su puro, se puso de pronto a esparcir aquélla sobre la mesa, trazando leves líneas grises que recordaban un plano.

"Sin embargo, aunque todas las callejuelas estaban desiertas (cosa que me atacó un poco los nervios), a medida que nos internábamos empezó a pasar algo que escapaba a mi comprensión. Por momentos, muy lejos de nosotros —digamos tres vueltas de esquina más allá— se elevaba como un ruido, un estruendo, un alarido, y luego se hacía el silencio. Seguidamente algo, un algo que no sé describir, una especie de choque o sacudida, hizo que toda la formación se estremeciese como si fuese un ser vivo aporreado en la cabeza, o como si la cabeza fuese un cable eléctrico. Ninguno de nosotros sabía por qué nos movíamos, pero nos movíamos y nos empujábamos unos a otros. Pero continuamos nuestro camino por esas callejuelas inmundas, dejando atrás esquinas y recovecos. En esas retorcidas callejuelas empecé a sentirme de un modo que no sé explicar; estaba como en un sueño. Sentía como si las cosas hubiesen perdido su razón de ser y ya no fuésemos a salir nunca de aquel laberinto. Le extraña oírme hablar así, ¿verdad? Esas calles las conoce todo el mundo, todas figuran en el plano. Pero el hecho sigue siendo el mismo. No tenía miedo de que ocurriese algo, tenía miedo de que no ocurriese nada, nada de nada por toda la eternidad.

Barkerapuró su copa y pidió más whisky. Lo bebió de un trago y prosiguió.

"Y entonces ocurrió una cosa. Se lo juro, Buck, a usted no le ha ocurrido nunca nada en toda su vida. A mí no me había ocurrido nada en toda mi vida.

—¿Cómo que nunca me ha ocurrido nada? —dijo Buck con los ojos como platos—. ¿Qué quiere decir?

—¡Nunca le ha ocurrido nada! —repitió Barker con alocada obstinación—. ¡Usted no sabe lo que significa que ocurra algo! Usted espera sentado en su despacho la llegada de clientes, y los clientes llegan; pasea por la ciudad esperando encontrarse con un amigo, y el amigo aparece; quiere tomar algo, y se lo toma; le apetece hacer una apuesta, y la hace. Sabe que puede ganar o perder, y, en efecto, gana o pierde. Pero ¡lo que se dice ocurrir! —y se puso a temblar incontinentemente.

—Continúe —lo conminó Buck—. Continúe.

—Cruzábamos fatigosamente las esquinas, cuando algo ocurrió. Cuando algo ocurre, primero ocurre y después uno se da cuenta. Ocurre solo, sin que uno intervenga. Eso demuestra un hecho atroz: que, además de uno, hay otras cosas. Sólo lo puedo contar así. Cruzamos una esquina, dos esquinas, tres, cuatro, cinco. Y hete aquí que me veo incorporándome lentamente de un bordillo al que había caído casi desmayado, y otra vez me veo en el suelo arrollado por seres vivos que se desploman sobre mí, y el mundo era todo barullo y hombretones rodando como bolos.

Buck, con el ceño fruncido, repasaba su plano.

—¿Estaban en Portobello Road? —preguntó.

—Sí —dijo Barker—. Sí, en Portobello Road; luego lo supe. Pero, santo cielo, ¡qué sitio! ¿Alguna vez, Buck, ha dejado que un tipo le pisotee la cabeza con un zapatón herrado? Lo digo porque, cuando se pasa por esa experiencia, "vemos filosofías y religiones de otra manera", como dice Walt Whitman.

—No lo dudo —dijo Buck—. Pero, si era Portobello Road, ¿sigue sin comprender lo ocurrido?

—Comprendo lo ocurrido sobradamente bien. Acabé con mis huesos en el suelo cuatro

veces, una experiencia que, se lo aseguro, cambia nuestra forma de entender las cosas. Además, ocurrió otro hecho: yo mismo derribé a dos hombres. Después de mi cuarta caída (más que derramamiento de sangre, aquello era puro desbarajuste y alboroto, pues nadie podía hacer uso de sus armas), después de mi cuarta caída, digo, me levanté hecho un demonio, le arrebaté a un tipo su hachón y me puse a dar golpes a diestro y siniestro, allí donde avistaba el color escarlata de los secuaces de Wayne. Dos hombres se me acercaron, ya sangrantes gracias a Dios, y me eché a reír y de nuevo caí despatarrado al bordillo, y de nuevo me levanté, y seguí pegando hasta que mi hachón se hizo añicos. Pese a todo, a uno lo herí en la cabeza.

Buck soltó impetuosamente su copa y empezó a despotricar a través de su frondoso bigote.

—¿Qué pasa? —dijo Barker parando en seco, porque Buck, que hasta ese momento no había perdido la calma, estaba ahora mucho más violentamente agitado que él.

—¿Que qué pasa? —dijo Buck agriamente— ¿No ve la trampa que nos han tendido esos fanáticos? ¿Cómo pueden dos idiotas, payaso el uno y lunático desaforado el otro, lograr que personas en su sano juicio se desquicien tanto? Barker, atíndame. Un joven muy cultivado de este siglo va por ahí bailando en levita. Empuña una ridícula alabarda del siglo XVII, con la que se propone destripar a su prójimo en una calle de Notting Hill. ¡Maldita sea! ¿No ve cuál ha sido su treta? Da igual cómo se sintiese usted, lo que importa es lo que parecía. El Rey, con su cabeza de mastuerzo ladeada, diría que lo encontraba exquisito. El Preboste de Notting Hill, con su condenada nariz empinada, diría que lo encontraba heroico. Pero, por todos los cielos, ¿qué habría dicho usted de eso hace dos días?

Barker se mordió el labio.

—Usted no ha pasado por eso, Buck —dijo—. No entiende lo que significa luchar, lo que significa la atmósfera.

—Claro que entiendo lo que significa la atmósfera —dijo Barker aporreando la mesa—. Lo único que digo es que era su atmósfera, la atmósfera de Adam Wayne, la atmósfera que usted y yo considerábamos definitivamente desaparecida del mundo civilizado.

—Pues no ha desaparecido —dijo Barker—, y, por si aún alberga alguna duda, déjeme un hachón y se lo demostraré.

Tras un largo silencio, Buck se dirigió a Barker con ese tono sereno que caracteriza a quienes saben afrontar los hechos cara a cara, el mismo tono que empleaba en la conclusión de sus grandes transacciones.

—Tiene usted razón, Barker —dijo—. La lucha del pasado ha vuelto. Ha vuelto de repente y nos ha pillado desprevenidos. Concedamos, pues, la primera sangre a Adam Wayne. Pero, a menos que la razón, la aritmética y todo lo demás hayan perdido el rumbo, la sangre siguiente y última será nuestra. Lo cierto es que tenemos un problema, y cuando se tiene un problema lo único que se puede hacer es analizarlo y encontrarle una solución. Nuestro problema es la lucha, así que hemos de entenderla. Yo debo entender la lucha tan fría y profundamente como entiendo la lencería, y usted debe entenderla tan fría y profundamente como entiende la política. Pasemos ahora a los hechos. Yo me reafirmo sin vacilar en mi formulación inicial. La lucha, contando con que nuestro poder es superior, debemos encararla necesariamente como una operación aritmética. Hace un instante me preguntaba cómo era posible que doscientos hombres derrotasen a seiscientos. Se lo diré: doscientos hombres pueden derrotar a seiscientos cuando los seiscientos actúan como tontos, cuando hacen caso omiso de las condiciones en que luchan, cuando luchan en una ciénaga como si estuviesen en una montaña, en un bosque

como si estuviesen en un llano, en las calles sin acordarse de para qué están éstas.

—¿Para qué están las calles? —preguntó Barker.

—¿Para qué está la comida? —exclamó furioso Buck—. ¿No es obvio? La ciencia militar no es más que sentido común. Las calles están para que nos desplazemos de un lado a otro; por lo tanto, todas las calles confluyen; por lo tanto, la lucha callejera se significa como algo muy peculiar. Ustedes avanzaban por esa colmena de calles como si se hallasen en un espacio abierto donde lo tenían todo al alcance de la vista. Pero, en vez de eso, ustedes avanzaban por las entrañas de una fortaleza con calles que les apuntaban, con calles que los envolvían, que los acosaban, y todas ellas en manos del enemigo. ¿Sabe qué es Portobello Road? Es el único punto de su trayecto con dos calles paralelas que van en sentido contrario. Wayne concentró sus huestes en ambos lados y, cuando hubo pasado buena parte de las filas de usted, las partió en dos como a un gusano. ¿No repara en lo que los podría haber salvado?

Barker hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Es que su "atmósfera" no le dice nada? —preguntó Buck con sorna— ¿Tengo que explicarme al estilo romántico? Suponga que, mientras luchaba a ciegas contra los rojos de Notting Hill que los tenían cercados por ambos flancos, hubiese oído un grito al fondo. Suponga, ¡oh romántico Barker!, que detrás de los ropajes rojos hubiese visto cómo los azules y dorados de South Kensington les cerraba la retaguardia, los rodeaba y empujaba hacia sus alabardas.

—Ojalá eso hubiese sido posible —replicó Barker con amargura.

—Eso hubiese sido tan posible y sencillo como la aritmética —afirmó Buck—. Hay un número dado de bocacalles que desembocan en Pump Street. No son novecientas, ni nueve millones, ni se reproducen de noche ni crecen como setas. Es posible, con fuerzas tan arrolladuras como las nuestras, avanzar por todas a la vez. En cada una de las arterias o accesos podemos concentrar casi tantos hombres como todos los que tiene Wayne. Hecho eso, Wayne ya no será sino la prueba de lo que he expuesto. Es como un postulado de Euclides.

—¿Está seguro? —dijo Barker ansioso pero felizmente subyugado.

—Le diré de qué estoy seguro —dijo Buck levantándose jovial—. Estoy seguro de que Adam Wayne nos ha hecho frente con gran coraje y que lo lamento mucho por él.

—Es usted un hombre de los que no hay, Buck —proclamó Barker poniéndose de pie—. Me ha vuelto a dejar boquiabierto. Reconozco avergonzado que me estaba haciendo romántico. Sus palabras son de una sensatez abrumadora. Nos derrotaron porque no supimos ser matemáticos, ni físicos, ni nada en absoluto: nos derrotaron porque nos lo merecíamos. Hagámonos con todos los accesos y acabemos con él. ¿Cuándo empezamos la próxima campaña?

—Ahora —dijo Buck y salió de la cafetería.

—¡Ahora! —exclamó Barker siguiéndolo con impaciencia—. ¿No querrá decir de inmediato? Con lo tarde que es.

Buck se volvió hacia él de un salto.

—¿Cree que la lucha está sometida al imperio de las Leyes Fabriles? —preguntó mientras paraba un coche de punto—. A la estación de Notting Hill —dijo, y los dos partieron.

Una reputación merecida puede a veces gestarse en una sola hora. Buck, en los sesenta u ochenta minutos siguientes, demostró que era un gran hombre de acción. El coche de punto lo llevó como una exhalación del Rey a Wilson, de Wilson a Swindon y de

Swindon de nuevo a Barker; aunque se moviese en zigzag, su zigzagueo era el del rayo. Sólo llevaba dos cosas consigo, su impepinable puro y los planos de North Kensington y Notting Hill. Sólo había, como no paraba de repetir impetuoso y convencido, nueve maneras de llegar a Pump Street en un perímetro de un cuarto de milla: tres desde Westbourne Grove, dos desde Ladbroke Grove y cuatro desde Notting Hill Street. Y, antes de que el último verdor de aquel insólito ocaso se hundiese en el negro cielo, él ya habría desplegado destacamentos de doscientos soldados cada uno en todos los accesos.

El cielo estaba especialmente negro, única circunstancia que pudo suscitar pérfidas protestas contra el triunfal optimismo del Preboste de North Kensington. Pero Buck las despachó con su contagioso sentido común.

—Londres no conoce la noche —afirmó—. Todo lo que hay que hacer, pues, es seguir las farolas. Fíjense en el plano. Doscientos soldados púrpuras de North Kensington marchan bajo mi mando por Ossington Street, otros doscientos, a las órdenes del capitán Bruce, de la Guardia de North Kensington, por Clanricarde Gardens.¹² Doscientos hombres amarillos de West Kensington, al mando del Preboste Swindon, atacan desde Pembridge Road. Otros doscientos de los míos lo hacen desde las calles orientales que salen de Queen's Road. Dos destacamentos amarillos entran por dos calles desde Westbourne Grove. Por último, doscientos verdes de Bayswater bajan desde el norte a través de Chepstow Place, y otros doscientos, a las órdenes del Preboste Wilson, desde la parte alta de Pembridge Road. Caballeros, es jaque mate en dos movimientos. El enemigo tendrá que concentrarse en Pump Street, donde sería arrasado, retroceder hasta pasada la Compañía de gas, donde lo estarían esperando mis cuatrocientos hombres, o retirarse hasta la espalda de la iglesia de Saint Luke, donde se acantonan los seiscientos llegados del oeste. A menos que todos hayamos perdido el seso, es pan comido. Vamos. Que cada uno acuda a su barrio y espere la señal de partida del capitán Bruce. Luego sólo tendrán que seguir las farolas de gas y, por pura matemática, este disparate habrá terminado. Mañana todos volveremos a ir de paisano.

Su optimismo resplandecía como una hoguera enorme en plena noche, ciñendo todo el terrible círculo en el que Wayne se hallaba ahora indefenso. La lucha ya había finalizado. La energía derrochada por un solo hombre durante una hora había librado de la guerra a la ciudad.

Durante los diez minutos siguientes, un silencioso Buck estuvo recorriendo de arriba abajo la inmóvil columna de doscientos hombres. Su aliño seguía siendo el mismo, excepción hecha del revólver que llevaba en bandolera sobre su abrigo amarillo. Resaltaba así más el contraste entre su aspecto moderno y los pomposos uniformes púrpuras de sus alabarderos, que de un modo tan lóbrego como chillón teñían la negra noche.

Al cabo, desde el fondo de la calle se oyó el estridente sonido de una trompeta: era la señal de partida. Buck impartió en seguida la orden y toda la columna púrpura, los aceros brillando débilmente, empezó a avanzar por la calle. Delante se alzaba una pendiente, larga, recta y refulgente en medio de la oscuridad. Era una espada apuntada contra Pump Street, contra cuyo corazón otras nueve espadas apuntaban esa noche.

Tras un cuarto de hora de silenciosa marcha ya estaban al alcance de oír cualquier tumulto en la ciudadela abocada a la extinción. Pero no se oía nada y el enemigo no daba señales de vida. Esta vez, sin embargo, sabían que lo estaban cercando sin remisión y prosiguieron su andadura entre la luz de las farolas y la oscuridad, sin esa sensación de

¹² En aquellos años, los Clanricarde Gardens ya no eran un *cul-de-sac*, sino que estaban unidos a Pembridge Square a través de Pump Street. (N. del A.)

impotencia que experimentara Barker cuando entraron en territorio enemigo por una sola avenida.

—¡Alto! ¡Preparen las armas! —gritó de improviso Buck, pero justo en ese instante se oyeron pasos corriendo a trompicones por el empedrado. Las alabardas se habían alzado en balde. Quien llegaba era un emisario del contingente del norte.

—¡Victoria, Mr Buck! —gritó jadeante—. No tienen escapatoria. El Preboste Wilson de Bayswater ha conquistado Pump Street.

Emocionado, Buck dio unos pasos al frente.

—¿Por dónde se retiran, entonces? Tiene que ser por Saint Luke, donde se encontrarán con Swindon, o por la Compañía de gas, donde los estaremos esperando nosotros. Ve corriendo a toda mecha hasta donde está Swindon y cerciérate de que los amarillos mantienen su posición en Saint Luke's Road. Nosotros mantendremos la nuestra, pierde cuidado. Los tenemos atrapados. ¡Date prisa!

Mientras el emisario desaparecía en la oscuridad, la gran guardia de North Kensington siguió su avance con la seguridad de una máquina. Sin embargo, apenas cien yardas más adelante las puntas de sus alabardas, centelleantes a la luz de las farolas de gas, tuvieron que alzarse de nuevo. Pues de nuevo resonaron pasos en el empedrado, que de nuevo resultaron ser del emisario.

—Señor Preboste —dijo—, en los veinte minutos transcurridos desde la conquista de Saint Luke, los amarillos de West Kensington no se han movido de la calle contigua. Pump Street queda a menos de doscientas yardas de dicha calle, por consiguiente, no pueden haber emprendido la retirada por allí.

—¡Entonces se están retirando por ésta! —exclamó el Preboste Buck con rotunda satisfacción—. Y ésta, por suerte, es una calle bien iluminada, aunque sinuosa. ¡Adelante!

Mientras recorrían las últimas trescientas yardas de su trayecto, Buck quedó sumido, quizá por vez primera en su vida, en una especie de ensoñación filosófica, pues a los hombres de su clase el éxito siempre los vuelve benévolos y hasta melancólicos.

—Lo siento por el pobre Wayne, de veras que lo siento —dijo para sí—. El día de la Junta habló espléndidamente en mi defensa. Y al viejo Barker le asestó un buen derechazo en pleno ojo. Pero no comprendo qué puede esperar un hombre que se enfrenta a la aritmética, por no decir a la civilización. Menuda superchería es el genio militar. Barrunto que acabo de descubrir lo que ya descubriera Cromwell, a saber, que no hay mejor general que el comerciante juicioso, y que el hombre capaz de comprar y vender hombres también los puede acaudillar y matar. Esto es tan sencillo como añadir una columna en un libro de cuentas. Si Wayne tiene doscientos hombres, no puede situarlos a todos en nueve sitios a la vez. Si se han ido de Pump Street, tienen que estar huyendo hacia alguna parte. Si no están huyendo hacia la iglesia, estarán huyendo hacia la Compañía de gas. Por lo tanto, ya son nuestros. Lo único que nos queda a los hombres de negocios frente a los listos de turno es meterles una idea fija en la cabeza que les impida razonar, para que los únicos que razonemos seamos nosotros. De suerte que yo, un palurdo comparado con ellos, veo las cosas como las ve Dios, como una inmensa máquina. Pero, señor, ¿qué pasa? —y tambaleándose se frotó los ojos con las manos.

Luego se puso a gritar como un poseso entre las tinieblas:

—¿Es que he blasfemado contra Dios? ¡Estoy ciego...!

—¿Qué pasa aquí? —gimoteó otra vez desde atrás, la voz de un tal Wilfred Jarvis, de North Kensington.

—¡Ciego! —gritó Buck—. ¡Me he quedado ciego!

—¡Yo también me he quedado ciego! —gritó desesperado Jarvis.

—Atajo de papanatas —profirió una voz grosera desde más atrás—. Todos nos hemos quedado ciegos. Las farolas se han apagado.

—¿Las farolas? Pero ¿por qué?, ¿cómo? —gritó Buck revolviéndose furioso en la oscuridad—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cómo vamos a dar caza al enemigo? ¿Dónde se ha metido?

—El enemigo se ha metido... —empezó a decir la voz grosera, pero titubeó y guardó silencio.

—¿Dónde? —chilló Buck dando patadas como un loco.

—Se ha metido —continuó la voz ordinaria— detrás de la Compañía de gas. Ha aprovechado la única oportunidad que tenía.

—¡Por todos los cielos! —tronó Buck blandiendo su revólver—. ¿Dices que se ha metido...?

Pero antes de que pudiese terminar la frase cayó en medio de sus huestes cual piedra lanzada desde una catapulta.

—¡Notting Hill! ¡Notting Hill! —gritaban pavorosas voces brotadas de la oscuridad y que parecían llegar de todas partes, porque los hombres de North Kensington, poco familiarizados con la calle, se habían quedado sin puntos de orientación en el negro mundo de la ceguera.

—¡Notting Hill! ¡Notting Hill! —gritaban aquellos seres invisibles, mientras los invasores caían abatidos sin piedad bajo la negrura de unos aceros que no destellaban bajo ninguna luz.

Buck, aunque bastante maltrecho de resultas del golpe de una alabarda, mantenía rabiosa y dignamente la entereza. Buscó a tientas un muro, lo encontró y, arrastrándose penosamente por él, llegó por fin a una brecha, por donde desapareció con los hombres que quedaban de sus filas. Es imposible hacerse una idea de las desventuras que sufrieron aquella prodigiosa noche. No sabían si avanzaban contra el enemigo o si huían de él. Además, si ignoraban cuál era su propio paradero y cuál el de sus adversarios, menos aún podían saber qué había sido del resto del ejército. Y es que sobre Buck y sus hombres había caído algo que en Londres no hay: la oscuridad, que ya existía antes de que fuesen creadas las estrellas, y por la que ellos se movían tan perdidos como si hubiesen sido creados antes que las estrellas. De vez en cuando, según transcurrían tan aciagas horas, tropezaban en la oscuridad con seres vivos, por los que eran aporreados y a los que ellos aporreaban con absurda saña. Por fin, llegada que hubo la hora del gris amanecer, descubrieron que habían retrocedido hasta las inmediaciones de Uxbridge Road. Entonces supieron que en esos espantosos encuentros a ciegas, los de North Kensington, los de Bayswater y los de West Kensington se habían cruzado y aporreado repetidas veces entre sí, y también que Adam Wayne se había atrincherado en Pump Street.

CAPÍTULO 2

EL CORRESPONSAL DEL COURT JOURNAL

El periodismo, como casi todo en Inglaterra bajo la cauta dirección y la filosofía que encarnaba James Barker, había ido perdiendo mordiente hasta hacerse plomífero. Ello se debía, en parte, a la desaparición del sistema de partidos y el debate público, y en parte al tratado de paralización que había hecho imposibles las guerras; pero sobre todo se debía, por supuesto, al estado de ánimo del país entero, entonces habitante de una especie de remanso. Quizá el más conocido de los últimos diarios era el *Court Journal*, que se editaba en un polvoriento pero elegante edificio de Kensington High Street. Y es que cuando durante años todos los periódicos de un país no hacen más que ganar en opacidad, decoro y optimismo, el más opaco, decoroso y optimista tiene todas las de ganar. En la contienda periodística que aún tenía lugar en los albores del siglo xx, el *Court Journal* se había alzado con la victoria final.

Por alguna misteriosa razón, el Rey era muy aficionado a pasar el rato en la redacción del *Court Journal*, fumando un cigarrillo mañanero y repasando documentos. Como todos los hombres ociosos a ultranza, le encantaba solazarse y charlar en sitios donde había gente atareada. Eso sí, cualquiera se hubiera dicho que, en la prosaica Inglaterra de aquellos días, habría podido escoger un lugar más animado.

Esa mañana el Rey salió de Kensington Palace con paso más vivo y aire más alerta de lo usual. Vestía una levita larguísima con chaleco verde claro, corbata negra muy exuberante y *dégage*, y curiosos guantes amarillos. Aquél era su uniforme de coronel de un regimiento de su propia creación, el de Decadentes Verdes número uno. Daba gusto verlo impartiendo instrucción a sus soldados. Cruzó raudo el parque y la avenida, encendió el cigarrillo en marcha y al fin abrió de par en par la puerta de la redacción del *Court Journal*.

—¿Has oído las noticias, Palón? ¿Las has oído? —dijo.

El apellido del director era Hoskins, pero el Rey lo llamaba Palón, abreviatura de Paladión de nuestras Libertades.

—Veréis, Majestad —dijo pausadamente Hoskins (un hombre cortés y nervioso, con una errática barba marrón)—, he oído cosas bastante raras, pero yo...

—Y las oirás todavía más raras —dijo el Rey marcándose unos pasos de algo que podía ser una danza negroide—. Y las oirás más raras, tribuno mío de rompe y rasga. ¿Sabes qué me propongo hacer por ti?

—No, Majestad —contestó vagamente el Paladión.

—Voy a introducir en tu periódico líneas vigorosas, gallardas, osadas —dijo el Rey—. Vamos a ver, ¿dónde tienes los carteles de la derrota acaecida anoche?

—La verdad es que no había pensado, Majestad —dijo el director—, publicar ningún cartel...

—¡Papel, papel! —reclamó frenético el Rey—. Tráeme un papel del tamaño de una casa. Yo haré tus carteles. Un momento, antes de nada, fuera el abrigo —se despojó de él con alharaca, lo lanzó directamente a la cabeza de Mr Hoskins, envolviéndolo completamente, y se miró al espejo—. Abrigo quitado y sombrero puesto —dijo—. Muy propio de un redactor jefe. ¡Qué digo, es la esencia mismo del redactor jefe! Bien —continuó volviéndose de golpe—, ¿dónde está ese papel?

El Paladión acababa de desembarazarse reverentemente de los faldones de la levita del Rey, y dijo desconcertado:

—Me temo, Majestad...

—¿Te falta iniciativa, Palón! —dijo Auberon—. ¿Qué es ese rollo del rincón? ¿Papel pintado? ¿Piensas decorar tu residencia privada? ¿Arte en casa, Palón? Dámelo, y verás que te pinto unos carteles en el reverso que cuando vayas a decorar tu salón preferirás poner los dibujos del original contra la pared —y sin más el Rey desenrolló el papel pintado y lo extendió por todo el suelo. —Ahora dame las tijeras —gritó, pero las cogió él mismo antes de que el otro pudiese reaccionar.

Cortó el papel en unos cinco trozos, cada uno de ellos casi del tamaño de una puerta. Luego cogió un gran lápiz azul, se arrodilló en el sucio linóleo y empezó a escribir, en letras inmensas:

"DESDE EL FRENTE
DEBACLE DEL GENERAL BUCK
OSCURIDAD, PELIGRO Y MUERTE
SE DICE QUE WAYNE OCUPA PUMP STREET
CONMOCIÓN EN LA CIUDAD"

Contempló un rato el texto, con la cabeza ladeada, y se levantó lanzando un suspiro.

—Le falta fuerza y dramatismo —dijo—. Quiero que el *Court Journal* sea tan temido como amado. Veamos si nos sale algo con más enjundia.

Y volvió a hincarse de rodillas. Tras chupar el lápiz azul un rato, de nuevo se puso a escribir con vehemencia.

—¿Qué os parece esto? —preguntó:

"VALIOSA VICTORIA DE WAYNE"

—Supongo —dijo con ojos inquisidores y chupando el lápiz—, que no se puede decir "waliosa" ni "wictoria": "Waliosa wictoria de Wayne". ¿A que no? Pues no. Refinamiento, Palón, refinamiento. Ya lo tengo:

"¡ADAM, ADAM!
ESCALOFRIANTE LUCHA EN LA OSCURIDAD
DERROTÁRONLO A BUCK LAS FAROLAS EN SU DERROTA"

(No hay nada que iguale el estilo arcaizante.) ¿Qué podríamos añadir? Sí, algo que encabrite al viejo Buck. Y, con el ceño fruncido, escribió en letras más pequeñas:

"Rumores de corte marcial contra el general Buck".

Con esto valdrá por el momento —dijo y puso del revés las dos hojas—. Engrudo, por favor.

El Paladión, completamente aterrorizado, fue a un cuarto y regresó con el engrudo.

El Rey lo esparció disfrutando como un chico que se embadurna de melaza. Luego salió a la calle con sus inmensas y ondeantes composiciones y empezó a pegarlas en puntos

notorios de la fachada de la redacción del periódico.

—Y ahora —dijo Auberón entrando con el mismo entusiasmo—, pasemos al artículo de fondo.

Cogió otra larga tira de papel pintado, la extendió sobre un escritorio, sacó una estilográfica y empezó a escribir con furor y a leer en voz alta pasajes y fragmentos, que paladeaba como el vino para comprobar si tenían un sabor genuinamente periodístico.

"La noticia del desastre de nuestras fuerzas en Notting Hill, terrible como es, terrible como es... (no, dolorosa como es), puede ser de cierta utilidad en la medida en que nos revela la fulana o mengana ineficacia (escandalosa, eso sin duda) de las medidas adoptadas por el Gobierno. En el estado actual de nuestra información, sería prematuro (¡qué encantadora palabreja!), sería prematuro, digo, prodigarnos en reproches contra la actuación del general Buck, cuyos servicios en numerosos terrenos vencidos (¡ja, ja!) y sus honrosos laureles y cicatrices le dan por lo menos derecho a que su juicio quede pendiente. Pero hay un punto que cumple abordar con claridad. Lo hemos silenciado largo tiempo por una prudencia quizá errada, quizá por una errada lealtad. Esta situación jamás se habría dado de no ser por lo que tan sólo podemos llamar inexcusable conducta del Rey. Lamentamos decir estas cosas, pero, hablando, como lo hacemos, en aras del interés público (plagiando el famoso epigrama de Barker), no debe amilanarnos por la pena que podamos causar a quienquiera que sea, aunque ese quienquiera sea el más elevado de los individuos. En tan crucial momento para nuestro país, el Pueblo unánime pregunta dónde está el Rey. El Pueblo quiere saber qué hace aquél mientras sus súbditos se despedazan unos a otros por las calles de una gran ciudad. ¿Es que está tan absorbido por sus pasatiempos y disipaciones (de cuya realidad no podemos fingir ignorancia), que no puede dedicar ni un solo pensamiento a una nación agonizante? Desde nuestro profundo sentido de la responsabilidad, queremos advertir a tan elevada persona de que ni su gran posición ni sus incomparables virtudes lo librarán, a la hora del delirio, del destino de cuantos, en la locura del lujo o la tiranía, tuvieron que vérselas con el pueblo inglés en el raro día de su iracundia.

—Ahora escribiré —dijo el Rey—, la crónica de la batalla de un testigo presencial —y cogió una cuarta hoja de papel pintado. Casi en ese preciso instante, Buck irrumpió en la redacción. Tenía la cabeza vendada.

—He sido informado —dijo con su típica y amable tosquedad— de que Vuestra Majestad se encontraba aquí.

—¡Oh casualidad —exclamó regocijado el Rey—, aquí nos llega un testigo presencial! Un testigo presencial que, deploro advertirlo, cuenta en este momento con un solo ojo para atestiguar. Buck, ¿puedes escribirnos el artículo de fondo? ¿Eres dueño de un brillante estilo?

Buck, haciendo gala de una contención rayana con la cortesía, no prestó la menor atención a la desquiciada simpatía del Rey.

—Me he tomado la libertad, Majestad —dijo secamente—, de pedirle a Mr Barker que también acuda aquí.

Y, en efecto, según hablaba Barker entró tambaleante en la redacción, con su agitación de siempre.

—¿Qué está pasando ahora? —preguntó Buck volviéndose hacia Barker como con alivio.

—La lucha continúa —dijo Barker—. Anoche, los cuatrocientos de West Kensington apenas fueron tocados porque apenas se movieron de su sitio. En cambio, los pobres soldados de Bayswater, al mando de Wilson, fueron masacrados. Lucharon con uñas y dientes. Tomaron Pump Street una vez. La de cosas absurdas que ocurren en el mundo.

Quién iba a pensar que Wilson, el pequeñajo de las patillas pelirrojas, sería el mejor de todos nosotros.

El Rey escribió una nota en su papel:

"Romántica actuación de Mr Wilson"

—Sí —convino Buck—, nos obliga a enorgullecemos un poco menos de nosotros mismos.

El Rey dobló de pronto su legajo y se lo guardó en un bolsillo.

—Tengo una idea —dijo—. Seré testigo presencial. Os escribiré desde el frente unas crónicas que superarán con creces la realidad. Dame mi abrigo, Paladión. Entré en esta sala como simple Rey de Inglaterra; la dejo como corresponsal de guerra extraordinario del *Court Journal*. No intentes impedírmelo, Palón; de nada vale que te aferres a mis rodillas, Buck; no sirve, Barker, que te echas a mi cuello llorando. Pues, "cuando el deber llama...", del resto ya no me acuerdo. Recibiréis mi primer artículo esta tarde con el correo de las ocho.

Y, tras salir corriendo de la sede del periódico, saltó a un ómnibus azul de Bayswater que pasaba por allí.

—¿Y ahora? —dijo Barker con pesimismo—. ¿Y ahora?

—Barker —dijo Buck—, puede que los negocios sean inferiores a la política, pero la guerra, como descubrí anoche, se aviene mucho mejor con aquéllos. Ustedes los políticos son tan acérrimos demagogos que incluso en un régimen despótico no piensan sino en la opinión pública. Expertos como son en nadar y guardar la ropa, les asusta la más leve brisa. Nosotros, en cambio, no cejamos hasta lograr lo que nos hemos propuesto, y aprendemos de nuestros errores. Óigame bien: en este momento ya hemos derrotado a Wayne.

—¿Que hemos derrotado a Wayne? —dijo Barker.

—¡Caray que si lo hemos derrotado! —gritó Buck extendiendo los brazos—. Óigame bien. Anoche dije que caerían si ocupábamos los nueve accesos. Bien, me equivoqué. Habrían caído de no ser por un suceso inesperado: el apagón de las farolas. Sin eso, nuestra victoria hubiese sido segura. ¿No ha notado, mi brillante Barker, que se produjo otro suceso inesperado con posterioridad al del apagón de las farolas?

—¿Qué otro suceso? —preguntó Barker.

—Da la increíble casualidad de que ha salido el sol —proclamó Buck ya al límite de su paciencia—. ¿Por qué diantres no tomamos todos esos accesos ahora y nos dejamos de pamplinas? Tenemos que atacar al amanecer. El pánfilo del médico no me deja salir a esta hora, así que le cedo el mando.

Barker sonrió con sorna.

—Me es grato, querido Buck, poder comunicarle que nos hemos adelantado a sus indicaciones. Fuimos lo más temprano posible a reconocer los nueve accesos. Por desgracia, mientras anoche luchábamos entre nosotros en la oscuridad como una panda de peones borrachos, los compinches de Mr Wayne estaban enfrascados en lo suyo. A trescientas yardas de Pump Street, en cada uno de esos accesos, hay ahora una barricada que alcanza casi la altura de las casas. Estaban terminando la última, en Pembridge Road, cuando llegamos. Nuestros errores... —dijo con amargura tirando su cigarrillo al suelo—. No, nosotros no aprendemos de ellos.

Se hizo el silencio durante unos segundos y Barker se sentó abatido en una silla. El tictac del reloj de la redacción sonaba puntualmente en la quietud.

Hasta que Barker dijo:

—Buck, ¿alguna vez se ha preguntado para qué sirve todo esto? La carretera de Hammersmith a Maid Vale era un negocio redondo. Usted y yo augurábamos conseguir grandes beneficios. Pero ¿vale la pena seguir? Nos va a suponer un desembolso enorme acabar con esta ridícula revuelta. ¿Y si dejamos las cosas como están?

—¿Y que nos humille públicamente un pelirrojo chiflado que sería encerrado en un manicomio por cualquier médico? —gritó Buck incorporándose de un salto—. ¿Qué propone que hagamos, Mr Barker? ¿Que presentemos nuestras excusas al excelso Mr Wayne? ¿Que nos dobleguemos al Fuero de las Ciudades? ¿Que nos pongamos en el pecho la escarapela del León Rojo? ¿Que besemos todas y cada una de las sagradas farolas que salvaron a Notting Hill? ¡No, por Dios! Mis huestes lucharon de forma soberbia: cayeron en una trampa. Y volverán a luchar.

—Yo siempre lo he admirado, Buck —dijo Barker—. Y tenía mucha razón en lo que dijo el otro día.

—¿Qué dije?

—Que nos habíamos dejado atrapar por la atmósfera de Adam Wayne olvidándonos de la nuestra —respondió Barker levantándose despacio. Amigo mío, todo el espacio territorial del reino de Adam Wayne abarca más o menos nueve calles, todas ellas cerradas con barricadas. En cambio, sólo Dios sabe hasta dónde llega el reino espiritual de Adam Wayne, pero de lo estoy seguro es de que llega hasta esta redacción. El pelirrojo chiflado que sería encerrado en un manicomio por cualquier médico está en esta habitación con su alma rugidora y desquiciada. Las últimas palabras que usted ha dicho pertenecen a ese pelirrojo chiflado.

Buck, sin replicar, se acercó a la ventana.

—Entenderá, por supuesto —dijo por fin—, que no me pueda rendir.

El Rey, mientras tanto, traqueteaba en el piso de arriba de su ómnibus azul. Naturalmente, el tráfico de Londres no se había alterado grandemente por los recientes hechos, toda vez que se consideraban una revuelta circunscrita a Notting Hill, cuya zona se había acordonado como si estuviese en manos de una pandilla de reconocidos alborotadores. Los ómnibus azules se limitaban a dar un rodeo, como hubiesen hecho ante una calle cortada por obras, y así el ómnibus del corresponsal del *Court Journal* doblaba la esquina de Queen's Road, Bayswater.

El Rey viajaba solo en el piso de arriba y disfrutaba de la velocidad de la marcha.

—Adelante, árabe precioso —dijo dando palmadas al ómnibus para aguijarlo—, el más veloz de los de tu alígera casta. ¿Íntimas con el conductor igual que el beduino con su corcel? ¿Duerme él a tu lado...?

Sus meditaciones se vieron interrumpidas por una parada brusca y repentina. Asomándose por un costado, el Rey vio que las crines de los caballos eran sujetadas por hombres con el uniforme del ejército de Wayne, y oyó las órdenes que impartía un oficial.

El Rey Auberon se apeó solemnemente del ómnibus. El piquete de alabarderos que había detenido el vehículo no lo componía más de veinte hombres, a cuyo mando estaba un joven bajo, moreno y vivaracho, que se distinguía de los demás por su levita corriente pero ceñida por un fajín rojo y una larga espada del siglo XVII. Completaban su atuendo un sombrero de seda brillante y unas gafas que le sentaban muy bien.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —dijo el Rey tratando de parecerse a Carlos I a pesar de su apurada situación.

El moreno con gafas se quitó el sombrero con no menos ceremonia.

—Mi nombre es Bowles —dijo—. Soy boticario. Soy también capitán de la compañía O del ejército de Notting Hill. Lamento tener que incomodarlo parando el ómnibus, pero esta área cae en el ámbito de nuestra proclama, y no permitimos el tránsito. ¿Puedo preguntar con quién tengo el honor...? ¡Oh, Dios mío, imploro vuestro perdón, Majestad! Me abruma sobremanera toparme de semejante modo con el Rey.

Auberon levantó las manos con indescriptible grandiosidad.

—No con el Rey —dijo—, sino con el corresponsal de guerra extraordinario del *Court Journal*.

—Pido disculpas a Vuestra Majestad —empezó a decir dubitativo Mr Bowles.

—Y dale con llamarme Majestad. Repito que represento a la prensa —dijo rotundo Auberon—. Con profundo sentido de la responsabilidad, he elegido el nombre de Pinker. Es mi deseo que se corra un tupido velo sobre el pasado.

—Muy bien, señor —dijo Mr Bowles con tono sumiso—. Para nosotros, la santidad de la prensa es al menos tan grande como la del trono. Nuestro mayor deseo es que nuestros yerros y nuestras glorias se conozcan por doquier. ¿Puedo preguntarle, Mr Pinker, si tiene alguna objeción en ser presentado al Preboste y hoy general Turnbull?

—Preboste al que ya he tenido el honor de conocer —respondió Auberon con llaneza—. Los viejos periodistas conocemos a todo el mundo. Aun así, me encantaría gozar del mismo honor otra vez. Como también me gratificaría conocer al general Turnbull. Los jóvenes son muy interesantes. Los de la vieja guardia de Freet hemos perdido contacto con ellos.

—¿Tendría la bondad de acompañarme por aquí? —dijo el jefe de la compañía O.

—Siempre tengo la bondad —dijo Mr Pinker—. Indíqueme el camino.

CAPÍTULO 3

EL GRAN EJÉRCITO DE SOUTH KENSINGTON

El artículo del corresponsal de guerra extraordinario del *Court Journal* llegó manuscrito en su debido momento. El Rey lo había redactado sobre pliegos de la peor calidad con su arabesca letra, ilegible aunque tres palabras llenaban una página entera. Por añadidura, su crónica resultaba de lo más desconcertante, pues empezaba con una serie de párrafos tachados. Era como si el autor hubiese intentado escribir su artículo varias veces en distintos estilos periodísticos. Así, en el margen de uno de los experimentos se leía: "Ensayar estilo americano", y el fragmento comenzaba con las siguientes palabras:

"El Rey se tiene que ir. Queremos hombres con agallas. Ese fanfarrón se pasa de...". La frase se interrumpía allí, seguida de una nota: "Puro estilo periodístico más seguro. Pruébese".

El experimento en puro estilo periodístico clásico empezaba:

"El mayor poeta inglés dijo que una rosa..."

Pero también se interrumpía de golpe. La siguiente nota al margen era casi indescifrable, pero podía decir algo así como:

"¿Qué tal el viejo Steevens¹³ y el *mot juste*? Por ejemplo..."

"La mañana me hizo un guiño no poco amodorrado desde el abrupto chaflán de Campden Hill y sus casas de afiladas sombras. Bajo el escarpado cartón negro de la silueta, me costó un poco distinguir los colores; pero a la postre vi un amarillo pardusco elevarse en la oscuridad, y supe que se trataba de la guarnición del ejército de South West Kensington comandada por Swindon. La tienen de reserva en toda la zona alledaña a Bayswater Road. Su campamento y el grueso de sus tropas están emplazados bajo la gran torre del canal de Campden Hill. Olvidaba decir que el aspecto de la torre del canal es tétrico.

"Cuando dejé atrás la guarnición y llegué a la curva de Silver Street, vi que las huestes azul turbio de Barker bloqueaban la entrada a la avenida cual zafiro ahumado (bien). La distribución de las tropas aliadas, bajo el mando general de Mr Wilson, sería la siguiente: el Ejército Amarillo (si puedo describir así a los de West Kensington) se extiende a lo largo de una franja lindante con Bayswater Road; su flanco occidental llega hasta el extremo oeste de Campden Hill Road; el oriental, hasta el principio de los jardines de Kensington. El Ejército Verde de Wilson se alinea en Notting Hill High Road, desde Queen's Road hasta la esquina de Pembridge Road, gira en esta última y se prolonga unas trescientas yardas hasta Westbourne Grove. Westbourne Grove está tomada por Barker de South Kensington. El cuarto lado de este desigual rectángulo, el de Queen's Road, lo defienden algunos guerreros purpúreos de Buck.

"Todo recuerda un antiguo y primoroso bancal de flores holandés. En la sumidad de Campden Hill se hallan los dorados azafranes de West Kensington. Son, por decirlo así, la primera franja fueguina del cuadro. Hacia el norte está nuestro jacinto Barker, con todos sus azules jacintos. Hacia el sudoeste se extienden los verdes juncos de Wilson de Bayswater, y una línea de lirios morados (muy bien simbolizados por Mr Buck) completa el conjunto. El exterior plateado... (Estoy perdiendo el estilo. Tendría que haber dicho

¹³ George Steevens (1874-1946), conocido especialista en la obra de William Shakespeare y colaborador de Samuel Johnson en su célebre *The Lives of the Poets*. (N. del T.)

'gira de sopetón' en vez de 'gira' a secas. Asimismo, tendría que haber llamado 'súbitos' a los jacintos. Esto no vale. La guerra es demasiado rápida para este estilo de escritura. Por favor, que el botones inserte *mots justes*).

"Lo cierto es que no hay nada que contar. El elemento vulgar, siempre pronto a devorar todas las cosas bellas (como el Marrano Negro de la mitología irlandesa devorará al final estrellas y dioses); ese elemento vulgar, como digo, ya ha devorado, con su marrana negrura, la posibilidad de que en todo esto haya algo de romántico; eso que antaño fueron absurdos pero conmovedores combates callejeros, ha degenerado en lo más prosaico de la guerra: en un asedio. El asedio viene a ser como un estado de paz con los inconvenientes de la guerra. Wayne, naturalmente, no puede resistir. Ya no puede esperar ninguna ayuda, como no sea de navíos venidos de la luna. Es más, no podría resistir ni un mes o dos aunque la comida en lata acopiada por él fuese tanta que la guarnición tuviese que usarla de asiento. Lo triste es que ha hecho más o menos eso: en su calle hay ahora tantos víveres que dudo que quede mucho espacio para moverse. Pero ¿qué persigue? ¿A qué conduce aguantar todo ese tiempo y luego rendirse por necesidad? Conduce a dejar que tus victorias hayan pasado al olvido para luego tomarse la molestia de dejarse vencer. No entiendo cómo Wayne puede ser tan poco artístico.

"Con lo raro que se siente uno cuando comprueba lo diferente que se ve todo tras la derrota. Wayne me ha parecido siempre un tipo estupendo. Pero ahora que lo sé perdido siento como si no existiese nada aparte de Wayne. Todas las calles le apuntan, todas las chimeneas se inclinan hacia él. Me imagino que mi sentimiento es morboso, pero es como si Pump Street fuese lo único que toco físicamente. Me imagino, digo, que es morboso. Me imagino que es justo lo que siente un hombre en su corazón cuando lo tiene débil. 'Pump Street': el corazón hace pum. Y yo estoy desvariando.

"Sin la menor duda, nuestro mejor jefe en el frente es el general Wilson. De todos los Prebostes, es el único que lleva puesto el uniforme de sus alabarderos, pese a que originalmente esa espléndida vestimenta del siglo xvi no fue pensada para llevarse con patillas pelirrojas. Él fue quien, enfrentado a una defensa de lo más admirable y desesperada, irrumpió la pasada noche en Pump Street, donde se hizo fuerte durante al menos media hora. Luego fue expulsado de la calle por el general Turnbull de Notting Hill, pero sólo después de una lucha sin cuartel y la súbita caída de la atroz oscuridad, que resultó ser mucho más fatal para las tropas de los generales Buck y Swindon.

"El propio Preboste Wayne, con quien, para gran suerte mía, he podido tener una entrevista de lo más interesante, ofrece el testimonio más elocuente sobre la actuación del general Wilson y sus hombres. Reproduzco sus palabras al pie de la letra: 'Desde que tengo cuatro años he comprado golosinas en su acogedora tienda. Jamás, vergüenza me da decirlo, le había notado nada extraordinario, salvo su voz nasal y su poca afición al aseo. Pues bien, resulta que Wilson se lanzó contra nuestra barricada cual demonio llegado del infierno'. Repetí este parlamento al general Wilson en persona, con algunas enmiendas procedentes, y pareció complacido. Con todo, ahora mismo nada parece complacerle tanto como llevar una espada al cinto. De las fuentes más autorizadas del frente he recabado la noticia de que ayer el general Wilson no se había apurado completamente la barba. En círculos militares se especula con la probabilidad de que se esté dejando bigote...

"Como decía, no hay nada que contar. Con paso cansino me dirijo al buzón situado en la esquina de Pembridge Road para despachar mi escrito. No ha ocurrido absolutamente nada, excepción hecha de los preparativos para un asedio especialmente largo y flojo, durante el cual confío en que no se me requiera en el frente. Mientras contemplo Pembridge Road, el aspecto de la calle me recuerda que resta algo digno de nota. El

general Buck, con su característico cacumen, le ha sugerido al general Wilson que, con el fin de descartar toda posibilidad de una catástrofe semejante a la sufrida por las fuerzas aliadas en el último avance hacia Notting Hill (me refiero a la catástrofe del apagón), cada soldado lleve una linterna encendida al cuello. Es uno de los rasgos que admiro de verdad en el general Buck. Posee lo que la gente solía llamar 'humildad del hombre de ciencia', esto es, la capacidad de aprender constantemente de los errores propios. Puede que Wayne lo supere en otros sentidos, pero no en éste. Las linternas parecen luces feéricas cuando tuercen por la esquina de Pembridge Road.

"Más tarde. — Escribo con cierto apuro, porque la sangre va a derramarse sobre mi rostro y manchar el papel. La sangre es una cosa muy hermosa; por eso mismo está oculta. Si se me pregunta por qué la sangre se derramará sobre mi rostro, sólo puedo responder que he sido coceado por un caballo. Si se me pregunta qué caballo, puedo responder, no sin orgullo, que uno de guerra. Si se me pregunta cómo se explica que un caballo de guerra haya aparecido en el escenario de esta guerra nuestra sólo peatonal, me veo en la necesidad, sumamente dolorosa para un corresponsal extraordinario, de narrar mis experiencias.

"Estaba, como decía, depositando mi escrito en el buzón y contemplando al tiempo la reluciente curva de Pembridge Road, perlada por las luces de las huestes de Wilson. Ignoro qué hizo que me detuviese a analizar aquello, pero se me antojó que la línea de luces, allí donde se fundía con el confuso marrón del crepúsculo, era más confusa de lo normal. Tenía casi la certeza de que en un cierto tramo de la calle con cinco luces, ahora había sólo cuatro. Me froté los ojos; las conté de nuevo y ya sólo había tres. Pasado un instante, sólo había dos; al rato, sólo una; y entonces las linternas que tenía cerca empezaron a tintinear, como si alguien las estuviese tocando. Se mecieron y se apagaron, y lo hicieron de un modo que casi parecía que se apagaban el sol y las estrellas allá en el cielo. Todo quedó sumido en una ceguera primordial. Aunque la verdad es que la calle no estaba todavía propiamente a oscuras. En el cielo permanecían los rojos rayos del ocaso y el crepúsculo marrón seguía como al calor de una chimenea. Pero tres segundos después de que las linternas tintineasen y se apagasen, delante de mí se alzó una negrura que cerraba el cielo. Un segundo más tarde, supe que esa negrura que cerraba el cielo era un hombre montado en un caballo inmenso; y fui pisoteado y arrojado a un lado mientras jinetes en tropel daban la vuelta a la esquina. Cuando pasaron, comprobé que su color no era negro, sino escarlata: era una salida de los sitiados, con Wayne al frente.

"Me levanté del bordillo, cegado por la sangre de una herida muy superficial en la cara, y, sorprendentemente, nada preocupado ni por la ceguera ni por la superficialidad de la herida. Durante un interminable minuto tras el paso de aquella espeluznante cabalgata, la calle vacía quedó en el más profundo silencio. Y luego llegaron Barker y todos sus alabarderos, en endemoniada persecución de los otros. Tenían la misión de vigilar la puerta por la que se había producido la salida; pero, digámoslo en su descargo, no habían contado con la caballería. Además, las cosas como son: Barker y los suyos realizaron una persecución francamente espectacular, tan es así que les faltó poco para coger a los caballos de Wayne por las colas.

"Nadie puede entender la salida, integrada por un exiguo número de soldados de la guarnición de Wayne. Indudablemente, Turnbull sigue atrincherado con el grueso de las fuerzas en Pump Street. Las salidas de esta especie han sido moneda corriente en la mayoría de los asedios históricos, como el que hubo en París en 1870, pues en esos casos los sitiados estaban seguros de contar con algún apoyo exterior. Pero ¿cuál puede ser su finalidad en el caso presente? Wayne sabe (y si su locura le impide saber algo, sí lo sabe Turnbull) que no cuentan, ni han contado nunca, con la menor posibilidad de recibir

apoyo exterior; que la inmensa mayoría de los habitantes modernos y sanos de mente de Londres desprecia este grotesco patriotismo tanto como la imbecilidad que le dio origen, es decir, la demencia de nuestro execrable Rey. Nadie puede siquiera conjeturar qué están haciendo Wayne y sus jinetes. La teoría que aquí prevalece es la de que Wayne no es más que un traidor y que ha abandonado a sus hombres. Ahora bien, enigmas inmensos pero más solubles no son nada comparados con uno pequeño pero insoluble como éste: ¿de dónde han sacado los caballos?

"*Más tarde.* — He oído una explicación de lo más fantástica sobre la presencia de los caballos. Según parece, el admirable hombre que es el general Turnbull, ahora al mando de Pump Street en ausencia de Wayne, la mañana de la declaración de guerra mandó un montón de mocosos (o querubines del arroyo, como los denominamos los periodistas), con monedas de media corona en el bolsillo, a alquilar coches de punto por todo Londres. Así, no menos de ciento cincuenta coches de punto llegaron a Pump Street y los requisó la guarnición. Los cocheros fueron dejados en libertad, los coches utilizados para levantar barricadas y los caballos guardados en Pump Street, donde los alimentaron y prepararon durante varios días, hasta que por su rapidez y eficacia ya podían ser empleados para esa desenfrenada correría por la ciudad. De ser esto cierto, y mis datos proceden de las fuentes más fidedignas, se explicaría el procedimiento de la salida. Pero lo que no tenemos es una explicación de su finalidad. Justo cuando las huestes azules de Barker doblaban la esquina en pos de ellos, fueron detenidas, pero no por un enemigo, sino sólo por la voz de un hombre, encima amigo. Red Wilson de Bayswater corría solo por la avenida como un loco, haciéndoles señas de que retrocediesen con una alabarda arrebatada a un centinela. Wilson tenía el mando supremo, y Barker paró, los ojos como platos y boquiabierto. Pudimos oír con nitidez los gritos que lanzaba Wilson desde la penumbra, extrañados de que semejante vozarrón pudiese brotar de un cuerpo tan pequeño. '¡Alto, South Kensington! Vigila esta entrada y no los dejéis volver. Yo me encargo de su persecución. ¡Adelante, Guardia Verde!'

"Un muro de uniformes azul oscuro y un bosque de hachones se interponían entre Wilson y yo, pues los hombres de Barker, formados en dos líneas rígidas, cerraban la bocacalle. Sin embargo, a través de aquéllas y del crepúsculo pude oír las órdenes tajantes y el sonido metálico de las armas, y ver al ejército verde de Wilson marchando hacia el oeste. Aquellos eran nuestros mejores guerreros. Wilson les había insuflado su ardor; en pocos días se habían hecho veteranos. Cada soldado llevaba una medalla en forma de pompa, para presumir de que ellos solos, de entre todos los ejércitos aliados, habían aguantado victoriosos en Pump Street.

"Me las compuse para colarme por el destacamento Azul de Barker, encargado de vigilar el final de Pembridge Street, y apretando los talones di alcance a la retaguardia del verde ejército de Wilson justo cuando bajaba por la calle tras el escurridizo Wayne. El crepúsculo se había hecho ya casi oscuridad absoluta; durante un rato sólo oí el estruendoso paso de la marcha. Pero hubo de pronto un grito, y los altos guerreros empezaron a retroceder hacia mí, triturándome casi, las linternas se mecían y tintineaban de nuevo y los fríos ollares de unos caballos enormes se apretujaban contra nosotros. Habían vuelto y nos embestían.

"'¡Idiotas!', rugió la voz de Wilson, hendiendo nuestro pánico con su soberbia cólera. '¿Es que no se dan cuenta? ¡Los caballos no llevan jinete!'

"Era cierto. Estábamos siendo aplastados por una estampida de caballos con monturas vacías. ¿Qué podía significar? ¿Había sido derrotado Wayne en un enfrentamiento con algunos de nuestros hombres? ¿O había lanzado los caballos contra nosotros como estrategia o nuevo método disparatado de guerrear, dado lo proclive que es a inventar?

¿O sería que él y los suyos trataban de escapar sin ser vistos? ¿O pretendían acaso ocultarse en algunas casas?

"Jamás había admirado el intelecto de nadie (ni siquiera el mío) como admiré el de Wilson en ese momento. Sin pronunciar palabra, simplemente apuntó su alabarda (que aún empuñaba) hacia el lado sur de la calle. Como saben, las calles que suben a Campden Hill desde la avenida son especialmente pronunciadas, tanto que más parecen escalinatas. Nosotros estábamos justo enfrente de Aubrey Road, la más pronunciada de todas; subirla aguijando caballos mal adiestrados era mucho más difícil que hacerlo a pie.

"¡Vuelta a la izquierda!", chilló Wilson. 'Han subido por aquí', añadió dirigiéndose a mí, que casualmente me hallaba a su lado.

"¿Por qué?", me atreví a preguntar.

"No estoy muy seguro', contestó el general de Bayswater. 'En cualquier caso, han subido a toda prisa. Han tenido que abandonar los caballos por la sencilla razón de que no podían subir con ellos. Creo que ya lo tengo. Creo que intentan llegar a Kensington o a Hammersmith, o a algún otro sitio, y atajan por aquí porque este punto es el más alejado de nuestra retaguardia. Sin embargo, los muy tontos no deberían haberse adentrado más en la calle. Lo único que han conseguido es escapar por los pelos de nuestro último puesto avanzado. Lambert se encuentra a apenas cuatrocientas yardas de aquí. Y ya está avisado'.

"¡Lambert!", dije. '¿No será el joven Wilfrid Lambert, mi viejo amigo?'

"Sí, Wilfrid Lambert', dijo el general. 'Un bueno para nada, un tontorrón narigudo. De esos tipos que siempre se alistan como voluntarios para una guerra u otra. Y lo mejor de todo es que no suele hacerlo mal. Lambert sobresale. Siempre he tenido a los amarillos de West Kensington por la parte más endeble del ejército; pero Lambert ha sabido arengarlos muy bien, y eso que está subordinado al borrico de Swindon. En el ataque desde Pembridge Road de la otra noche dio muestras de gran valor.

"Ha dado muestras de un valor todavía mayor', dije. 'Una vez criticó mi sentido del humor. Aquél fue su primer combate'.

"Esta acotación, lamento decirlo, le pasó desapercibida al eximio comandante de las fuerzas aliadas. Estábamos en el trance de ascender el último tramo de Aubrey Road, una ladera tan abrupta que parece un mapa antiguo inclinado sobre una pared. Tiene hileras de arbolitos, unas encima de otras, como en los mapas antiguos.

"Algo jadeantes coronamos la cima y, justo cuando nos aprestábamos a doblar la esquina por un sitio llamado Tower Crecy¹⁴ (toda una caballeresca anticipación de lo que iba a ser nuestra guerra de hacha y espada), fuimos golpeados en el estómago (no puedo usar otro término) por una horda de hombres que retrocedían hacia nosotros. Vestían el uniforme rojo de Wayne; sus alabardas estaban rotas, sus frentes sangraban, pero el solo ímpetu de su retirada nos dejó tambaleantes en el culmen de la ladera.

"¡Nuestro viejo Lambert!", exclamó de pronto el flemático Mr Wilson de Bayswater, incapaz de contener su emoción. '¡El sensacional Lambert! ¡Los ha frenado allí! Ahora los obliga a retroceder hacia nosotros! ¡Hurra por él! ¡Adelante, Guardia Verde!'

"Doblamos la esquina en dirección este, con Wilson en cabeza blandiendo su alabarda.

"¿Sabrán excusarme una pizca de egotismo? A todo el mundo le gusta una pizca de egotismo, máxime cuando éste adopta la forma, como ocurre ahora conmigo, de deshonrosa confesión. Lo cierto es que la cosa tiene su interés, ya que demuestra cómo el

¹⁴ Crecy (Crécy, Cressy o Crécy-en-Ponthieu): escenario de una batalla de agosto de 1346 entre ingleses y franceses ganada por aquéllos. (N. del T.)

mero hábito artístico puede hacer mella en hombres como yo. Era el acontecimiento de más intensa emoción de cuantos había vivido, y en verdad me sentía intensamente emocionado. Sin embargo, según doblábamos la esquina, la primera impresión que tuve fue de algo por completo ajeno a la lucha. Cual rayo del cielo, cayó sobre mí la mole del canal de Campden Hill. No sé si los londinenses se dan cuenta de lo alta que es esa torre cuando uno se la encuentra de sopetón encima, como en mi caso. Durante una fracción de segundo, me pareció que al pie de aquella hasta la guerra humana era una futilidad. Durante una fracción de segundo, sentí como si, ebrio después de una fútil orgía, hubiese recuperado la sobriedad por la conmoción provocada por su sombra. Pasado un rato, me di cuenta de que debajo de aquella ocurría algo más perdurable que la piedra y más espeluznante que la altura más vertiginosa: la agonía del hombre. Y supe que, comparada con eso, la impresionante torre no era sino una futilidad; no era más que una simple caña de piedra que la humanidad podía partir en dos.

"No sé por qué me he extendido tanto sobre esta absurda torre del canal, que, en el mejor de los casos, sólo era un tremendo telón de fondo. Se trataba, ciertamente, de un paisaje siniestro y aterrador contra el cual nuestros cuerpos se desahogaban. Creo, de todas formas, que si me he extendido así es porque mi mente había pasado con demasiada acucia de la torre de piedra al hombre de carne. Pues lo primero que vi cuando me hube desembarazado, por decirlo así, de la sombra de la torre, fue un hombre, y un hombre que conocía.

"Lambert estaba en el extremo de la calle que bordea la torre, su figura se perfilaba un poco a la luz de la luna que empezaba a salir. Se le veía magnífico, un héroe; pero había en él algo mucho más interesante. Quiso el azar que se hallase casi en la misma postura retadora de quince años atrás, cuando tras agitar su bastón y plantarlo en el suelo, me dijo que toda mi sutileza era un desafuero. Y, lo digo de corazón, creo que necesitó más valor para decir eso que para luchar como lo está haciendo. Ya que entonces luchaba contra algo influyente, elegante y triunfador, mientras que ahora lucha (poniendo en peligro su vida, de eso no hay duda) solamente contra algo ya muerto, contra algo imposible, inútil; y donde nada puede ser más imposible ni inútil que la misma salida merced a la cual Lambert ha entrado en escena. Hoy apenas se concede importancia al papel que juega la victoria psicológica. Lambert atacaba entonces al degradado pero indudablemente victorioso Quin; ahora ataca al admirable pero completamente acabado Wayne.

"Su nombre me devuelve a los pormenores de la escena. La situación era como sigue: una columna de alabarderos rojos, comandada por Wayne, subía arrimada a la muralla norte, que en realidad es la base de una especie de dique o fortificación del canal. Lambert y sus amarillos soldados de West Kensington habían doblado en ese instante la esquina y habían arremetido con dureza contra los hombres de Wayne, empujando a algunos de los más cuitados, como contaba antes, hacia nuestros brazos. Cuando nuestras fuerzas alcanzaron la retaguardia de Wayne, todo el mundo comprendió que había llegado su fin. Su barbero militar y valido yacía en el suelo, su bodeguero se había desmayado. El propio Wayne estaba herido en un muslo y retrocedió hacia la muralla. Lo teníamos acorralado. '¿Es usted?', gritó un animado Lambert a Wilson a través de las cercadas huestes de Notting Hill. 'Así se hace', respondió el general Wilson. 'Arrincónenlos contra la muralla'.

"Los hombres de Notting Hill caían con rapidez. Adam Wayne levantó sus largos brazos hasta el borde de la muralla y dándose impulso la trepó: era la figura de un gigante de espaldas a la luna. Arrancó entonces el estandarte de las manos del abanderado que tenía debajo y de improviso se puso a ondearlo sobre nuestras cabezas, con fragor de truenos.

"¡Venid con el León Rojo!", gritó. '¡Espadas y alabardas, venid, como espinas de una

rosa, con el León Rojo!'

"Su voz y el restallido del estandarte provocaron un repliegue momentáneo, pero Lambert, cuya bobalicona cara era casi hermosa en la batalla, reaccionó instintivamente y gritó:

"¡Arroja tu estandarte de taberna, mequetrefe! ¡Arrójaló!'

'El estandarte del León Rojo no se postra así como así', dijo orgulloso Wayne, abandonando con fruición el estandarte al viento de la noche.

"En seguida comprendí que la teatralidad emocional del pobre Wayne sería su perdición. De un salto, Lambert, la espada entre los dientes, había trepado la muralla y ya lanzaba un golpe contra la cabeza de Wayne antes de que éste pudiese desenvainar su espada, ocupadas como tenía las manos por la enorme bandera. Dio un paso atrás, esquivó el primer sablazo y abatió el asta, dejando la pica apuntada contra Lambert.

"'El estandarte se postra', gritó Wayne con un vozarrón que debió resonar aterrador en varias manzanas a la redonda. 'El estandarte de Notting Hill se postra frente a un héroe'. Y junto con las palabras clavó la punta del asta y la mitad del mástil en el cuerpo de Lambert, lanzándolo muerto al suelo, piedra sobre las piedras de la calle.

"'¡Notting Hill! ¡Notting Hill!', gritó Wayne poseído por una especie de furor divino. '¡La sangre de un enemigo fiero ha hecho aún más sagrado su estandarte! ¡A la muralla, patriotas! ¡A la muralla, Notting Hill!'

"Entonces, con su largo y fuerte brazo subió a la muralla a un hombre, cuya silueta dibujó la luna, y en seguida, solos o ayudados por otros, treparon muchos más; al final, un considerable número de los casi masacrados hombres de Pump Street se agolpaba sobre la muralla que teníamos encima.

"'¡Notting Hill! ¡Notting Hill!', gritaba Wayne sin cesar.

"'¿Y qué hay de Bayswater?', dijo irritado un honesto trabajador de las filas de Wilson. '¡Que viva Bayswater!'

"'¡Hemos vencido!', gritó Wayne plantando el asta de su estandarte en el suelo. '¡Que viva Bayswater! ¡Hemos dado a nuestros enemigos una lección de patriotismo!'

"'¡Destripadlos y acabemos de una vez con esto!', bramó casi enloquecido por la responsabilidad de tomar el mando uno de los lugartenientes de Lambert.

"'Intentémoslo por todos los medios', dijo severo Wilson, y los dos ejércitos apretaron filas contra el tercero.

"Sencillamente no puedo describir lo que pasó después. Lo lamento, pero existe eso que se llama fatiga o náusea física, y, añadiría yo, también el terror físico. Baste decir que las líneas anteriores fueron escritas a eso de las 11 p.m., que ahora son más o menos las 2 a.m. y que la batalla no ha terminado ni tiene visos de terminar. Asimismo, baste decir que por las empinadas calles que desde la torre del canal desembocan en el centro de Notting Hill ha corrido sangre, y sigue corriendo, en inmensos regueros rojos, regueros que tuercen hacia la avenida y resplandecen a la luz de la luna.

"Más tarde. — Ya se ha dado el toque final a toda esta terrible futilidad. Han transcurrido horas; ha amanecido; los hombres siguen sacudiéndose y combatiendo al pie de la torre y por la esquina de Aubrey Road; la lucha no ha terminado. Pero yo sé que es una farsa.

"Se acaban de recibir noticias que demuestran que la sorprendente salida de Wayne, seguida de su no menos sorprendente resistencia a lo largo de la noche bajo la muralla de la torre, no ha servido de nada. Es probable que nunca conozcamos el propósito de aquel extraño éxodo, por la sencilla razón de que todos los que lo conocen serán hechos trizas en el transcurso de las próximas dos o tres horas.

"Hará cosa de tres minutos, he oído que Buck y sus métodos han salido a la postre vencedores. Si uno se detiene a pensarlo, comprende que Buck estaba sin duda en lo cierto cuando sostenía que era físicamente imposible que una calle derrotase a una ciudad entera. Mientras nosotros pensábamos que Buck patrullaba las entradas orientales con su ejército púrpura; mientras nosotros nos desbandábamos por las calles enarbolando alabardas y linternas; mientras el pobre Wilson urdía planes como un Moltke¹⁵ y luchaba como un Aquiles para atrapar al feroz Preboste de Notting Hill, mientras pasaba todo eso, Mr Buck, el lencero jubilado, se limitaba a tomar un coche de punto para hacer algo tan sencillo como la mantequilla e igual de útil y sucio. Fue a South Kensington, a Brompton y a Fulham, y, tras el desembolso de unas cuatro mil libras de su propio peculio, formó un ejército integrado por casi el mismo número de hombres; es decir, un ejército lo bastante grande para derrotar no sólo a Wayne, sino a Wayne y a la suma de todos sus enemigos allí presentes. El ejército, según he sabido, está acantonado en Kensington High Street y ocupa la zona que va desde la iglesia hasta Addison Road Bridge. Se dispone a avanzar hacia el norte por diez calles distintas.

"Ya no puedo permanecer más tiempo aquí. Todo empeora más de lo debido. El alba, por ejemplo, ha roto por Campden Hill: espléndidos espacios de plata, ribeteados de oro, son arrancados al cielo. Y, lo que aún es peor, Wayne y sus huestes notan el alba; sus rostros, aunque ensangrentados y pálidos, están extrañamente felices. Su patetismo es insoportable. Y para colmo, de momento están ganando. Si no fuese por Buck y su nuevo ejército, podrían alzarse, aunque sólo por la mínima, con la victoria.

"Insisto, no aguanto más. Es como esa espléndida obra de Maeterlinck (ya conocéis mi debilidad por los sanos y joviales autores del siglo xix), en la que uno tiene que presenciar la decorosa conducta de un grupo reunido en un salón, sabedor de que los hombres que están al otro lado de la puerta sólo necesitan pronunciar una palabra para desatar una tragedia. Pero lo de aquí es todavía peor, pues los hombres no hablan, sino que se debaten, se desangran y mueren por algo ya resuelto, y resuelto en su contra. Esas grandes multitudes grises no dejan de forcejear, de zarandearse y de apretujarse alrededor de la gran torre gris; y la torre sigue inmóvil, como lo estará siempre. Antes de que el sol se ponga, esos hombres habrán sido aplastados; otros hombres surgirán y también serán aplastados, y volverán a cometerse los mismos atropellos, y la tiranía resurgirá de nuevo como lo hace el sol, y la injusticia rebrotará, fresca como las flores en primavera. Y la torre de piedra lo contemplará todo siempre desde su pedestal. La materia, con su brutal belleza, seguirá contemplando desde lo alto a cuantos en su locura se resignan a morir, y a cuantos todavía son más locos porque se resignan a vivir."

Así, de esta manera tan brusca, concluye la primera y última colaboración ofrecida al preciado diario *Court Journal* por su corresponsal extraordinario.

El corresponsal, según sabemos, estaba sencillamente mareado y triste desde que llegaron las últimas noticias anunciando la victoria de Buck. Descendió cabizbajo la empinada Aubrey Road, por la que la víspera subiera corriendo con tan inusitada emoción, y salió a la avenida desierta y apenas iluminada por el alba para buscar desganado un coche de punto. No vio nada en aquel espacio vacío, salvo una cosa que se desplazaba veloz lanzando destellos azules y dorados. A primera vista parecía un enorme escarabajo; sin embargo, para gran sorpresa suya, resultó ser Barker.

—¿Has oído las buenas nuevas? —preguntó el caballero.

—Sí —dijo Quin con voz comedida—. He oído las deleitosas novedades. ¿Vamos a Kensington en un coche de punto? Allí viene uno.

¹⁵ Conde Helmuth Karl Bernhard von Moltke (1800-91), mariscal de campo prusiano. (*N. del T*)

Montaron en el coche y cuatro minutos más tarde ya estaban frente a las filas del ejército multitudinario e invencible. Quin no había dicho nada en todo el día, y algo en él disuadió de hablar también al esencialmente impresionable Barker.

El gran ejército marchaba por Kensington High Street, invitando a muchas cabezas a asomarse por innumerables ventanas. Hacía mucho tiempo —más del que sumaba las vidas de casi todos los que aún podían considerarse jóvenes— que no se veía semejante ejército en Londres. Comparada con la imponente maquinaria que ahora se extendía a lo largo de millas y más millas, encabezada por Buck en calidad de caudillos mientras el Rey rondando por la retaguardia en calidad de periodista, toda la historia de nuestro problema resultaba insignificante. En presencia de ese ejército, los rojos de Notting Hill y los verdes de Bayswater eran simples grupos sediciosos. En su presencia, toda la lucha por Pump Street era como un hormiguero bajo la pezuña de un buey. Todo el que pudo tocar o contemplar aquella infinidad de hombres supo que era el triunfo de la descarnada aritmética de Buck. El que Wayne tuviese razón o no, que fuese sabio o loco, constituía un buen tema de debate. Pero era un tema de historia. Al pie de Church Street, enfrente de la iglesia de Kensington, hicieron una pausa en su radiante buen humor.

—Mandemos algún tipo de emisario o heraldo —dijo Buck dirigiéndose a Barker y al Rey—, con el ruego de que se rindan sin causar más líos.

—¿Y qué les decimos? —preguntó con recelo Barker.

—Los hechos hablan por sí solos —contestó Buck—, y son los hechos los que hacen que un ejército se rinda. No tenemos sino que decirles que la parte de nuestro ejército que combate contra el suyo, más la parte del suyo que combate contra el nuestro, suman un total aproximado de mil hombres. Digámosles que nosotros contamos con un total de cuatro mil. Es muy sencillo: de los mil combatientes, ellos cuentan, a lo sumo, con trescientos, de modo que con esos trescientos ahora tienen que combatir contra cuatro mil setecientos. Si eso los divierte, que sigan jugando.

Y el Preboste de North Kensington se echó a reír.

El heraldo que enviaron desde Church Street, con toda la pompa azul y dorada de South Kensington, incluidos Los Tres Pájaros en el tabardo, iba escoltado por dos trompetas.

—¿Y qué harán cuando capitulen? —preguntó Barker por decir algo en la repentina quietud de aquel inmenso ejército.

—Conozco muy bien a mi Wayne —dijo Buck riendo—. Cuando se rinda, enviará un heraldo rojo ondeando el León de Notting Hill. Hasta la derrota le va a resultar grata, porque es formal y romántico.

El Rey, que se había acercado hasta las líneas de vanguardia, rompió por fin su silencio.

—A mí no me extrañaría —dijo— que te desafíe y no envíe ningún heraldo. Me da que no conoces a tu Wayne tan bien como crees.

—De acuerdo, Majestad —replicó Buck con tranquilidad—. Sin ánimo de parecer irrespetuoso, os expondré mis predicciones políticas de la manera más llana posible: apuesto diez libras contra un chelín que el heraldo viene con la rendición.

—Hecho —dijo Auberón—. A lo mejor me equivoco, pero soy de la opinión de que Adam Wayne morirá en su ciudad, y de que, mientras no haya muerto, nada está garantizado.

—La apuesta ya está hecha, Majestad —dijo Buck.

Siguió otro largo silencio, durante cuyo transcurso Barker, con su característico nerviosismo, no paró de moverse y dar patadas por entre las filas del ejército inmóvil.

De pronto, Buck dio un paso al frente.

—Os he ganado, Majestad —dijo—. Lo sabía. Ahí llega el heraldo de Adam Wayne.

—No es el heraldo —gritó el Rey adelantándose también—. Es un ómnibus rojo, mendrugo.

—No es un ómnibus —dijo impasible Buck. Pero el Rey no respondió, pues por el centro de la espaciosa y callada Church Street avanzaba, fuera de toda duda, el heraldo del León Rojo acompañado de dos trompetas.

A su manera, Buck sabía ser magnánimo. En su hora triunfal se sintió magnánimo con Wayne, a quien admiraba de verdad; magnánimo con el Rey, a quien había ganado tan públicamente; y, sobre todo, magnánimo con Barker, jefe nominal de ese imponente ejército de South Kensington con cuyo talento había creado.

—General Barker —dijo inclinando la cabeza—, ¿está usted dispuesto a escuchar el mensaje de los sitiados?

Barker respondió con otra inclinación de cabeza y avanzó hacia el heraldo.

—¿Ha recibido tu señor, Mr Adam Wayne, nuestra demanda de rendición? —preguntó.

El heraldo asintió con respeto y solemnidad.

Tras carraspear levemente, pero animado, Barker prosiguió.

—¿Y cuál es la respuesta que nos remite tu señor?

El heraldo se volvió a inclinar sumiso y respondió con voz monocorde.

—Mi mensaje es éste. Adam Wayne, Lord y Gran Preboste de Notting Hill en virtud del Fuero del Rey Auberon y las leyes de Dios y de toda la humanidad, ciudadano libre de una ciudad libre, saluda a James Barker, Lord y Gran Preboste de South Kensington, ciudadano libre y honorable con igual derecho, y jefe del Ejército del Sur. Con la amistad más reverente y amparado en sus derechos constitucionales, desea que James Barker deponga las armas y que todo el ejército bajo su mando haga lo propio.

Antes de que finalizase el mensaje, el Rey salió corriendo hacia el espacio abierto con ojos centelleantes. Los restantes miembros del estado mayor y las primeras líneas de la tropa se habían quedado literalmente sin aliento. Cuando lo recobraron, se pusieron a reír sin freno, tan inesperado era ese cambio de tornas.

—El Lord y Gran Preboste de Notting Hill —continuó el heraldo— no se propone, en el caso de que se rindan, utilizar su victoria para ninguno de los fines represivos aplicados por otros contra él. Respetará sus leyes libres y sus ciudades libres, sus banderas y sus Gobiernos. No acabará con la religión de South Kensington ni eliminará las ancestrales costumbres de Bayswater.

En las primeras filas del gran ejército estallaron risotadas incontenibles.

—Seguro que el Rey tiene algo que ver con esta humorada —dijo Buck dándose una palmada en la pierna—. Su insolencia rebosa encanto. Barker, brindemos con una copa de vino.

Y, en efecto, exaltado por el compañerismo mandó un soldado al restaurante de enfrente de la iglesia para que les llevase un par de copas y poder brindar.

Una vez terminadas las risas, el heraldo, con un tono de lo más monocorde, prosiguió:

—En caso de que depongan sus armas y se dispersen bajo la supervisión de nuestras fuerzas, sus derechos locales serán rigurosamente respetados. En caso contrario, el Lord y Gran Preboste de Notting Hill desea anunciar que acaba de conquistar la torre del canal en Campden Hill, la misma torre que tienen ustedes justo encima, y que dentro de diez minutos, a contar a partir de este instante, esto es, después de la recepción por mi intermedio de su negativa, abrirá el gran depósito para anegar todo el valle donde ustedes

se encuentran bajo treinta pies de agua. ¡Dios salve al Rey Auberon!

Buck soltó su copa y escupió sobre la calle un enorme trago de vino.

—Pero..., pero... —dijo—. Luego, haciendo un último e ímprobo esfuerzo para imponer su gran sentido común, afrontó los hechos cara a cara.

—Tenemos que rendirnos —dijo—. Nada podemos hacer contra las cincuenta mil toneladas de agua que van a derramarse desde esa colina dentro de diez minutos. Tenemos que rendirnos. Daría lo mismo que nuestros cuatro mil hombres fuesen ahora cuatro. *Vicisti Galilae!* Lo cual no impide, Perkins, que me traigas otra copa de vino.

Fue así como se rindió el imponente ejército de South Kensington y como se inauguró el imperio de Notting Hill. Un último dato en relación con lo anterior merece ser reseñado: que, tras su victoria, Adam Wayne mandó enchapar en oro la gran torre de Campden Hill, con un epitafio que decía que el monumento estaba dedicado a Wilfrid Lambert, el heroico defensor del enclave. Además, el monumento estaba coronado por una estatua del héroe, que lucía una narizota de un volumen algo menor del que le rendiría justicia.

LIBRO V

CAPÍTULO 1

EL IMPERIO DE NOTTING HILL

La tarde del tres de octubre, veinte años después de la gran victoria con la que Notting Hill se hizo con el dominio de Londres, el Rey Auberón salió, como antaño, de Kensington Palace.

Apenas había cambiado, salvo por un par de mechones de pelo gris, pues su rostro siempre había sido viejo y su paso lento, y, por decirlo de algún modo, decrepito.

Si se le veía viejo no era por ninguna causa física ni mental, sino porque seguía usando, con recalcitrante conservadurismo, la levita y el sombrero de copa de los días anteriores a la Gran Guerra. "He sobrevivido al diluvio", se dijo. "Soy una pirámide, y como tal debo actuar".

A su paso por la calle, los vecinos de Kensington, ataviados con sus pintorescas túnicas azules, lo saludaban como a un Rey y en seguida lo miraban como a una curiosidad. Les parecía extraño que alguna vez los hombres hubiesen podido vestir de un modo tan feérico.

El Rey, cultivando la andadura propia de los habitantes de más edad ("Yayo Auberón" era como quería que lo llamasen ahora sus íntimos), tomó rumbo norte. Luego, con mirada evocadora, se detuvo en la gran puerta sur de Notting Hill, una de las nueve de bronce y acero grabadas con relieves de las antiguas batallas, obra del mismísimo Chiffy.

—¡Ay! —dijo moviendo la cabeza con innecesario aire senil y acento provinciano—. ¡Me acuerdo de cuando aquí no había ninguna de estas puertas!

Cruzó la puerta de Ossington, coronada por un enorme león forjado en cobre rojo y latón amarillo, con el lema: "Notting Hill". Los centinelas, en rojo y dorado, se cuadraron ante él con sus alabardas.

Anocheecía y las farolas empezaban a encenderse. Auberón se detuvo a mirarlas, pues eran la obra maestra de Chiffy y su ojo artístico nunca dejaba de deleitarse con su contemplación. En recuerdo de la Gran Batalla de las Farolas, cada una de las grandes bujías estaba cubierta por una figura velada, espada en mano, que sostenía sobre la llama un apagador o extintor de hierro, como lista para soltarlo si a los ejércitos del sur les daba de nuevo por salir con sus banderas a recorrer la ciudad. De ese modo, ningún niño podía jugar en Notting Hill sin que las mismas farolas le recordasen cómo se había salvado su país en aquel año de terror.

—En cierta forma, el viejo Wayne tenía parte de razón —comentó el Rey—. La espada embellece las cosas. Ella ha hecho que ahora el mundo sea romántico. Y pensar que la gente llegó a considerarme un bufón por proponer un Notting Hill romántico. Pobre de mí, pobre de mí (creo que es la expresión adecuada). Es como si fuese una existencia previa.

Dobló una esquina y se encontró en Pump Street, justo enfrente de los cuatro establecimientos donde Adam Wayne había hecho sus pesquisas veinte años antes. Entró distraído en la tienda de Mr Mead, el bodeguero. Mr Mead había envejecido un poco, como el resto del mundo, y su barba pelirroja, que ahora llevaba con un largo y poblado mostacho, estaba parcialmente canosa y descolorida. Vestía una larga toga azul, marrón y

carmesí bordada con complejos motivos orientales y llena de oscuros símbolos y dibujos, que representaban sus mercancías pasando de mano en mano y de nación en nación. Llevaba al cuello una cadena con el Bajel Azul hecho de turquesa, que le correspondía como Gran Patrón de los Bodegueros. Toda la tienda era tan insípida y suntuosa como su dueño. Los artículos estaban expuestos tan a la vista como en los viejos tiempos, aunque ahora se mezclaban y distribuían con un sentido del matiz y la agrupación que los apocados bodegueros de aquellos aciagos días solían desatender. Los artículos estaban a la vista, pero no expuestos a la manera en que lo hacía un bodeguero de los de antes, sino como un culto virtuoso expondría sus tesoros. El té estaba en grandes tarros azules y verdes, grabados con las nueve máximas imprescindibles de los sabios de la China. Otros tarros, entre anaranjados y purpúreos, menos austeros y notorios, más humildes y fantasiosos, contenían simbólicamente el té de la India. En unas cajas apiladas, hechas de sencillo metal plateado, había comida en lata. Cada una de ellas llevaba labrado un dibujo tosco pero rítmico, como una concha, un cuerno, un pez o una manzana, para indicar cuál era la materia allí enlatada.

—Alteza —dijo Mr Mead agachándose con oriental reverencia—. Esto es un honor para mí, pero aún lo es más para la ciudad.

Auberon se quitó el sombrero.

—Mead —dijo—, en Notting Hill, ya se trate de dar o tomar, lo único que cuenta es el honor. ¿No venderás por casualidad regaliz?

—El regaliz, sire —dijo Mr Mead—, no es el producto menos rentable de cuantos nos llegan del oscuro corazón de Arabia.

Y acercándose respetuosamente a una vasija verde y plateada en forma de mezquita árabe, procedió a despachar a su cliente.

—Pensaba ahora mismo, Mead —dijo meditabundo el Rey—, y no sé por qué tengo que pensar en eso justo ahora, en veinte años atrás. ¿Te acuerdas de los tiempos anteriores a la guerra?

El bodeguero, una vez que hubo envuelto los palitos de regaliz en un trozo de papel (grabado con una pertinente reflexión), elevó ensoñador sus grandes ojos grises y miró hacia el cielo cada vez más oscuro.

—Claro que sí, Majestad —respondió—. Me acuerdo de estas calles antes de que el Lord Preboste comenzase a regirnos. Lo que no recuerdo es cómo nos sentíamos. Los grandes cánticos y la lucha nos cambiaron mucho. No creo que sepamos apreciar en su justa medida todo lo que le debemos al Preboste, pero recuerdo su entrada en esta misma tienda hace veintidós años, y también las cosas que dijo. Lo curioso es que, hasta donde alcanza mi memoria, las cosas que dijo entonces me sonaron extrañas. Ahora son las cosas que yo dije, hasta donde alcanza mi memoria, las que me suenan extrañas, tan extrañas como las manías de un loco.

—¡Oh! —dijo el Rey, y lo miró con insondable sosiego.

—Entonces no pensaba en mi condición de bodeguero —dijo Mead—. ¿No es sólo eso ya bastante extraño para cualquiera? No pensaba nada sobre los maravillosos lugares de donde provenían mis mercancías ni de lo maravilloso de su creación. No sabía que era, en el más estricto sentido práctico, un rey con esclavos que pescan cerca del estanque secreto y recogen frutas en las islas de todo el mundo. Tenía la mente en blanco. Era un cero a la izquierda.

El Rey también se volvió para mirar la oscuridad, donde ya flameaban las farolas que conmemoraban la batalla.

—¿Así acaba el pobre Wayne? —dijo a medias para sí mismo—. ¿Inflamó como inflamó

a todo el mundo para luego desaparecer al calor de una chimenea? ¿A esto se reduce tu victoria, oh mi incomparable Wayne, a ser ahora sólo uno más en un mundo de Waynes? ¿Conquistó y esa conquista ha hecho de él un cualquiera? ¿Puede Mead, el bodeguero, hablar con su misma elevación? ¡Dios mío, qué mundo tan extraño tiene que ser éste para que un hombre no pueda seguir siendo único ni siquiera después de haberse tomado la molestia de volverse loco!

Y salió de la tienda con aire soñador.

Se detuvo en la puerta de al lado, casi repitiendo los pasos que el Preboste diera dos décadas antes.

—Vaya tienda más horrenda —dijo—. Pero su horridez tiene un no sé qué de incitante, de tentador. Es como uno de esos antiguos cuentos infantiles que te ponen la piel de gallina por mucho que sepas que tiene un final feliz. Con esas puntiagudas gárgolas que parecen enormes alas negras de murciélago abatidas, y esos frascos de cristal colocados abajo, hechos para brillar como ojos de gigante. Se diría que es la cabaña de un brujo bueno. Todo indica que es una botica.

Mientras así hablaba, Mr Bowles, el boticario, salió a la puerta de su establecimiento envuelto en una larga toga con capucha de terciopelo negro, monástica, por decirlo así, aunque con un toque diabólico. Tenía el pelo bastante negro y la cara más pálida que en el pasado. Su única nota de color se la daba una estrella roja hecha con una piedra preciosa de color chillón que le colgada del pecho. Bowles pertenecía a la Asociación de la Estrella Roja de la Caridad, inspirada en los letreros luminosos que se ven en boticas y dispensarios médicos.

—Estupenda tarde, señor —dijo el boticario—. Vaya, no creo equivocarme al suponer que sois el Rey. Os ruego que paséis a compartir conmigo una botella de salipirina, o lo que os plazca. Da la casualidad de que un viejo conocido de Vuestra Majestad se halla ahora en mi tienda corriéndose una juerga (si me permitís la expresión) con dicho brebaje.

El Rey entró en la botica, todo un jardín de Aladino de tonalidades y matices. El boticario, en efecto, cuya idea de la combinación de colores era más luminosa que la del bodeguero, había decorado su establecimiento con delicadeza y fantasía aún mayores. Ningún ojo artístico había contemplado jamás, si es lícito emplear una expresión así, semejante ramillete de fármacos.

Pero hasta el solemne arco iris de aquel interior vespertino quedaba casi eclipsado por el hombre que se hallaba de pie en el centro de la tienda. Su cuerpo, imponente y majestuoso, estaba embutido en un atuendo de terciopelo azul brillante al más suntuoso estilo renacentista, cortado de modo que dejaba ver destellos y ribetes de un exquisito color limón o amarillo claro. Al cuello llevaba una serie de cadenas, y los penachos de su bonete, de variados tonos bronceos y dorados, caían hasta la gran empuñadura de oro de su larga espada. Estaba tomando una dosis de salipirina y admiraba su color opalino. El Rey se aproximó con leve perplejidad a la alta figura, cuyo rostro ocultaba la penumbra, y luego dijo:

—¡Por el Gran Dios de la fortuna, Barker!

La figura se quitó su empenachado bonete, y entonces apareció la misma cabeza morena y el rostro largo, casi equino, que en tantas ocasiones el Rey había visto brotar del elevado cuello de Bond Street. Salvo por un mechón gris en cada sien, no había cambiado en lo más mínimo.

—Majestad —dijo Barker—, éste es un encuentro noblemente retrospectivo, un encuentro que tuvimos en cierto octubre dorado. Brindo por los viejos tiempos. Y apuré

su salipirina con franca emoción.

—Encantado de volverte a ver, Barker —dijo el Rey—. Ha pasado mucho tiempo desde nuestro último encuentro. Mis viajes por Asia Menor y el libro que tenía que escribir (habrás leído mi *Vida del príncipe Alberto para niños*, por supuesto), no nos han dejado tiempo para vernos más de un par de veces desde la Gran Guerra. Y eso fue hace veinte años.

—Me gustaría saber —dijo pensativo Barker—, si puedo hablar libremente con Vuestra Majestad.

—Bueno —dijo Auberón—, a estas horas del día ya es tarde para andarse con miramientos. Expláyate, oh ave de la libertad.

—Pues bien, Majestad —respondió Barker bajando la voz—, no creo que pase mucho tiempo antes de que estalle la próxima guerra.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Auberón.

—No vamos a seguir tolerando esta insolencia —le espetó colérico Barker—. No podemos ser esclavos sólo porque hace veinte años Adam Wayne supo burlarse de nosotros con un grifo de agua. Notting Hill es Notting Hill; no es el mundo. Los de South Kensington tenemos recuerdos y, ay, también esperanzas. Si ellos se alzaron en armas por sus tiendas de pacotilla y por unas cuantas farolas, ¿qué nos impide a nosotros hacer lo mismo por la gran avenida y el sagrado Museo de Historia Natural?

—¡Santo cielo! —dijo el pasmado Auberón—. ¿Es que los milagros no van a acabarse nunca? ¿Se van a cumplir los dos mayores prodigios? ¿No me digas que tú te has vuelto altruista y Wayne egoísta? ¿Que tú eres ahora el patriota y Wayne el tirano?

—El mal no está en Wayne —respondió Barker—. De hecho, ahora vive ensimismado en sus sueños y se pasa el día al calor de la chimenea junto a su vieja espada. El tirano es Notting Hill, Majestad. Su Consejo y sus gentes están tan intoxicados por los métodos y las visiones que Wayne expandió por toda la ciudad, que ahora pretenden inmiscuirse en todo, y goberarnos, civilizarnos y enseñarnos a todos lo que más nos conviene. No niego el gran impulso que su vieja guerra, descabellada como parecía, dio a la vida cívica de nuestro tiempo. La guerra tuvo lugar siendo yo aún joven, y admito que dio vuelos a mi carrera. Pero no podemos permitir que nuestras ciudades sean diariamente objeto de mofa y vejaciones por algo que Wayne hizo por nosotros hace ya casi un cuarto de siglo. Estoy aquí a la espera de noticias. Se rumorea que Notting Hill ha vetado la estatua del general Wilson erigida frente a Chepstow Place. Si es así, estaríamos ante una flagrante y vergonzosa violación de los términos en los que nos rendimos a Turnbull tras la batalla de la torre. Entonces se acordó que conservaríamos nuestras costumbres y nuestra autonomía. Si es así...

—Así es —dijo una voz grave y ambos se volvieron.

Un hombre fornido en toga roja, con un águila de plata al cuello y bigotes casi tan frondosos como sus penachos, estaba en la puerta.

—Sí —dijo en respuesta al respingo que dio el Rey—, soy el Preboste Buck y las noticias son ciertas. Los hombres de Notting Hill han olvidado que luchamos en la torre tan bien como ellos y que es un poco imprudente, y también vil, despreciar al conquistado.

—Salgamos —dijo Barker con adusta serenidad.

Buck lo siguió y se quedó mirando de arriba abajo la calle tachonada de farolas encendidas.

—Me gustaría acabar con esto de una vez por todas —murmuró—, aunque ya paso de los sesenta. Me gustaría...

Su voz se convirtió en un grito mientras retrocedía con las manos en los ojos como hiciera allí mismo veinte años antes.

—¡La oscuridad! —gritó—. ¡La oscuridad de nuevo! ¿Qué significa?

Porque efectivamente todas las farolas de la calle se habían apagado, de suerte que no podían distinguir bien siquiera sus siluetas. La voz del boticario se elevó con sorprendente alegría entre las tinieblas.

—¿Con que no lo sabían? —dijo—. ¿No les había dicho nadie que hoy se celebra la Fiesta de las Farolas, el aniversario de la gran batalla que casi perdió y luego salvó a Notting Hill? ¿No sabéis, Majestad, que en una noche como ésta de hace veintiún años vimos a los verdes uniformes de Wilson lanzarse a la carga calle abajo y empujar a Wayne y Turnbull hasta la Compañía de gas, luchando todos como demonios infernales? ¿Y que luego, en esa hora memorable, Wayne trepó a una ventana de la Compañía de gas, dejó de un simple manotazo toda la ciudad a oscuras y en seguida, lanzando un rugido de león que resonó en cuatro manzanas, se abalanzó, espada en mano, sobre los hombres de Wilson, dio buena cuenta de ellos aprovechando su estupefacción y su desconocimiento del plano, y despejó de nuevo la calle sagrada? ¿Y no sabéis que en la misma noche de cada año todas las luces se apagan media hora mientras entonamos a oscuras el himno de Notting Hill? Esperad un momento. Ya empieza.

Surcó entonces la noche un redoble de tambores, seguido de un coro de voces enfervorizadas:

Cuando el mundo estaba en vilo era noche en Notting Hill

(Era noche en Notting Hill), más noble ella que el día.

A las ciudades de luz alumbradas y chimeneas prendidas,

De mares y desiertos lo ignoto llegó.

Oscuridad, oscuridad, oscuridad sobre el enemigo cayó

Y la vieja guardia de Dios de nuevo aulló.

La vieja guardia de Dios vuelve a aullar, vuelve a aullar

Y las estrellas caerán antes de que sus estandartes caigan hoy.

Pues cuando los ejércitos nos rodeaban como hordas en clamor,

Con la ciudadela cayendo y la espada rota yaciendo,

La oscuridad los cubrió como el Dragón del Señor,

Cuando la vieja guardia de Dios de nuevo aulló.

Justo cuando las voces empezaban a atacar otra estrofa, fueron interrumpidas por una carrera desenfrenada y un alarido. Barker se había lanzado a la calle empuñando una daga al grito de "¡South Kensington!". En un abrir y cerrar de ojos, la concurrida calle fue todo imprecaciones y forcejeos. Barker tuvo que retroceder hasta la entrada de la tienda, pero aprovechó ese instante para desenvainar su espada. Acto seguido, gritando "No será ésta la primera vez que atravieso vuestra espesura", se lanzó contra el gentío. Era evidente que por fin había derramado sangre, pues se elevaron gritos más violentos y pudo atisbarse un número mucho mayor de cuchillos y espadas entre la penumbra. Barker, después de herir a más de un hombre, parecía a punto de verse arrinconado de nuevo, cuando de improviso Buck apareció en la calle. Iba desarmado, porque prefería la pacífica magnificencia del gran burgués al pugnaz dandismo que ahora encarnaba Barker. No obstante, de un fuerte puñetazo rompió la luna del escaparate de la tienda de al lado, la de

antigüedades, introdujo una mano, extrajo una especie de cimitarra japonesa y gritando "¡Kensington, Kensington!", acudió raudo en ayuda de Barker.

Barker tenía la espada rota, pero seguía esgrimiendo la daga. En el preciso instante en que Buck llegaba corriendo, un hombre de Notting Hill derribó a Barker, y Buck derribó también a aquél encima de Barker, que se volvió a incorporar, con el rostro ensangrentado.

De pronto, todo el griterío fue acallado por una poderosa voz que parecía caída del cielo. A Buck, a Barker y al Rey los aterrorizó que la voz pareciese llegada de los vacíos cielos; pero los aterrorizó más que les sonase familiar y que fuese una voz que no oían desde hacía mucho tiempo.

—Encended las luces —dijo la voz desde lo alto, y durante un momento no hubo respuesta, sino sólo tumulto.

—En nombre de Notting Hill y del gran Fuero de las Ciudades, encended las luces.

Hubo un nuevo tumulto y la incertidumbre cundió durante un rato, hasta que de súbito la calle entera y cuanto había en ella fue saliendo de la oscuridad conforme las farolas recobraban la vida. Y mirando hacia arriba vieron, en un balcón casi pegado al tejado de una de las casas más altas, la figura y la cara de Adam Wayne, con su cabellera pelirroja apenas vetada de gris ondeando al viento.

—¿Qué es esto, pueblo mío? —dijo—. ¿Es que no se puede hacer nada bueno sin que otros se empeñen en degradarlo al instante? La gloria alcanzada por Notting Hill tras conquistar su independencia es un sueño con el que he sabido vivir al calor del hogar durante todos estos años. ¿Es que a vosotros, que habéis gozado de muchos otros estímulos y de abundante distracción, esa independencia no os basta? Notting Hill es una nación. ¿Por qué tiene que rebajarse a ser un simple imperio? Queréis derribar la estatua del General Wilson que los hombres de Bayswater han erigido tan justamente en Westbourne Grove. ¡Necios! ¿Quién ha erigido esa estatua? ¿Bayswater, quizá? No. La ha erigido Notting Hill. ¿No comprendéis que lo glorioso de nuestra hazaña es que hemos contagiado el idealismo de Notting Hill a otras ciudades? Somos nosotros los creadores no sólo de nuestra postura, sino de las dos posturas de esta controversia. Oh, miserables necios, ¿qué necesidad tenéis de destruir a vuestros enemigos, si ya les habéis hecho algo peor al crearlos vosotros mismos? Queréis derrumbar ese gigantesco martillo de plata que, como un obelisco, se alza en medio de la plazoleta de Hammersmith. ¡Necios! ¿Acaso antes del alzamiento de Notting Hill alguien podía esperar toparse con ese gigantesco martillo de plata en la plazoleta de Hammersmith? Queréis derribar la gran figura en bronce de un caballero que se yergue en el artificial puente de Knightsbridge. ¡Necios! ¿Quién hubiese pensado en ella antes de que Notting Hill se alzase? Incluso he oído, y lo he oído con profunda congoja, que el ojo maligno de nuestra ansia imperial ha llegado hasta el remoto horizonte occidental y que hemos protestado contra el gran monumento negro de un cuervo coronado, que conmemora la escaramuza de Ravenscourt Park. ¿Quién ha creado todas estas cosas? ¿Acaso estaban allí antes de nuestra aparición? ¿No os podéis resignar al mismo destino de Atenas y Nazaret, al humilde propósito de crear un mundo nuevo? ¿Se encolerizó Atenas porque romanos y florentinos se apropiasen de su fraseología para expresar su propio patriotismo? ¿Se encolerizó Nazaret porque la pequeña aldea que es quedase como modelo de todas las aldeas de donde, como dicen los pedantes, nada bueno puede salir? ¿Exigió Atenas que todo el mundo vistiese clámide? ¿Quedaron todos los seguidores del nazareno obligados a llevar turbante? ¡No! Pero el alma de Atenas ha seguido viva y hecho que los hombres beban cicuta, y el alma de Nazaret ha seguido viva y hecho que los hombres se dejen crucificar. Y también el alma de Notting Hill ha seguido viva y ha hecho que los hombres se den cuenta de lo que

significa vivir en una ciudad. Tal y como nosotros inauguramos nuestros símbolos y ceremonias, ellos han inaugurado los suyos. ¿Y sois tan locos para buscarles pelea? Notting Hill está bien. Siempre ha estado bien. Se ha hecho a sí mismo según sus propias necesidades, según su propio *sine qua non*, y ha aceptado su propio ultimátum. Porque es una nación se ha creado a sí mismo. Y porque es una nación puede destruirse a sí mismo. Notting Hill tiene que ser siempre el juez. Si vuestra voluntad por el litigio de la estatua del General Wilson es la de hacer la guerra contra Bayswater...

Una salva de aplausos estalló tras esas palabras y Wayne ya no pudo continuar su discurso. Completamente lívido, el gran patriota hizo ímprobos esfuerzos para hablar, pero ya ni su autoridad podía contener a la compacta y vociferante muchedumbre que llenaba la calle. Dijo algo más, pero nadie lo oyó. Por fin, descendió con gesto abatido de su buhardilla y se mezcló con el gentío que rodeaba las casas. Al encontrarse con el General Turnbull, le puso una mano sobre el hombro con gravedad y afecto inusitados, y dijo:

—Mañana, viejo amigo, viviremos una experiencia nueva, fresca como las flores en primavera. Seremos derrotados. Usted y yo hemos estado juntos en tres batallas, pero, por un motivo u otro, nos hemos perdido este peculiar gozo. La pena es que muy probablemente no podremos contarnos nuestras experiencias, ya que, como desgraciadamente suele ocurrir en estos casos, ambos estaremos muertos.

Turnbull lo miró sin demasiada sorpresa.

—No me importa mucho estar muerto —dijo—. Pero, ¿por qué está tan seguro de que seremos derrotados?

—La respuesta es muy simple —contestó con calma Wayne—. Porque tenemos que ser derrotados. Antes de ahora hemos estado en los agujeros más horribles, pero en todos ellos siempre tuve la certeza de que las estrellas estaban de nuestro lado y que saldríamos airoso. Ahora, en cambio, sé que no debemos salir airoso, y por consiguiente también sé que todo cuanto me permitió ganar ya no me vale de nada.

Mientras hablaba, Wayne tuvo un leve sobresalto, pues tanto él como Turnbull notaron que un tercer hombre los escuchaba, un pequeñajo que los miraba atónito.

—¿Es cierto, mi querido Wayne —lo interrumpió el Rey—, que mañana seréis derrotados?

—No cabe la menor duda al respecto —contestó Adam Wayne—, por el motivo que acabo de exponer. Ahora bien, por hacer una concesión a vuestro materialismo, añadiré que ellos tienen un ejército organizado de cien ciudades aliadas y nosotros solamente uno. Esa circunstancia, sin embargo, es en sí misma irrelevante.

Quin, con sus ojos redondos, mostraba una extraña insistencia.

—¿Estás completamente seguro —dijo— de que tenéis que ser derrotados?

—Me temo —dijo con tristeza Turnbull— que no cabe la menor duda al respecto.

—¡En ese caso —gritó el Rey extendiendo los brazos— dadme una alabarda! ¡Que alguien me dé una alabarda! Quiero que todo el mundo sea testigo de que yo, Auberón, Rey de Inglaterra, aquí y ahora abduco e imploro al Preboste de Notting Hill que me permita enrolarme en su ejército. ¡Dadme una alabarda!

El propio Quin le arrebató una a un guardia que pasaba por ahí y, con ella al hombro, se unió solemnemente a las columnas de alabarderos que en ese momento desfilaban por la calle. Quin, sin embargo, no tomó parte en el derribo de la estatua del General Wilson que tuvo lugar antes del amanecer.

CAPÍTULO 2

LA ÚLTIMA BATALLA

El día estaba nublado cuando Wayne se encaminó hacia la muerte con todo su ejército en los jardines de Kensington; seguía nublado cuando ese ejército fue barrido por los inmensos contingentes de un mundo nuevo. Había habido un intervalo de sol casi inexplicable, durante el cual el Preboste de Notting Hill, con toda la placidez de un espectador, estuvo contemplando las tropas hostiles desde el gran campo del lado opuesto. Las largas columnas verdes, azules y doradas se distribuían por el parque formando cuadrados y rectángulos, como un postulado de Euclides bordado en un lujoso telar. Pero el sol lucía tan débil que casi parecía mojado, y no tardó en desaparecer. Wayne, en un tono mezcla de frialdad y languidez, habló con el Rey sobre las maniobras. Todo se ajustaba a lo que él mismo había anunciado la noche previa, es decir, que privado de su impracticable sentido de la rectitud, quedaba efectivamente privado de todo. Estaba anticuado, fuera de lugar en un mundo de pactos y rivalidades, de imperios contra imperios, de lo tolerablemente justo y lo tolerablemente injusto. Sin embargo, cuando se fijó en el Rey, que marchaba muy serio con una chistera y una alabarda, sus ojos chisporrotearon un poco.

—Majestad —dijo—, al menos os debéis sentir orgulloso. Si vuestros hijos luchan unos contra otros, los ganadores serán de todos modos hijos vuestros. Otros reyes han repartido justicia, vos habéis repartido vida. Otros reyes han regido una nación, vos habéis creado naciones. Otros han formado reinos, vos los habéis engendrado. Ved a vuestros hijos, padre —y extendió su mano hacia el enemigo.

Auberon no levantó la vista.

—Mirad el esplendor —proclamó Wayne—, con que surgen las nuevas ciudades, las nuevas ciudades de la otra orilla del río. Mirad cómo Battersea se interna bajo la bandera del Perro Perdido; y Putney... ¿No veis cómo el Hombre del Verraco Blanco resplandece en su estandarte cuando lo alumbra el sol? Empieza una nueva era, Majestad. Notting Hill no es un imperio cualquiera. Es como Atenas, madre de un estilo, de un modo de vida, que renovó la juventud del mundo. Y también como Nazaret. Recuerdo que en los tristes tiempos de mi juventud, los sabihondos contaban en libros que los trenes serían cada vez más veloces, que el mundo entero se convertiría en un único imperio y que los tranvías llegarían a la luna. Pero yo, aunque niño, me decía siempre: "Es mucho más fácil que volvamos a las cruzadas o que veneremos a los dioses de la ciudad". Y así ha sido. Y me alegra, aunque ésta sea mi última batalla.

Mientras hablaba, del lado izquierdo llegó ruido de aceros. Wayne se volvió hacia allí.

—¡Wilson! —gritó casi con júbilo—. Red Wilson está cargando contra nuestro flanco izquierdo. Nadie lo puede parar; se come las espadas. Es un soldado tan aguerrido como Turnbull, pero menos paciente, y por eso mismo menos grandioso. ¡Aja, allí tenemos a Barker! Cómo ha progresado, y qué distinción la suya. No todo es cuestión de penachos; hace falta también vivir lo cotidiano. ¡Aja!

Otro choque de aceros a la derecha reveló que Barker había cercado Notting Hill por el flanco opuesto.

—¡Allí tenemos a Turnbull! —exclamó Wayne—. ¡Fijaos, los obliga a retroceder! ¡Barker está contra las cuerdas! Turnbull se lanza a la carga y... ¡vence! Pero nuestro flanco izquierdo ha quedado abierto. Wilson se ha impuesto a Bowles y Mead, y podría

ocupar nuestros dos flancos. ¡Guardia del Preboste, adelante!

Y todas las columnas del centro avanzaron, con el rostro, el cabello y la espada de Wayne flameando en la vanguardia.

De pronto, el Rey echó a correr.

Una violenta sacudida les reveló en seguida que habían topado con el enemigo. Y justo enfrente de ellos, por encima del bosque de sus propias armas, Auberon vio el Águila Púrpura de Buck, de North Kensington.

A la izquierda, Red Wilson se lanzaba contra las columnas abiertas, su pequeña figura verde resaltando incluso entre la maraña de hombres y armas, con sus flamígeros bigotes pelirrojos y su corona de laurel. Bowles le asestó un golpe en la cabeza, arrancándole unas cuantas hojas y dejando el resto de la corona manchada de sangre. Entonces Wilson, bramando como un toro, se abalanzó sobre él y, tras un cruce de espadas, atravesó de una estocada al boticario, que cayó gritando "¡Notting Hill!". Luego los de Notting Hill vacilaron y Bayswater los forzó a retroceder en el mayor desorden. Wilson había arrasado con todo lo que se había cruzado en su camino.

A la derecha, sin embargo, Turnbull arremetió con el estandarte del León Rojo contra los hombres de Barker, y el estandarte de los Pájaros Dorados se defendía a duras penas. Los hombres de Barker caían con rapidez. En el centro, desorientados y tenaces, luchaban Wayne y Buck. Todo fue paridad mientras duró el enfrentamiento. Pero la lucha era una farsa. Porque detrás de los tres pequeños contingentes que luchaban contra las reducidas tropas de Wayne estaba el infinito mar de los ejércitos aliados, los cuales, aunque a la sazón no pareciesen sino espectadores displicentes, podrían haber acabado con todos sólo con levantar un dedo.

De improviso se pusieron en movimiento. Se vio avanzar algunos de los primeros contingentes, como el de los pastores jefes de Shepherd's Bush, con sus cayados y zamarras, y el de los rudos clanes de Paddington Green. Avanzaban por un motivo más que justificado: Buck, de North Kensington, los llamaba con gestos frenéticos; estaba rodeado y a merced del enemigo. Sus regimientos luchaban a la desesperada, eran una isla en el mar rojo de Notting Hill.

Los aliados habían sido demasiado descuidados y confiados. Permitieron que las fuerzas de Barker fuesen despedazadas por Turnbull, tras lo cual el astuto y viejo cabecilla de Notting Hill hizo virar a sus huestes y atacó a Buck por atrás y por ambos flancos. En ese preciso instante, Wayne gritó "¡A la carga!", y como un rayo fue a ponerse en primera fila.

Dos terceras partes de las huestes de Buck fueron masacradas antes de que los aliados pudiesen acudir en su ayuda. Luego el mar de ciudades hizo su aparición, con sus estandartes como un maremoto, y se tragó a Notting Hill para siempre. Pero la batalla no había concluido, pues ninguno de los hombres de Wayne se rendía. Se prolongaría hasta mucho después de la puesta del sol. Eso sí, todo estaba decidido: la historia de Notting Hill tocaba a su fin.

Cuando Turnbull se percató de ello, dejó por un momento de luchar y miró a su alrededor. La luz del atardecer se estampó en su cara: parecía un niño.

—He vivido mi juventud —dijo—. Acto seguido se apoderó del hacha de un soldado, se lanzó contra el muro de lanzas de Shepherd's Bush y murió lejos, allá en los abismos de sus arremolinadas filas. El fragor de la batalla continuó: todos los hombres de Notting Hill morirían antes del anochecer.

Wayne estaba solo junto a un árbol tras la batalla. Varios hombres armados de hachas se le acercaron. Uno le atizó un golpe. Sus piernas flaquearon, pero extendió una mano y se

agarró con fuerza al árbol.

Barker se lanzó sobre él, blandiendo su espada y trémulo de emoción.

—¿Qué extensión tiene ahora, Lord Wayne —gritó—, el imperio de Notting Hill?

Wayne sonrió en la noche cada vez más cerrada.

—Sigue siendo tan extenso como esto —y lanzó una estocada que dibujó un semicírculo de plata.

Barker calló, herido en el cuello, y Wilson, saltando sobre su cuerpo como un guepardo, se abalanzó sobre Wayne. Justo en ese momento, a la espalda del León Rojo hubo un alarido y un resplandor amarillo: un montón de alabarderos de West Kensington, con hierba hasta las rodillas, subía la cuesta enarbolando el estandarte amarillo de la ciudad con gritos desaforados.

Justo entonces, Wilson cayó como una mosca bajo la espada de Wayne. La gran espada se volvió a alzar como un pájaro, pero Wilson se levantó con aquélla y, estando ya rota su arma, se echó al cuello de Wayne como un perro. El primero del grupo de alabarderos amarillos ya había llegado al árbol y agitaba su hacha encima del porfiado Wayne. Lanzando una maldición, el Rey blandió su alabarda y descargó su hoja sobre la cara del soldado. Éste se tambaleó y empezó a rodar por la cuesta en el preciso instante en que el furioso Wilson caía derribado de nuevo. Y de nuevo Wilson se puso de pie y de nuevo se arrojó al cuello de Wayne. Y luego volvió a caer, pero esta vez riendo triunfal. En una mano sostenía la insignia roja y amarilla que llevaba Wayne como Preboste de Notting Hill. Acababa de arrancarla de donde no se había movido en los últimos veinticinco años.

Dando gritos, los hombres de West Kensington rodearon a Wayne, sobre cuya cabeza ondeaba el gran estandarte amarillo.

—¿Dónde está ahora su insignia, Preboste? —gritó el cabecilla de West Kensington.

Y estalló una carcajada.

Adam golpeó al que portaba el estandarte y tiró de él. Al inclinarse el estandarte, agarró los pliegues amarillos y los arrancó de cuajo. Un alabardero le pegó en un hombro, del que empezó a manar sangre.

—¡Aquí está uno de sus colores —proclamó mientras se ataba el jirón amarillo al cinturón—, y aquí el otro! —remachó señalando su sangre.

Al tiempo, el Rey caía postrado o muerto por el inopinado y contundente golpe de una alabarda. En las intensas visiones del desvanecimiento, volvió a ver algo que pertenecía a una época ya completamente olvidada, algo que viera tiempo atrás en un restaurante. Vio, a través de sus remolinos ojos, el rojo y el amarillo, los colores de Nicaragua.

Quin no pudo asistir al desenlace. Wilson, exultante de júbilo, se arrojó una vez más sobre Adam Wayne, y de nuevo la gran espada se puso a hacer molinetes. Instintivamente, todos los que estaban cerca se apartaron al estridor de la espada que caía del cielo y fulminaba a Wilson de Bayswater, que se desplomó al suelo como una mosca. Ya no era sino un despojo, pero la hoja causante de su muerte también estaba muerta. En su agonía, había arrebatado el arma y su magia; la espada de Wayne estaba partida por la empuñadura. Una acometida enemiga empujó a Wayne hasta el árbol. Estaban demasiado cerca para emplear la alabarda o incluso la espada: estaban pechos contra pecho, incluso narices contra narices. Pero Buck logró blandir su daga.

—¡Matadlo! —gritó con extraño sofoco—. ¡Matadlo! ¡Puede ser bueno o malo, pero no es de los nuestros! ¡Que no os ciegue...! Dios mío, ¿es que no hemos estado ciegos todo este tiempo? —y echó el brazo hacia atrás para asestar una puñalada, con los ojos aparentemente cerrados.

Wayne no aflojaba la mano con la que se sujetaba a una rama del árbol. Pero un violento tirón, como un terremoto en vastas colinas, le estremeció desde el pecho todo su corpachón. Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, arrancó la rama, toda ella pinchos, y sin más clavó la aguzada estaca en Buck, partiéndole el cuello. El planificador de la Gran Avenida cayó de bruces, muerto y con la daga entre sus garras de acero.

—Por ti y por mí, y por todos los valientes, hermano mío —dijo Wayne salmodiando a su peculiar manera—. En la posada del fin del mundo sirven buen vino.

La piña de hombres reanudó el acoso; la oscuridad casi impedía luchar. Wayne se agarró de nuevo al roble, esta vez con una mano dentro de una ancha grieta y tocando, por decirlo así, los intestinos del árbol. Todo el grupo, compuesto por una treintena de hombres, arremetió para arrancarlo de allí; los hombres se colgaron del árbol con todo su peso, pero nada se movió. Un desierto no habría permanecido más quieto que ese grupo de hombres tirando con todas sus fuerzas. En eso se oyó un leve ruido.

—Su mano cede —exclamaron entusiasmados dos hombres.

—Qué poco lo conocéis —dijo amargamente otro (un veterano de la pasada guerra)—. Antes se le romperán los huesos.

—¡No es eso, Dios mío! —dijo uno de los dos que había hablado.

—¿Qué pasa, entonces? —preguntó el segundo.

—El árbol se está cayendo —respondió.

—Como el árbol caiga, así quedará —dijo la voz de Wayne en la oscuridad y con ese tono dulce aunque atroz de siempre, como llegado de muy lejos, de antes o de después de lo ocurrido. Hasta cuando se debatía como una anguila o aporreaba como un poseso, hablaba como un espectador—. Como el árbol caiga, así quedará —dijo—. Los hombres han tachado esas palabras de amargas, cuando en realidad son la esencia de toda dicha. Ahora hago lo mismo que he hecho durante toda mi vida, lo único que da felicidad, lo único universal. Estoy abrazado a algo. Dejad que caiga y que allí se quede. Necios, vais por allí y veis los reinos de este mundo, y sois liberales, sabios y cosmopolitas, que es cuanto os puede dar el diablo, cuanto éste pudo ofrecer a Cristo sólo para ser repudiado. Estoy haciendo lo que hace el auténtico sabio. Cuando un niño sale al jardín y se agarra a un árbol diciendo "que este árbol sea lo único mío", al momento las raíces arraigan en el infierno y las ramas en las estrellas. Mi dicha es la que conoce el amante cuando la mujer lo es todo. Es la que yo conozco cuando Notting Hill lo es todo. Yo tengo una ciudad. Dejad que se levante o caiga.

Mientras hablaba, la tierra empezó a elevarse como si fuese un ser vivo y poco a poco brotaron de ella, como serpientes encrestadas, las raíces del roble. Luego la enorme copa del árbol, que parecía una nube verde entre nubarrones grises, despejó el cielo como de un escobazo, y el árbol se ladeó igual que un barco, arrastrando a todos en su caída.

CAPITULO 3**DOS VOCES**

En un lugar donde todo fue oscuridad durante horas, hubo también durante horas sólo silencio. Luego, sin que nadie pudiese saber desde dónde, una voz habló en la oscuridad, y dijo con firmeza:

—Así termina el imperio de Notting Hill. Empezó con sangre y con sangre acaba. Como todo, pues todo es siempre igual.

Y volvió el silencio, y de nuevo se oyó una voz, pero su tono era otro. No parecía la de antes.

—Si todo es siempre igual, se debe a que todo es siempre heroico. Si todo es siempre igual, se debe a que todo es siempre nuevo. A cada hombre se le concede una sola alma; y a cada alma, sólo un pequeño poder, el de remontar y devorar las estrellas. Grande es el poder que siglo tras siglo recae en el hombre. Lo que hace que los hombres se sientan viejos es mezquino, ya se trate de un imperio o de una tienda de baratijas. Lo que hace que los hombres se sientan jóvenes es estupendo, ya se trate de una gran guerra o de un amor. Así, en el más oscuro de los libros de Dios está escrita una verdad que también es un enigma. Los hombres se cansan de lo nuevo, de modas, proyectos, mejoras y cambios. Lo que asusta y embriaga es lo viejo. Lo viejo es lo joven. No hay escéptico que no sienta que muchos otros han dudado antes que él. No hay hombre rico y veleidoso que no sienta que todas sus innovaciones son antiguas. No hay venerador del cambio que no sienta sobre sí el peso descomunal del desgaste del universo. Los que nos inclinamos por lo viejo, somos en cambio dotados por la naturaleza de una infancia perpetua. Ningún enamorado cree que otro pueda haberse enamorado antes que él. Ninguna mujer que da a luz cree que antes que el suyo ha habido otros niños. Ningún pueblo que lucha por su ciudad carga con el fardo de los imperios caídos. Sí, oh oscura voz, el mundo siempre es el mismo, porque es siempre inesperado.

Una leve brisa surcó la noche, y en seguida la primera voz respondió:

—Pero en este mundo hay algunos que, por listos o tontos que sean, nunca se embriagan. Hay algunos para los que cualquier perturbación no es más que una nube de moscas. Saben que aunque los hombres se rían de tu Notting Hill, y aunque estudien y evoquen y ensalcen a Atenas y a Jerusalén, Atenas y Jerusalén eran míseros arrabales como tu Notting Hill. Saben que la propia tierra es un arrabal, y que a su paso por ella sólo pueden aburrirse con todo respeto.

—Son filósofos o son necios —dijo la otra voz—. No son hombres. Los hombres, como decía, se regocijan siglo tras siglo con algo más novedoso que el progreso; se regocijan por el hecho de que con el nacimiento de cada niño se crean un nuevo sol y una nueva luna. Si nuestra vieja humanidad fuese un solo hombre, es probable que ese hombre sucumbiese bajo el recuerdo de demasiadas fidelidades, de demasiados heroísmos, bajo la imposición y el terror de toda la bondad de los hombres. Pero a Dios le plugo aislar el alma individual para que solamente pudiese saber de las otras de oídas, y para que a cada una le llegase la dicha y la felicidad en la juventud y con la violencia del rayo, con su misma fugacidad y pureza. Así, la condena al fracaso, innata a todos los sistemas humanos afecta a las almas tan poco como los gusanos de la ineludible tumba a los niños que corretean por los prados. Notting Hill ha fracasado; Notting Hill ha muerto. Pero eso no es lo más formidable. Notting Hill ha vivido.

—Pero si —respondió la otra voz—, pero si lo que se logra con tantos esfuerzos no sirve sino para que la humanidad se conforme, ¿por qué los hombres se enzarzan y mueren tan profusamente por ellos? ¿Es que nada de lo conseguido por Notting estaba al alcance de cualquier comunidad de granjeros o de cualquier tribu de salvajes? Puede que lo que habría sido de Notting Hill si el mundo hubiese sido diferente sea una compleja interrogante. Pero hay otra más compleja. ¿Qué habría sido del mundo si Notting Hill nunca hubiese existido?

La otra voz repuso:

—Lo mismo que habría sido del mundo y de todos los sistemas estelares si un manzano hubiese dado seis manzanas en vez de siete; algo se habría perdido para siempre. En el mundo no ha existido nunca nada semejante a Notting Hill. No existirá nunca nada semejante hasta el día del juicio final. No puedo sino pensar que Dios ha amado a Notting Hill como seguramente ama todo lo auténtico e irremplazable. Pero ni siquiera eso me importa. Si Dios odiaba con toda su ira a Notting Hill, yo lo amaba.

Y entre tinieblas se irguió de los escombros, acompañando la voz, una figura alta y extraña.

La otra voz se volvió a oír tras una larga pausa y como si estuviese ronca.

—Pero supón que todo no ha sido más que una tomadura de pelo. Supón que, sea cual fuere el sentido que le des, todo era realmente una burla. Supón que todo ha sido un desvarío. Supón...

—Yo estuve allí —respondió la voz de la figura alta y extraña—, y sé que no fue nada de eso.

Una figura pequeña trataba de elevarse en medio de la oscuridad.

—Supón que yo soy Dios —dijo—, y que creé el mundo cuando no tenía nada mejor que hacer. Supón que las estrellas, que tú consideras eternas, no son sino necios estallidos de cólera de un eterno estudiante. Supón que el sol y la luna, que tú exaltas por igual, son sólo los dos ojos de un gigante descomunal y escarnecedor que parpadean sin parar. Supón que para mí los árboles resultan tan ridículos como enormes hongos. Supón que tengo a Sócrates y Carlomagno por simples bestias, aunque con gracia acrecentada porque caminaban sobre sus patas traseras. Supón que yo soy Dios y que, siendo el creador de las cosas, me río de ellas.

—Y supón que yo soy hombre —replicó el otro—, y que mi respuesta paraliza incluso la carcajada. Supón que yo no me río de ti, que no blasfemo contra ti, que no te maldigo. Supón, por el contrario, que con los pies bien firmes bajo el cielo, con toda la fuerza de mi ser, te doy las gracias por el paraíso de locos que has creado. Supón que, transido de emoción, te alabo por la chanza que me ha deparado tan tremenda dicha. Si dimos al juego de niños empaque de Cruzada, si inundamos nuestro grotesco arriate holandés con sangre de mártires, también convertimos un jardín de infancia en templo. Y ahora dime, por lo que más quieras, ¿quién gana?

El cielo que contorneaba las cimas de colinas y árboles empezaba a pasar del negro al gris, como casual anuncio de la mañana. Dio la sensación de que la figura baja se arrimaba a la alta, y la voz sonó más humana.

—Pero supón, amigo —dijo—, supón que, en un sentido más amargo y realista, todo fuese una burla. Supón que ha habido, desde el principio de estas grandes guerras, alguien que las contemplaba de un modo que nos trasciende, de un modo imparcial, responsable, irónico, afligido. Supón que había alguien que sabía que todo era una broma.

La figura alta respondió:

—Eso no lo podía saber. Porque no todo era una burla.

Una ráfaga de viento barrió entonces algunas nubes que tapaban la línea del horizonte, descubriendo una franja plateada detrás de sus enormes piernas oscuras. Luego la otra voz se oyó de nuevo, aún más de cerca.

—Adam Wayne —dijo—, hay hombres que sólo confiesan *in articulo mortis*; los hay que se recriminan sólo cuando ya no pueden ayudar a otros. Yo me cuento entre ellos. Estoy aquí, en el campo del cruento final de todo lo ocurrido, para decirte a las claras algo que antes no habrías podido entender. ¿Sabes quién soy?

—Te he reconocido, Auberon Quin —respondió la figura alta—, y te ayudaré encantado a aliviar tu alma de cuanto la atormente.

—Adam Wayne —dijo la otra voz—, dudo que te encante aliviarme de lo que te tengo que contar. Wayne, todo era una burla. Cuando creé esas ciudades, no sentía por ellas más interés que el que puedo sentir por un centauro, un tritón, un pez con patas, un cerdo con plumas o cualquier otro disparate. Cuando te hablaba de forma solemne e incitante sobre la bandera de tu libertad y de la paz de tu ciudad, lo que hacía era gastarle una broma pesada a un honesto caballero, una broma pesada que ha durado veinte años. Aunque tal vez nadie lo crea viniendo de mí, soy un hombre tímido y de buen corazón. Nunca me atreví, en los primeros días de tu esperanza o en los tiempos de tu mayor gloria, a contarte esto; nunca me atreví a desbaratar la colosal paz de tu rostro. ¡Dios sabe por qué tengo que hacerlo ahora, después de que mi farsa haya terminado en tragedia y en la ruina de todo tu pueblo! Pero te lo cuento ahora. Wayne, todo lo hice por burla.

Se hizo un silencio. Mientras, una refrescante brisa despejaba más el cielo, abriendo grandes espacios del alba.

Por fin, muy despacio, Wayne dijo:

—¿Así que lo hiciste todo sólo por burla?

—Sí —dijo Quin.

—Cuando concebiste la idea —continuó ensoñador Wayne— de un ejército para Bayswater y una bandera para Notting Hill, ¿no tuviste ningún vislumbre, ningún atisbo de que esas cosas podían ser reales y apasionantes?

—No —contestó Auberon volviendo con torpe y espléndida sinceridad su cara rechoncha y blanca hacia la mañana—. No tuve nada de eso.

Wayne descendió de su elevada posición y tendió una mano.

—Nunca terminaré de agradecerte —dijo con voz sorprendentemente alegre— todo el bien que le has hecho al mundo. Reitero todo lo que te he dicho hace un momento, incluso que la tuya era una voz de omnipotente mofa, tu risa más antigua que los vientos del cielo. Pero déjame decirte lo que es inmediato y cierto. Tú y yo, Auberon Quin, hemos sido llamados locos a lo largo de toda nuestra vida. Y estamos locos. Estamos locos porque no somos dos hombres, sino uno. Estamos locos porque somos dos lóbulos del mismo cerebro, un cerebro que ha sido partido en dos. No me es difícil demostrártelo. No se trata sólo de que tú, el humorista, haya quedado privado, en estos tiempos tristes, del gozo de la seriedad. No se trata sólo de que yo, el fanático, haya tenido que manejarme sin humor. Se trata de que tú y yo, aunque aparentemente opuestos en todo, hemos sido opuestos como hombre y mujer, con la intención de gastar al mismo tiempo la misma broma pesada. Somos el padre y la madre del Fuero de las Ciudades.

Quin miró las hojas y los cascotes diseminados, reliquias de la batalla y la estampida, que ahora brillaban a la luz del sol, y dijo:

—Aun así, nada puede modificar el antagonismo: mientras yo me reía de esas cosas, tú

las adorabas.

El arisco rostro de Wayne se inflamó como por inspiración divina al volverse y encontrarse con la luz del sol.

—Yo sé de algo que modificará ese antagonismo, algo que está fuera de nosotros, algo a lo que tú y yo quizá no hayamos prestado mucha atención durante nuestra vida. El ser humano, igual y eterno, modificará ese antagonismo, pues el ser humano no ve ningún antagonismo real entre la risa y el respeto; el ser humano, el hombre corriente, al que los simples genios como tú y yo sólo podemos adorar como a un dios. Cuando llegan días oscuros y monótonos, tú y yo, el fanático puro, el satírico puro, nos volvemos imprescindibles. Entre los dos hemos puesto remedio a un craso error. Hemos elevado las ciudades modernas a esa poesía que todo conocedor de la humanidad sabe que es inconmensurablemente más común que el lugar común. Pero para la gente sana tú y yo no estamos en guerra. No somos sino los dos lóbulos del cerebro de un labrador. La risa y el amor están en todas partes. Las catedrales, construidas en tiempos en los que se amaba a Dios, están llenas de grotescos blasfemos. La madre se ríe continuamente de su retoño, el amante de la amada, el marido de la mujer, el amigo del amigo. Auberón Quin, hemos estado separados demasiado tiempo: marchémonos juntos. Tú tienes una alabarda y yo una espada, empecemos nuestro periplo por el mundo. Pues somos sus dos partes esenciales. Vamos, ya se ha hecho de día.

Bajo la blanquecina luz, Auberón vaciló un instante. Luego se cuadró con su alabarda y en seguida se adentraron juntos en el mundo desconocido.